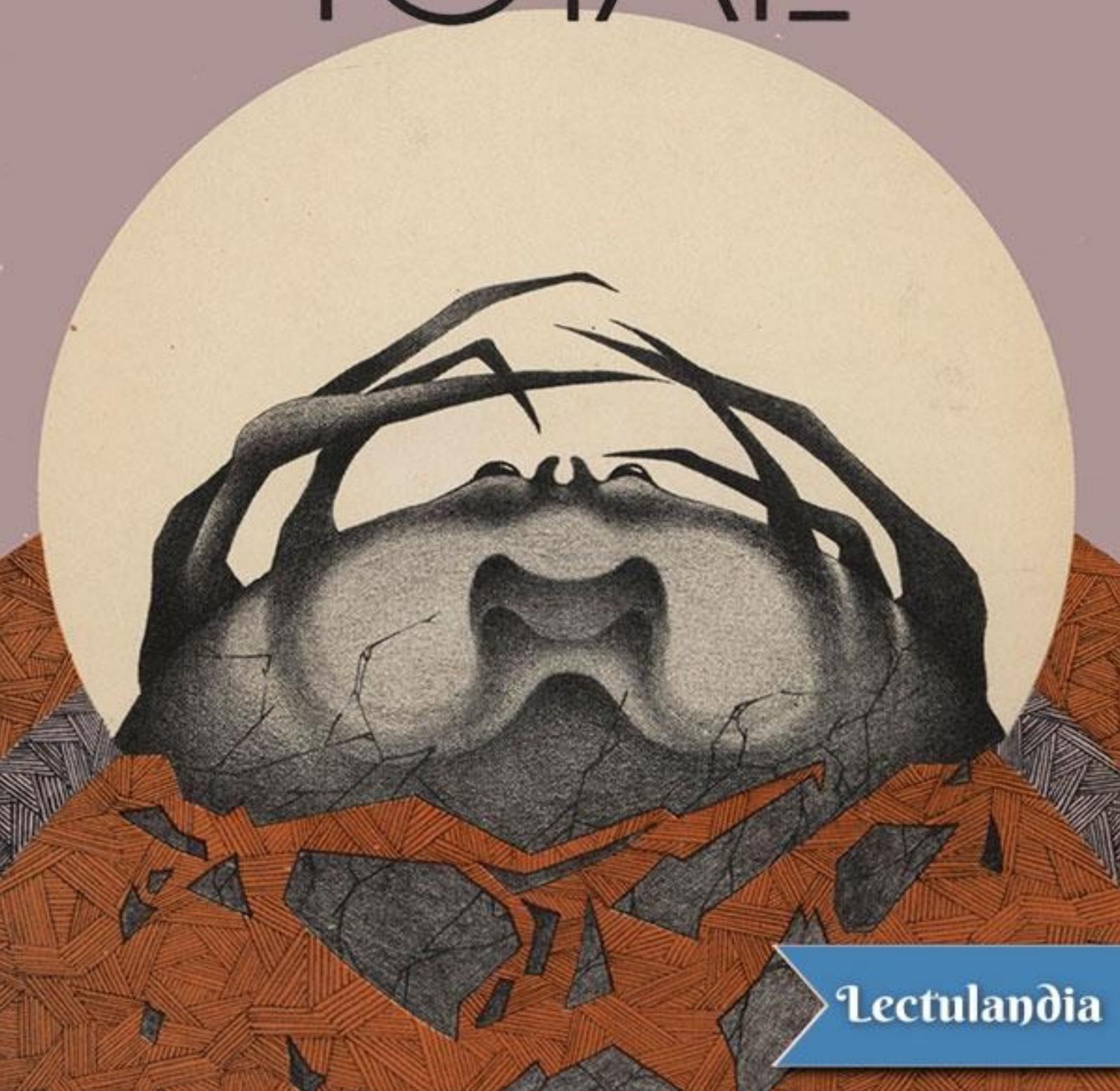


JOHN BRUNNER

ECLIPSE
TOTAL



Lectulandia

En el año 2020 un grupo internacional de investigadores espaciales llega a Sigma Draconis, distante diecinueve años luz de la Tierra. Allí descubre las ruinas de una civilización sumamente avanzada que desapareció luego de tres mil años de existencia. Encara entonces la insuperable tarea de descubrir las causas de su desaparición. ¿Una guerra? ¿Un virus? ¿Una religión de brutalidad lunática? ¿Una mutación?

Con ese raro don para la ciencia ficción que distingue a autores como Clarke, y a obras como 2001, John Brunner, ganador del premio Hugo, y del premio Apollo, escribe esta cautivante historia en la que arma un rompecabezas cerebral, acentuando el misterio con ideas suficientemente extrañas para los neófitos, y suficientemente familiares para los entendidos.

Lectulandia

John Brunner

Eclipse total

ePub r1.0

Banshee 17.01.14

Título original: *Total Eclipse*
John Brunner, 1975
Traducción: Tamara Hormaechea
Retoque de portada: Banshee

Editor digital: Banshee
ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

O dark, dark, dark amid the blaze of noon,
Irrecoverably dark, total eclipse
Without all hope of day!

* * *

(¡Oh noche, noche oscura a pleno mediodía
Oscuridad definitiva, eclipse total
Sin esperanza alguna de que vuelva el día!)

Milton, Samson Agonistes

... allí está!

Brillante como una burbuja de mercurio, reflejaba la luz de la luna del planeta: una joya entre las ruinas. Desde esa distancia, de miles de kilómetros, parecía minúsculo. No se podía descubrir los detalles que se veían en las fotografías que todos habían estudiado en la Tierra, el hogar común.

Sin embargo, verlo en la realidad era muy distinto a observarlo en una placa. Había sido una buena idea marcar el rumbo de la *Stellaris* entre la salida del espacio-qua hasta la llegada a Sigma Draconis III en forma tal que en estos pocos minutos la luz de la estrella local iluminara este increíble artefacto, despertando en las mentes de los que llegaban por primera vez un eco de la sorpresa experimentada por los exploradores que descubrieron el planeta allá por el 2020. Ciertamente que había sido un hallazgo importante, puesto que de otro modo hubiera sido el último intento humano de visitar las estrellas, luego de los fracasos para llegar a Próxima, Epsilon Eridani y Tau Ceti. Si no se hubiera encontrado nada aquí no se habría seguido explorando las estrellas, por lo menos hasta un futuro muy lejano.

Pero, claro, ¿se había hallado esto...! Un escalofrío recorrió el cuerpo de Ian Macauley. Un mechón de su descuidado cabello rojizo cayó, rozándole la frente llena de pecas, y con un brusco ademán de la mano, fue apartado una vez más.

Contra su voluntad, o mejor dicho, sin intención consciente, se vio a sí mismo recitando mentalmente las frías estadísticas.

Diámetro treinta y seis como cero cinco kilómetros. Altura promedio de la muralla uno coma uno nueve kilómetros. Espesor del espejo...

Con un esfuerzo dejó de recitar las cifras, demasiado inflexibles y duras, y comenzó a pensar en palabras, en las que creía mucho más.

Ellos, no importa quiénes ni cómo fueran, llegaron hasta su luna, alisaron, redondearon y pulieron un enorme cráter y lo convirtieron en el más grande telescopio que se pudiera imaginar. Y ahora están muertos. Han estado muertos desde hace cien mil años. La primera huella que podemos encontrar de su existencia es sólo tres mil años anterior a su desaparición. Tal como si el peso de esos mil siglos hubiera comprimido toda su historia, o aun más, su evolución entera, en una capa no más espesa que una pequeña veta de carbón, memoria del surgimiento, apogeo y caída de un millón de árboles.

A pesar de lo cual, si lo desearan, estos recién llegados, estos humanos de la Tierra, podrían barrer el polvo meteorítico que se acumula en el espejo del telescopio, remendar una media docena de grietas causadas por trozos desusadamente grandes de «basura» cósmica y sustituir con la propia electrónica inanimada lo que fuera que los constructores hubieran empleado. Los primitivos habitantes ya se habrían destacado

hasta convertirse en incomprensibles y ennegrecidos restos, pero el telescopio podría seguir utilizándose.

—¡Es increíble!

No había querido hablar en voz alta, y ni siquiera se había dado cuenta de que en realidad lo hizo, hasta que una voz cáustica detrás de él respondió:

—Sí, así es. Pero, *¡por favor!*, a mí también me gustaría echar un vistazo.

Se apresuró a hacerse a un lado, dejando libre el puesto de observación mientras murmuraba excusas, cuando vio, aliviado, que su interlocutora no era otra que la regordeta, llana y simpática Karen Vlady, la ingeniera civil del grupo.

Fue a ella a la primera a quien habló directamente. Recordó lo terriblemente asustado que estaba el día de su llegada al Centro de Enseñanza de Sigma Draconis, en Canberra, Australia. Todavía no podía creer que el famoso Igor Andrevski, el jefe de arqueología de este planeta, lo hubiera citado a él mismo en persona, o que él hubiera aceptado venir, haciendo gala de una audacia que no creyó tener.

Sin embargo, debí haberme dado cuenta de que no había nada por lo que tuviera que preocuparme, ¿verdad? La posibilidad de estar tanto tiempo encerrado en la nave espacial parecía ser terrible, y sin embargo, no lo fue en absoluto, y hasta diría que me gustó... por lo menos, casi todo. Por otra parte, mi estadía aquí puede llegar a ser mejor que si me hubiera quedado en la Tierra: seré una de las treinta personas a las cuales cualquiera se sentiría orgulloso de llamar su amigo, en compañía de brillantes expertos cuidadosamente seleccionados, entre los cuales espero sentirme maravillosamente bien. En la Tierra, en una ciudad o incluso en una Universidad se hallarían perdidos entre miles de otros que podrían resultar aburridos, molestos o hasta desagradables.

Era un hombre a quien le gustaba la soledad, pero si tenía que vivir en proximidad con otros, esta clase de compañía era exactamente la que él hubiera seleccionado. La idea había comenzado a corroborarse en el momento en que se encontró con Karen por primera vez.

Ella lo había oído musitar su nombre al presentarse en la oficina de recepción, y se le acercó para decirle con su característica franqueza:

—¿Así que usted es Ian Macauley? ¿Qué sensación se siente al vivir dentro de su cabeza?

Sorprendido por la pregunta, él contestó:

—¡Oh...! ¡Imagínese una casa embrujada!

Algo que a veces se había confesado íntimamente, pero nunca frente a alguien a quien veía por primera vez.

Otros colegas que escucharon su respuesta, la tomaron por una broma. Y la primera impresión que causó en los demás fue la de un hombre con un seco sentido del humor. Pero Karen no dejó de considerar el más importante de los hechos: la

apreciación era literal. Ian se sintió contento.

Y ahora había llegado hasta aquí, a unos casi diecinueve años luz del sistema solar, para participar en una colosal adivinanza que había desafiado a los mejores pensadores de la Tierra durante casi una década.

¡Lo que asemeja la situación a una loca paradoja es que sepamos tanto de ellos, pero que esto sirva de tan poco! Sabemos, más o menos, cuál era su aspecto: los cuerpos similares a dos caparazones de cangrejos idénticos, uno sobre el otro; cuatro miembros cortos para caminar, dos miembros prensiles para tomar las cosas, todos ellos terminados en uñas tubulares, dentro de las cuales corren nervios, y compuestas por una versión modificada del tejido de su caparazón coriáceo, tal como sucede con las uñas humanas. Sabemos, o creemos saber, que poseían un sentido que nosotros no tenemos, pero que muchos peces comparten: el de percibir los campos electromagnéticos. Consideramos que muchos cristales que hemos hallado, aún impregnados de tales campos, tal como nuestras cintas magnéticas, son el equivalente de las inscripciones. Ésta es la razón por la cual estoy aquí. A diferencia de nosotros, parece que no podían distinguir los sonidos, excepto tal vez los más intensos y estridentes. Sabemos que poseían una muy desarrollada capacidad científica, lo que quiere decir que gozaban de una amplia cultura, hecho que se pone de manifiesto en sus grandes ciudades, pero... ¿por qué hay tan pocas? Ciertos hechos sugieren que poseían una religión, o varias. Es muy probable, por todo lo hallado, que existieran los equivalentes a nuestra poesía y música, expresados en términos de campos eléctricos infinitamente sutiles. ¿Cómo habrá sido el vivir en un mundo sin sonidos, pero donde todo el ser resonaba con los flujos y latidos del planeta y de todas las criaturas que lo habitaban?

Cerró las manos, sintiendo que las uñas se le clavaban en las palmas.

¿Cómo comprender la falta total de entidad humana en aquellos que construyeron ese telescopio? Porque si no llego a captarlo, tanto mi visita como todas las agonías de la duda que rodearon mi aceptación de la invitación, se habrán malgastado, así como tres o cinco años de mi vida. ¡Cuánto me angustiaría tener que volver a la Tierra dejando el misterio sin resolver! ¡Realmente compadezco a aquellos que tendrán que enfrentar tal situación dentro de treinta días! ¡Lo único que sería peor que eso es que el misterio se hubiera aclarado en los últimos dos años!

Había tres puestos de observación en la cabina de control de la *Stellaris*. Durante la mayor parte de cada viaje eran inútiles. En el espacio-qua no había propagación de energía en forma tal que el ojo humano pudiera captarla. Los que lo diseñaron tuvieron que trabajar mucho para compensar el esfuerzo agregado que se ejercería sobre el casco; las vigas y puntales que hubo de incluirse elevaron la masa básica de la nave espacial en más de un cuatro por ciento... pero éste era un precio justo por el privilegio de observar, en el comienzo y fin de cada viaje, el universo entero con los

propios ojos, en vez de depender exclusivamente de la TV.

De todos modos, ésta era la opinión de su comandante, el coronel Rudolf Weil.

La tripulación de la *Stellaris* constaba de tres personas, quienes también estaban de más, como los puestos de observación, durante casi todo el viaje. Ningún ser humano podría tratar de igualar los reflejos en nanosegundos que eran imprescindibles para lograr un viaje a distancias interestelares. Para empezar, se necesitaban maquinarias capaces de asegurar que cuando fuera necesario disipar la fenomenal energía adquirida al lograrse las velocidades hiperfotónicas, no existiera en la vía de emergencia de la nave, nada que fuera mayor a una mota de polvo. Aún así, y no importa cuál fuera el ángulo de salida que se eligiera, siempre se encontraban manifestaciones energéticas solares o se producían perturbaciones menores en las órbitas de los asteroides o cometas locales.

A veces había mencionado a algunos amigos cercanos un sueño que lo perturbaba, y que se refería a la desaparición de los draconianos: la posibilidad de que hubieran sido menos afortunados que los hombres en sus experiencias con tales enormes aceleraciones. Sabía, intelectualmente, que si la razón para la extinción de los alienígenas hubiera sido algún inesperado efecto colateral del hecho de navegar con una nave espacial a una velocidad mayor a la de la luz, como podría ser, por ejemplo, una pérdida de la estabilización del sol, ya se habrían hallado signos de él consistentes en modificaciones de las rocas lunares tan claros como los que podían producirse en las emulsiones fotográficas. Y tales evidencias no se hallaron; casi no existían indicios. Sin embargo, el sueño volvía a presentarse una y otra vez.

Desde el comienzo, los seres humanos tomaron muchas precauciones con respecto al espacio-qua. No era simplemente el hecho de que se introdujeran en un modo de existencia que todas las teorías clásicas consideraban como prohibido. Las teorías podían modificarse, como realmente lo fueron, el día en que una carga pequeña, de cinco toneladas de instrumentos, llegó a la Luna una fracción detectable de segundo antes de la señal de la Tierra que indicaba que se la había lanzado desde su órbita.

Más importante, sin lugar a dudas, era que había resultado tan tremendamente *caro* construir la nave interestelar. El planeta Tierra poseía exactamente esa única nave y era necesario exprimir al máximo los recursos de la humanidad para enviarla a hacer el viaje de ida y vuelta, cada dos años, a través de una distancia que, para las magnitudes planetarias, era muy pero muy pequeña.

Tal vez esto fue lo que trajo tales problemas entre los alienígenas, pero los afectó antes. Recuerdo que Valentín Rorschach preguntó porqué sería que se había hallado solamente un exponente de tantas cosas: una nave oceánica estropeada y hundida, una gran máquina voladora, uno y solamente uno de muchos miles de tipos de artefactos... Pero por supuesto, casi toda su civilización yace enterrada bajo los

sedimentos y bajo la tierra y las avalanchas, de modo que si no hubiera sido por el telescopio jamás hubiéramos sospechado su existencia.

Observando a los pasajeros, mientras formaban fila para pasar por turno a mirar desde los puestos de observación, sintió que temblaba recordando su emoción al ver por primera vez la brillante escena. Entonces era sólo capitán, sin que tal cosa importara demasiado cuando se trataba de hacer algo que nadie había logrado antes. En aquellos días la *Stellaris* se hallaba al mando del contraalmirante Boris Ivanov, pero éste pasó a retiro debido a que las válvulas de su corazón producían ya un soplo demasiado intenso. Algunos sugirieron que la nave espacial se manejara en forma totalmente automática, y en realidad no había razones teóricas para que las maniobras de despegue y aterrizaje se realizaran sin la operación manual. Pero seguía siendo cierto el hecho de que ninguna máquina podía solucionar los problemas de los pasajeros, sin considerar que la gente que se hallaba a bordo podía rechazar la idea de ser lanzados de estrella en estrella como si fueran pesos muertos. Por lo tanto, se mantuvo una tripulación a cargo de la nave.

¿Cómo me considerarán realmente estos pasajeros? ¿Como a un conductor, como a Caronte que los lleva en su último viaje? Ya se han producido dos muertes en este planeta extraño. Tal vez nos enteremos ahora de alguna otra.

Sabía que para él no habría otro Gran Salto, una vez que la nave hubiera vuelto. Las radiaciones del espacio lo habían tornado prematuramente viejo: su cara redonda estaba surcada de arrugas como una manzana encogida, y su pelo ya tenía más hebras blancas que marrones. Si la *Stellaris* regresara, aunque fuera para evacuar a la gente, ya no sería más su comandante.

Ese cargo debería pasar a manos de la capitana Irene Bakongu, la mayor y de más experiencia de la tripulación.

Tal cual como las cosas se plantean en la Tierra, sin embargo, es probable que nada de esto cuente. Es una pena, porque si las cosas se van a hacer, lo que no es nada seguro, habría que hacerlas bien.

Y puesto que Irene era mujer y negra, la elección recaería sobre el teniente Gyorgy Somogyi.

Que tiene menos antecedentes y es mucho más lento para reaccionar. Dentro de las posibles explicaciones para la desaparición de los draconianos, una de las favorecidas, según me explicaron, es la idea de que se debió a alguna imperfección fundamental en su naturaleza. Pienso que también a nosotros podría llegarnos a vencer algún prejuicio estúpido e irracional. A propósito...

Se dio cuenta entonces de que solamente nueve de los diez pasajeros se hallaban presentes, y antes de poder contenerse había preguntado en alta voz, volviéndose hacia Irene:

—¿Qué pasó con el general?

Dicho lo cual notó que varios de los presentes se encogían de hombros, mientras se producía un helado silencio, roto tan sólo por una voz raspante que venía desde la puerta de la cabina de control.

—¿Hablaban usted de mí... *coronel*?

2

Como no quería perturbar a nadie que deseara dar una mirada al telescopio, tal vez la ultimarian se había apartado del puesto de observación, evitando cuidadosamente las tres butacas de control y los cuerpos agrupados de los compañeros, y permanecía parado cerca de la puerta. Ahora, se apartó aun más: dentro de sí mismo.

Realmente es lamentable que lo que más me una con estas personas, relativamente extrañas para mí, no sean los intereses comunes, sino la antipatía, y en esto incluyo también a la tripulación. ¡A todos nos parece detestable este individuo!

Pero de todas maneras trató de cumplir con el aspecto formal, saludando con cortesía cuando el recién llegado se abrió paso arrogantemente. Era el general José María Ordoñez-Vico, pequeño, prolijo y vivaracho, con un delgado bigote negro; un solterón de cuarenta y ocho años de edad. El general era la única persona que no usaba a bordo de la *Stellaris* las simples y prácticas prendas tradicionalmente útiles para los viajes espaciales: un amplio blusón con cierre a cremallera y grandes bolsillos, confortables pantalones holgados y sandalias elásticas con las cuales se podían resistir las posibles aceleraciones de emergencia. En cambio, Ordoñez-Vico llevaba su uniforme completo, con sus distintivos de rango, sus cintas, medallas y charreteras. Cuando Karen le confió a Ian el rumor que circulaba, acerca de que el general había sido disuadido con mucha dificultad de su empeño en traer la espada de ceremonia, éste simplemente sonrió, pensando que toda la historia no era nada más que una graciosa invención. Ahora, luego de haber compartido la nave durante treinta días, se hallaba dispuesto a pensar que todo era verdad.

Paradójicamente, sin embargo, si no se le hubiera permitido a ese hombrecillo que desplazara a otro pasajero más valioso, la *Stellaris* no hubiera sido enviada a su actual misión... y las treinta personas que actualmente se hallaban en Sigma Draconis III podrían haber quedado abandonadas en su lucha. Sin duda, desaparecerían completamente, como los nativos del planeta.

*Bueno, creemos que hay treinta personas aquí. Pero tal vez ahora, sean menos... Este mal podría llegar a tener sus ventajas. Diez miembros de la base, presumiblemente, se han preparado para ser reemplazados y regresar a sus casas. En realidad, sólo habrá espacio para nueve... a menos que ordene la clausura de la base y que en su último viaje, la *Stellaris* lleve un pasaje desusado: cuarenta y tres personas. Dejando todo atrás menos la comida, el agua y el aire.*

La razón de la presencia de Ordoñez-Vico era, de acuerdo a lo que pensaba Ian, típica de una imperfección de la naturaleza humana similar a la que actualmente se sospechaba había traicionado a la especie que, hacía ya tanto tiempo, viajó desde Sigma Draconis III hasta la luna local... y aparentemente, nunca pasó de allí.

Este hombrecito era el comandante en jefe del Servicio de Inteligencia boliviano.

Desde el primer momento en que se descubrió que era posible viajar a distancias interestelares, fue obvio que solamente las riquezas de las naciones con mayores recursos iban a ser capaces de financiar este salto a mayor velocidad que la luz. Cuando se construyeron los primeros transatlánticos, tuvo que ser gracias a los esfuerzos de los países que entonces poseían mayores riquezas; los comienzos de las operaciones con vías aéreas fueron también inicialmente el privilegio de unos pocos afortunados... y la fabricación de los aeroplanos para proveer dichas vías fue exclusivamente también, durante décadas, lograda por una nación. Esta nación fue también la única que pudo poner a disposición de los astronautas las computadoras y los aparatos de precisión que, permitiendo alcanzar un 99,99 por ciento de confiabilidad, dejaban sólo un margen de aproximadamente quince mil posibles fallas; así como de preparar docenas de personas como personal de reserva, a un costo enorme, a fin de que en un día cuidadosamente elegido, por lo menos una de esas tripulaciones pudiera poner pie en la Luna por primera vez.

Tal vez una sola nación podría, con dificultad, fabricar y lanzar al espacio una pequeña nave interestelar, que llevara cuatro personas con un mínimo de equipo. También podría haber sido logrado por una unión como la Europa Común o por el miembro principal de una flexible alianza económica, como Japón.

Pero hacer eso hubiera sido muy, pero muy mal visto. Con toda desesperación, los ciudadanos de los países menos afortunados se opusieron durante largo tiempo a que la pirámide de logros gloriosos se levantara sobre una base de sacrificios. El ojo agudísimo del satélite artificial, de miles de millones de dólares de costo, podía reflejar la visión del cuerpo del minero que había excavado toda su vida para ganar salarios de hambre, y que en tal menester había muerto.

Sin embargo, la situación había mejorado considerablemente desde la última recesión mundial. Se daba el clima adecuado para un gesto importante. Entonces la idea brilló, radiante como la primera aurora después del largo invierno ártico:

¿Por qué no formar un Fondo de Vuelos Interestelares, dependiente de las Naciones Unidas, al cual cada país contribuiría en forma proporcional a sus posibilidades?

Se aprobó finalmente la propuesta, los diseñadores del proyecto dieron un gran suspiro de alivio, y dejaron de preocuparse por la posible necesidad de acortar los gastos en forma drástica. Los fondos así votados fueron suficientes para financiar la construcción de una nave con una tripulación de tres personas, y de más de cien toneladas de masa no permanente, palabra que designaba, en la jerga tecnológica, la carga y/o los pasajeros, con los medios necesarios para su mantenimiento.

Tres años de pruebas y de trabajo llevaron a tres años de expediciones sin resultados, que agregaron muchos conocimientos abstractos, pero nada a las

soluciones necesarias para los problemas que planteaba la rápida extinción de una Tierra poblada en exceso.

Los costos aumentaron. Cada viaje planteaba la posibilidad de mayores refinamientos y perfecciones. Cada uno producía daños menores en la nave, así que era fácil pensar que ya que había que hacer arreglos, bien se podía agregar algún detalle más perfecto en vez de componer simplemente lo roto... y cada vez los refinamientos se hacían más y más costosos, exigían técnicas más sutiles y disminuían las reservas del Fondo Interestelar.

La gente comenzó a preguntarse. —¿Para qué?—. Y no había respuestas valederas. Hasta que el último gran esfuerzo, el viaje a una estrella más distante que las previamente halladas, pero también más similar al sol de la Tierra que sus predecesoras, reveló el hecho terrible, simbolizado por el increíble telescopio.

Había existido una importante civilización en Sigma Draconis, que también fue capaz de viajar al espacio.

Y ya no existía. Se había hundido. Había desaparecido.

De allí surgió entonces el tremendo, obsesionante interrogante: *¿Podrá sucedemos también a nosotros?*

La reacción inmediata que esa noticia produjo fue previsible: se obtuvo una contribución especial del Fondo Interestelar. Diez expertos cuidadosamente seleccionados, junto con un equipo altamente perfeccionado, capaz de mantenerlos con vida y de permitirles continuar con las investigaciones, fueron enviados al misterioso planeta.

La tremenda angustia que se había despertado duró lo suficiente como para financiar otra visita, luego otra, y finalmente extremando al máximo las posibilidades de una Tierra sufriente, otra más aún. Ésta era, para ser precisos, la quinta expedición. La primera, la que había efectuado el descubrimiento, se realizó en el año 2020; la siguiente constituyó el núcleo de un grupo permanente de estudios, en el 2022. Este grupo recibió posteriores aportes de expertos que llegaron, en dos tandas de diez personas, en 2024 y en 2026. Ahora se hallaban en el 2028 y éste era el primer viaje que traía relevos para aquellos que, de haber sobrevivido, se hallaban allí desde el 2022.

Pero también se daba otra circunstancia que hacía que este viaje fuera especial. La nave nunca había llegado tarde en sus previas visitas. Y existía otro hecho que podía tornarlo por demás extraño: la posibilidad de que se diera la orden de abandonar la base. No se sabía si los dioses serían propicios... y ¿existiría un dios llamado Ordoñez-Vico?

La angustia había disminuido. Pero la frustración aumentó cuando en la tercera y cuarta expedición no se pudieron hacer progresos realmente importantes. Entonces, sucedió algo que era previsible...

Se presentaron tiempos de hambre y miseria en una media docena de países altamente poblados, gobernados por hombres desconsiderados, ambiciosos y poco responsables. La primera reacción de éstos, cuando las masas irritadas comenzaron a hacerlos culpables, fue la de elegir un chivo emisario. Era indudable que el Fondo Interestelar iba a ser la primera víctima. Los rumores comenzaron a circular: *ésta es otra forma en que los ricos estafan a los pobres; ¡si no hubiera habido que contribuir necesariamente, habría otro millón en el tesoro para invertir en alimentos!*

Sin mencionar, por cierto, que el primer ministro había hecho una fortuna acaparando arroz durante los previos meses de miseria, ni tampoco que el hermano del presidente era el dueño de la fábrica de productos farmacéuticos más grande de la nación, y que ganaba un promedio del 1.700 por ciento con cada ampolla de niacina, vitamina B12 y ácido ascórbico.

Después comenzó a correr otra historia diferente, más peligrosa aún:

Allí se hallaron las armas que exterminaron a la raza nativa. Piensan traerlas aquí para amenazarnos con ellas. ¡Vuelven para dominar el mundo!

Ian se sintió verdaderamente asombrado por el hecho de que alguien, por ignorante que fuera, pudiera tragarse semejante embuste, pero así sucedió. También le maravillaba el hecho de que los sofisticados delegados a las Naciones Unidas pudieran referirse a estos problemas sin estallar de risa. A pesar de todas las consideraciones, éste era el estado de cosas... y por esto se le había dado poder a Ordoñez-Vico para ordenar el abandono de la base de Draco, conjuntamente con la abolición del Fondo Interestelar, en caso de que cualquier indicio, conclusión o sospecha alimentaran esta paranoia latente.

Aquí estaba entonces, riñéndole a la capitana Bakongu, a quien odiaba tanto como persona como por lo que ella simbolizaba, puesto que el general venía de un medio elitista, racista y masculinista. Ordoñez-Vico, dirigiéndose al coronel Weil:

—Dígame, este desvío de la nave, como si un piloto de una compañía aérea que se dirige a Río quisiera mostrar a sus pasajeros el Pan de Azúcar, ¿forma parte de su ruta habitual?

Se sintió que una corriente de tensión nerviosa saturaba el aire, filtrado y procesado. Pero la respuesta de Weil fue perfectamente diplomática, al principio.

—Sí, general, es nuestra ruta habitual. Pero, en verdad —y aquí se introdujo una nota de malicia en su contestación— me sorprende su pregunta. Pensé que usted habría realizado ya un estudio exhaustivo de nuestras visitas previas.

La actitud de Ordoñez-Vico no sorprendió a nadie. Extrajo del bolsillo de su chaqueta un objeto plano, ligeramente más voluminoso que los antiguos relojes de bolsillo, pero considerablemente más pesado, que tenía una forma cuadrada en vez de redonda, y consultó los diales en las mismas narices de los presentes, con un aire de importancia.

Este artefacto era, tal como el general lo había explicado repetidamente, el más avanzado detector de mentiras existente, capaz de descubrir las falsedades gracias a la comparación de la pauta sonora de las palabras de quien era sospechoso, con sus secreciones orgánicas. Durante los treinta días desde que habían dejado la Tierra, fue raro que alguna conversación a su respecto (si bien muchas de ellas no iban dirigidas a sus oídos) se realizara sin que hubiera hecho uso del aparato.

—Sabemos que los informes pueden falsificarse. Pero veo que ahora está diciendo la verdad —fue la rápida respuesta de Ordoñez-Vico— esto me tranquiliza. —Guardó nuevamente el instrumento en su bolsillo—. Muy bien. Deseo dar también una mirada al ostentoso telescopio, abandonado por la especie que se dice habitó aquí.

Estas palabras hicieron que todos los ocupantes de la cabina ahogaran con dificultad una exclamación. Parecía un coro de inexpresada incredulidad.

—¿Cree usted realmente que alguien inventó a los draconianos? —respondió con brusquedad una vez. Todas las miradas se dirigieron hacia Ian, quien se ruborizó hasta un rojo que casi igualaba el de su cabello. Weil reprimió una risita con dificultad. La mayoría de los pasajeros de los viajes previos habían sido personas formadas en academias y acostumbradas al respeto de las jerarquías formales de las universidades. Ian representaba un contraste verdaderamente renovador. Había pasado la mayor parte de su carrera buscando en la tierra de remotos yacimientos arqueológicos, o velando en las horas nocturnas de aisladas chozas de la selva, sin ver o hablar con persona alguna, mientras reinventaba desde los comienzos todas las razones por las cuales, en civilizaciones extinguidas desde hacía largo tiempo, sus representantes habían elegido hacer *esto* en vez de incorporar otro símbolo para representar algo distinto.

Si no fuera tan tímido... de toda la gente para la cual he oficiado de Caronte, elegiría a Ian como el más calificado para hallar la respuesta a este enigma, ojalá hubiera podido conocerlo mejor.

Pero Weil tuvo que dedicarse a otros problemas más urgentes.

—General, nada se ha inventado acerca de los draconianos. Realmente llegaron a su luna y construyeron el telescopio, desapareciendo después. Tendré un verdadero placer en recorrer minuciosamente con usted los lugares que hemos descubierto, y pedirle que me explique cómo podrían haber sido creados con intención de engañar —dijo con cierta aspereza.

Cuando el coronel se refirió al hecho de *recorrer*, hubo un ligero tinte de ironía en su voz, y algunos de los presentes esbozaron una sonrisa mientras las miradas se dirigían a los pies del general. Ordoñez-Vico usaba el tipo de zapatos más suave y delicado que hubieran visto. Era difícil imaginárselo en el cumplimiento de las marchas forzadas de los militares, o hundido hasta las rodillas en una ciénaga. Pero

no captó la crítica sutil. Dijo al coronel:

—No dude usted que lo acompañaré. No pienso dejar que haga nada sin mi supervisión.

Y añadió, con una sonrisa de satisfacción, mientras se dirigía al resto de las personas que ocupaban la cabina:

—Esto incluye también a ustedes.

Todo esto, que hubiera podido llevar a una acalorada discusión, fue olvidado debido a un zumbido que se comenzó a oír desde uno de los paneles de comunicaciones, y a una exclamación vehemente del teniente Somogyi, que se hallaba frente al aparato con los auriculares colocados.

—Coronel, acabo de hacer contacto con la base. Nos preguntan por qué llegamos con tanto atraso.

—¡No contesten! —rugió Ordoñez-Vico—. Limítense a hacerles saber que han recibido el mensaje.

Somogyi, un hombre joven de menos de treinta años, cumplía en ese momento su segundo viaje al planeta. A pesar de que ciertas personas podrían considerar siniestro su aspecto, indudablemente gitano, y contrariamente a lo que se podría suponer considerando su formidable inteligencia, solía comprometerse afectivamente en las situaciones que lo rodeaban. Su mirada asombrada llevó al general a dar mayores explicaciones.

—¡Quiero sorprenderlos antes de que puedan tener una oportunidad de ocultar sus verdaderas actividades!

—En tal caso —fue la inmediata reacción de la capitana Bakongu— todos los pasajeros deberán dirigirse inmediatamente hacia los lugares que ocuparán durante el aterrizaje. Si modificamos el curso, para aterrizar ahora mismo, nos ahorraremos toda una órbita para preparación de frenos. Podremos estar abajo en cuarenta y cuatro minutos.

—Buena oportunidad para usted —dijo secamente Weil—. Les ruego volver a sus cabinas inmediatamente.

La furia y el deseo de mantenerse firme en su declaración previa libraron una evidente batalla en las facciones de Ordoñez-Vico, pero luego de unos segundos reprimió su enojo y asintió con la cabeza.

—Sí coronel. Usted está en lo cierto; debemos aterrizar inmediatamente.

Y cuando los pasajeros se retiraron escoltados por Irene, Weil dijo, aparentemente más para sí mismo que para que lo oyera Somogyi:

—No me gustaría ostentar el *record* que va a lograr este hombre: ser la primera persona odiada por todo un planeta.

3

En ocasión del hallazgo del telescopio, los primeros visitantes terrestres consideraron prudente no realizar maniobra alguna que pudiera ocasionar problemas a los draconianos. Si bien no habían podido detectar la presencia de núcleos urbanos iluminados en la zona oscura del planeta, esto no quería decir nada, pues bien pudiera tratarse de una forma de evolución que hubiera superado tales necesidades, o que nunca las hubiera experimentado. No pudieron tampoco hallar otra cosa que estática en la radio, pero esto igualmente carecía de significado definitivo; tal vez existieran aquí formas de comunicarse a largas distancias que las técnicas humanas desconocieran. Se veía, indudablemente, que el telescopio había sido construido largo tiempo atrás.

Weil, el más joven de la tripulación en aquel entonces, había expresado vehementemente a un reportero:

—Caramba, creímos poder hacer contacto con una civilización actual y vigente. Pensábamos que iba a ser como entrar con la *Pinta* a Gran Hamburgo.

Lo cual podría haber sido una verdadera aclaración, excepto por el hecho de que el periodista había sido criado en Singapur, y no le habían enseñado en la escuela los datos relativos a los descubrimientos de Colón. Preguntó cómo se escribía *Pinta*, consultó la computadora portátil y luego trató de inquirir en qué forma se relacionaba una frase publicitaria del siglo xx, puesta en boga por la Junta Británica de Comercialización de la Leche, con los viajes interestelares^[1].

Pero prosigamos: inmediatamente se observó que la ecología de este planeta debía ser similar a la de la Tierra, lo que exigía que la tripulación esterilizara adecuadamente el lugar de aterrizaje. Esto hacía que el único lugar posible donde posar la nave fuera en una isla semidesierta, al Sur del ecuador, donde una geología monstruosa se manifestaba en una alta meseta de rocas azotadas por los vientos y arena que se desplazaba concomitantemente. La meteorología del lugar mantenía la zona sin rastro de nubes, aun durante la estación en que las computadoras indicaban que debía existir algo similar a la temporada de los monzones. Más aún, en la meseta, la presión parcial de oxígeno se hallaba muy cerca de la normal para la Tierra. Este planeta era algo más grande, con una luna un poco más pequeña y distante, lo que hacía que a nivel del mar el aire fuera más rico en oxígeno que lo que era habitual para los seres humanos, pero incuestionablemente respirable.

El lugar de aterrizaje elegido por razones tan lógicas y sensatas, se convirtió luego en el asentamiento de la base Draco. Cathy Polyzotis deseaba desesperadamente hallarse en otro lado.

La fortaleza de la gente de la base comenzaba a flaquear y a su alrededor veía miradas angustiadas. Y no era para menos. La *Stellaris* no se había retrasado una

semana, ni diez días, sino que ya el atraso duraba doce días y medio, y los ocupantes de la base habían comenzado a temer que no volviera, que se hubiera producido una guerra en la Tierra o que tuvieran que sufrir las consecuencias de la temida disolución del Fondo Interestelar o que... Circulaban casi tantas ideas pesimistas como conjeturas acerca de la suerte que habían corrido los draconianos.

El cielo que se hallaba sobre sus cabezas tenía el color implacable del acero. El aire estaba permanentemente saturado de una ineludible nube de polvo acarreado por una brisa sutil que nunca bendecía a la meseta con algo más refrescante que un hálito de niebla salobre proveniente de las olas que constantemente rompían en la costa rocosa del Sudeste. Rodeados por el resplandor, la aridez, el calor y el suelo reseco, los treinta seres humanos del planeta se debatían en discusiones y lamentos mientras comentaban las posibles noticias que recibirían de la Tierra, pensando también en los indispensables equipos nuevos que probablemente no iban a llegar, además de pasar revista a muchas otras posibles desilusiones.

Esto me hace comprender mejor la clásica frase que resume el pensamiento del paranoico: «El Universo todo es un rifle, y con él me apuntan».

¡Cuántas esperanzas se habían desvanecido en el viento salobre, o evaporado hacia el cielo cruel! Dos años antes, cuando ella era la persona más joven que hubiera pisado Sigma Draconis, la experiencia le parecía maravillosa.

A pesar del miedo que sentía por Dugal, me hallaba tan contenta...

Trató de ser sincera consigo misma.

Mis ilusiones me parecían a punto de realizarse. Consideraba que lograríamos solucionar el enigma y que sería yo quien diera la más importante de las ideas. Pensaba que Dugal iba a estar tan contento de mí como yo de mí misma. Pero todo eso pertenece al pasado. Vivir dos años a la sombra monumental de esta decadencia... No es bueno para el ser humano enfrentarse al hecho de que toda una especie, de brillante inteligencia, puede desaparecer totalmente.

No había nada de improvisado en la base. El diseño había estado a cargo de gente ingeniosa y experimentada, y si bien estaba construida con los materiales más simples posibles: placas de metal, vidrio que se obtuvo con la arena local y plásticos procesados gracias a un elemento semejante al petróleo, parecido también a un material bituminoso, era cómoda, práctica e incluso hasta atractiva. Y el lugar donde se hallaban, recinto destinado a las comunicaciones y computadoras, era suficientemente amplio como para que las treinta personas se sintieran confortables. No era la falta de espacio vital la que causaba las angustiadas miradas que se intercambiaban.

Realmente, Valentín Rorschach debía sentirse muy mal. Fue uno de los miembros de la primera expedición completa, que construyó la base, que trabajó durante seis años como director, y que actualmente se veía constreñido a abandonar el lugar, sin

que se supiera la razón de la desaparición de esta civilización. Y todo por una decisión tomada arbitrariamente en la distante Tierra. Tal vez deseara en lo más íntimo que la nave no llegara, para no tener que regresar con la sensación de haber fracasado.

Y ¿qué pensar de Lucas Wong, que había llegado en la segunda partida de expertos, y que no quería tomar a su cargo la dirección de la base, tarea que se agregaría a las múltiples que debía desempeñar como jefe de la Sección de Biomedicina? Sin embargo, y muy a su pesar, había tenido que aceptar la nominación porque una computadora evaluó la situación y lo designó como el más adecuado para desempeñar este cargo.

¿Qué sentiría la frágil y arrugada Toko Nabura, siempre alerta en la sección de comunicaciones, permanentemente presente en uno de los extremos del largo recinto? Ella había sido quien, expertamente, mantuvo la comunicación con los satélites, almacenó y compiló los datos, creando una perfecta organización, absolutamente fidedigna. ¿Cómo la afectaría el tener que dejar todo esto en manos extrañas?

No había modo de juzgar sus sentimientos. Más de una vez, en los últimos días, la dotación de la base le había gritado su ansiedad, tal como si sospechara que estaba ocultando a la *Stellaris* en alguna hendidura del hiperespacio, y ella había contestado con su tranquilo tono normal, aparentemente sin ofenderse.

Sin embargo ¿no se percibía que sus finos labios se habían arqueado levemente hacia abajo, y que sus ojos se habían estrechado aún más...?

Parecía que de todo el personal, solamente un hombre había mantenido la tranquilidad y esta persona, tal como se podría haber adivinado, era el jefe de arqueología Igor Andrevski, un hombre delgado que frisaba en los cincuenta años de edad, que gesticulaba ampliamente, cuyos ojos brillaban siempre bajo su mata de pelo gris y cuya boca parecía permanentemente estar ocupada en hablar, en reír o por lo menos, en expresar sus sentimientos de simpatía cuando alguien sufría a su lado.

Indudablemente, era el miembro más querido del equipo. En cierto modo, parecía ser un atavismo. Debería haber nacido en los días memorables de Schliemann en Troya, o Wooley en Cnosos, cuando las leyendas se convertían en hechos, y no actualmente, en que la arqueología se había destilado hasta no ser más una serie de procesos formales. Siempre había sido el hombre ideal para estar al frente de tan importante departamento, si bien los entretelones políticos habían dilatado su nombramiento hasta el año 2024.

¿Qué sería de nosotros sin Igor? Afortunadamente, no va a ser relevado en este viaje. Me pregunto por qué no fue él el elegido como nuevo director, en vez de Lucas... Oh, creo que el tener que manejar nuestras disensiones y las habituales crisis lo distraería demasiado de su trabajo, que después de todo es el más importante.

Se sorprendió al darse cuenta de que pensar en Igor la hacía sonreír. Esto la llevó a admitir íntimamente un hecho que sólo el esfuerzo por verse aislada en este lugar (*¡el tener miedo!*, añadió su subconsciente brutalmente) podía haber provocado.

Supongamos que ahora me traen la noticia de la... muerte de Dugal. ¡O aunque así no fuera! Realmente, necesitaría otro hombre en mi vida. Una mujer debe tener a alguien más, aparte de su hermano enfermo, por más afectuoso, inteligente o querido sea éste. De todos los hombres que he conocido, aquí o en la Tierra, y a pesar del hecho de que me dobla la edad, ojalá pudiera ser Igor.

Pero había oído decir que en su pasado se ocultaba una tragedia. Él nunca se refería a lo sucedido, pero todos hablaban de una esposa, a quien Igor adoraba, de un bebé y...

De todos modos, sus seres queridos ya no estaban allí, y sus más profundas pasiones, sus más poderosos impulsos se sublimaban en la única forma racional de búsqueda del pasado irrecuperable: la arqueología.

Tal vez, si yo no perdiera a la persona que más quiero, ese lazo podría...

Pero antes de que pudiera asombrarse de sus propios pensamientos, oyó el grito de Toko.

—¡Aquí está!

Todos los presentes en el recinto interrumpieron lo que estaban haciendo, y fijaron su atención sobre ella. Por encima del panel de comunicaciones se veía, en una pantalla, una señal recién aparecida, blanco azulada sobre el fondo verde. Un segundo más, y todo el lugar vibraba con las exclamaciones de alegría y con las pisadas de los que corrían de uno a otro lado. El alboroto no permitió oír el resto de la comunicación de Toko con la nave, y pasó largo rato, o por lo menos, así lo pareció, antes de que se notara que la operadora no estaba sonriendo con alivio.

Volvió a reinar el silencio. Con un ademán, ahora inútil, con que antes apartaba de su frente el cabello actualmente inexistente, Rorschach preguntó:

—Toko ¿pasa algo?

—No lo sé —respondió ella— no puedo lograr que me hablen. Todo lo que recibí fue un aviso formal de que habían hecho contacto. Creo que hablé con el mismo muchacho que hizo su primer viaje la vez pasada, Somogyi. Y después, nada. *¡Stellaris!* ¡Aquí Base Draconis! ¿Por qué llegan tan retrasados?

Silencio. Alguien dijo:

—¿Piensan que...? —dejando al resto de la frase flotar en el aire, como si fuera vapor. Todos ellos conocían los problemas que podían presentarse, teóricamente, cuando una nave interestelar salía del espacio-qua, incluido el fatal accidente de entrar nuevamente en el universo normal como una onda de neutrinos en vez de mantenerse en forma de materia sólida.

Toko hizo un gesto hacia la pantalla donde la señal permanecía

tranquilizadamente normal, mientras que con la otra mano fue conectando llave tras llave del panel.

—¡Todo bien en los sistemas automáticos o de energía de la nave! Ahora la capta el Satélite de Navegación Número Uno, ahora el Dos. ¡Miren! El Siete acaba de transmitir la posición mientras rodea el planeta... Todo está normal en cuanto a la máquina y al instrumental se refiere, y además parecen querer descender lógicamente en la primera órbita de acercamiento.

Aquí fue interrumpida por una voz que reconocieron como la de Weil atronando por el altavoz que recogía los mensajes provenientes de la nave:

—¡No graben esto! ¡Destruyan todos los registros automáticos de este mensaje! ¡Aquí Rudolf Weil! Hemos tenido que incluir entre los pasajeros a un militar, miembro del servicio de inteligencia, que está convencido de que planeamos adaptar las posibles armas de los alienígenas para conquistar la Tierra. Tiene poder como para ordenar que se clausure la base y llevarlos a todos de vuelta, en caso de que se despierten mayores sospechas. Ésta es la única forma que he tenido de avisarles, y de todos modos estoy corriendo un riesgo tremendo. La nave está plagada de aparatos grabadores, y considero que lo mismo sucederá en la base una vez que estemos allí. Pero ahora está sujeto en su litera para el aterrizaje, y nuestros compensadores de gravedad, oscilando, deberán interceptar la mayor parte de sus instrumentos, por lo que corro el riesgo de transmitir esta única vez, considerando que el registro se autodestruirá. No mencionen este hecho en ninguna forma. ¡Les deseo buena suerte!
¡Corto!

Al salir o al entrar en el campo de atracción de un planeta, los compensadores oscilaban en la lucha para mantener un empuje firme de 1 g, o para ser más precisos, en el caso de Sigma Draconis, 1,08, a fin de preparar lentamente a los pasajeros para la llegada a un mundo más voluminoso. Cuando dejaron la Tierra, el efecto había sido suave, pero durante la maniobra de aproximación al planeta, las oscilaciones aumentaron, tomándose sus represalias. Cuando los crujidos de la nave anunciaron que habían aterrizado, Ian se sentía bastante mareado.

Durante un rato permaneció quieto en su litera, dejándose puestas las correas, escuchando el lento desvanecerse del zumbido de los productores de energía. Súbitamente se dio cuenta de que estaba olfateando el aire.

Éste se tornaba cada vez más cálido y seco, y fue consciente de la presencia de un olor completamente desconocido. La palabra adecuada se presentó en su pensamiento con el destello intenso de una llamarada de magnesio:

¡Extraterrestre!

Instantáneamente comenzó a tratar de desembarazarse de las ligaduras. ¿Por qué estaba aquí plantado como un pelmazo cuando allí fuera había todo un nuevo mundo que explorar?

Sin pensar en recoger ninguna de sus cosas, corrió por el corredor central hasta hallar la salida principal.

Pero se detuvo en cuanto estuvo a la vista de la escotilla.

Todos los otros pasajeros, incluido el coronel, esperaban impacientemente, murmurando con enojo, en la ante-sección de la esclusa. Pudo ver, a la luz de este extraño sol, que se reflejaba en un raro cielo mate, que todos miraban hacia la salida, pero nadie se desplazaba en esa dirección.

Ian empezó a imaginar tremendas visiones de desastre. Cerca de él se hallaba Karen, a quien le preguntó, angustiosamente, qué era lo que sucedía.

—El general —le contestó con un todo cáustico pero suave— se está asegurando la inmediata simpatía de la gente. Se ha presentado con un altavoz portátil y una gran caja llena de visores para espiarnos. Fíjate.

Se hizo a un lado. Poniéndose en puntas de pie y estirándose, Ian pudo ver a Ordoñez-Vico, enmarcado por la apertura de la cabina, arrojando de a puñados unos discos blancos que se alejaron planeando, como los míticos platos voladores que tanto dieron que hablar cien años atrás.

Más allá de la portezuela, la luminosidad era demasiado intensa como para que Ian pudiera discernir algo más que el hecho predecible de que el personal de la base se había reunido en apretado montón frente a la entrada de la nave, pero no pudo distinguir detalle alguno.

De repente, oyó una voz que decía, con tono seco:

—¿Quién es usted, y qué diablos está haciendo?

Completada su tarea, Ordoñez-Vico cerró su caja con un movimiento brusco y levantó su altavoz, que llevaba sujeto de un soporte. Con tono altanero y desagradable se identificó y describió su misión.

Se hizo un silencio lleno de asombro. Luego comenzaron a oírse risas, primero nerviosas, luego burlonas, hasta que una clara voz de mujer gritó:

—Oh, espere hasta haber pasado un tiempo aquí y verá usted que lo único secreto en este planeta son sus habitantes primitivos.

Esta frase fue seguida de un aplauso alborozado.

Pero esto sólo sirvió para enojar aun más al general. Levantó su altavoz otra vez y le dijo a la joven que había hablado:

—¡Se lamentará usted de esto, señorita, se lo aseguro! Aquí veo al director que va a ser reemplazado, el doctor Rorschach. Acérquese, por favor. También veo a la doctora Toko Nabura, ¿no es así? Quiero comenzar a investigar aquí inmediatamente. Lléneme ahora mismo a efectuar una visita guiada de la base, sin excluir rincón alguno. Quiero que se me dé acceso sin trabas a los datos que se han computado. Por lo que hace al resto de ustedes —aquí su voz subió de tono— permanecerán en este sitio hasta que regrese, donde yo pueda verlos claramente. Si uno de ustedes se atreve a caminar aunque sea no más allá del otro extremo de la nave, ésta será razón suficiente como para que cierre la base y les ordene que se embarquen inmediatamente, sin llevar con ustedes ni siquiera las ropas.

—Está loco —murmuró Ian.

—¿Ahora te das cuenta? —contestó Karen.

—Estee... general —dijo la misma voz profunda que se había oído antes. Ian la reconoció por las grabaciones, si bien sonaba diferente cuando emitía gritos airados que cuando mantenía un tono normal.

—Sí, director, ¿qué desea?

—¿Podemos por lo menos movernos alrededor de la nave?

—Bien. Pero recuerden que mis aparatos espías mantienen una guardia constante.

—¿Y podremos hablar con nuestros colegas?

Ordoñez-Vico dudó antes de responder. Rorschach continuó:

—Esperamos noticias de nuestras familias, como usted sabe, así como de todo lo que sucede en la Tierra. Y la visita de la nave *se ha* retrasado...

Esta gente no va a escuchar buenas noticias. Ian no pudo reprimir el pensamiento. La guerra de Kenya-Uganda, el hambre en Indonesia, la plaga en la Argentina, el terrible tsunami de dos mil millas de dispersión, que devastó gran parte del Sur del Japón, y todos los demás estragos recientes. ¡Es difícil imaginarse todo esto en sólo dos años!

—Muy bien —dijo Ordoñez-Vico con brusquedad—. Pueden hablar entre ustedes. Pero háganlo siempre delante de mis aparatos registradores.

Marchó pomposamente, descendiendo la rampa externa de la nave, y desapareció de la vista de Ian.

—¡Demonios! —dijo Karen, con un suspiro—. Este hombre combina la máxima aspereza con el mínimo sentido común... Bueno... salgamos y demos un vistazo a este sitio.

La tripulación se hizo a un lado, para permitir a los pasajeros que descendieran en primer término, guiados por Achmed Hossein, quien debía reemplazar a Toko Nabura. Ian era el último de la línea... y en el momento en que salió al exterior, la luz lo golpeó con fuerza inusitada. En su apuro por dejar la cabina, se había olvidado de traer los anteojos ahumados. Pero en lo último que pensó fue en volver a buscarlos, no fuera que este acto, tan trivial, pudiera despertar las sospechas de Ordoñez-Vico. Se cubrió parcialmente los ojos con las manos, para protegerlos de la luz, y al poco rato su visión se acomodó al intenso resplandor para darle una idea preliminar de la primera estación estelar del hombre.

La base estaba apoyada sobre una capa de material vidriado, que formaba un círculo sobresaliente, de una media milla de extensión, sobre la meseta, y que había sido fundida previamente al aterrizaje inicial. Actualmente estaba erosionada por los granos de arena arrastrados por el viento, pero todavía brillaba con intensidad enceguecedora a la luz del sol.

Los edificios eran bajos, y se hallaban juntos. Una especie de pseudopodio partía de ellos y llegaba más allá del borde del círculo vidriado. Éste era, por así decirlo, el cordón umbilical de la base. Llevaba una cañería de agua conectada a un pozo cavado en una capa de un material parecido al yeso, en donde habían quedado atrapados, en una era en que el clima era diferente del que actualmente imperaba, millones de litros de agua dulce de lluvia, así como un transportador para acarrear la vegetación nativa del planeta desde la costa Norte, la única zona de la isla en donde crecía en abundancia. Esto abastecía los convertidores de alimentos, colocados en una construcción adyacente al edificio para refectorio y recreación, y movidos gracias a la energía solar reflejada en espejos situados en el techo. Así se procesaban las materias primas en una variedad de platos adecuados al paladar de los seres humanos, debiéndose mencionar también una excelente imitación del vino y la cerveza, gracias al cuidado con que habían sido programadas las computadoras.

A Ian siempre le había parecido irónico el hecho de que, cuando Yakov Berendt inventara el convertidor de alimentos, hubiera predicho, con gran entusiasmo, el fin de las hambrunas. ¿Cómo podría padecerse hambre, preguntaba, cuando cada pueblito o caserío podía ahora poseer una máquina capaz de transformar cualquier planta, desde los árboles hasta las algas, en una dieta nutritiva e incluso agradable al

paladar?

Pero la gente seguía muriendo de hambre, y con no poca frecuencia esto le pasaba a millones de personas. Porque una de estas máquinas, capaz de nutrir a den seres humanos costaba tanto como un aeroplano pequeño o un yate de lujo. Por lo tanto, los habituales compradores de las máquinas de alimentos eran los hoteles o las cadenas de restaurantes de las naciones ricas, y no de las pobres. El milenio parecía estar tan lejos como siempre.

A mitad de camino del mencionado «cordón umbilical» se veía un edificio, aislado del resto, perteneciente a la sección de ingeniería civil, de la cual tendría que hacerse cargo Karen. Directamente por debajo existía una veta de hierro de alta calidad, y alrededor se hallaban los edificios correspondientes a las factorías de aluminio. Los hornos solares, de los cuales muchos habían sido construidos allí mismo, daban la posibilidad de obtener todo el metal necesario para las edificaciones y el mantenimiento del equipo, no demasiado complejo. Los plásticos también se obtenían allí, gracias a una materia prima similar a un alquitrán bituminoso, de la cual se conocían una docena de depósitos en las zonas centrales del continente opuesto.

Estacionados entre estas construcciones y la parte principal de la base se veían cinco trasportes aéreos: tres livianos, para desplazamientos a largas distancias del personal, y dos para trabajos pesados. Eran muy lentos, pero también flotaban, y siguiendo las vías de agua se podía gastar un mínimo de combustible, y cubrir todos los terrenos, salvo los más abruptos. Las computadoras de la base habían calculado ya desde hacía largo tiempo los trayectos óptimos para cualquier destino que se quisiera lograr en el planeta, gracias al uso de mapas trazados con satélites.

Habitualmente, salvo una de las naves aéreas que se mantenía por cualquier emergencia, las otras no estaban en la base. El personal se hallaba siempre a gran distancia de ésta, excavando en búsqueda de la historia.

Las únicas personas que invariablemente permanecían aquí eran los seis miembros del departamento que ahora Toko Nabura debía ceder al recién llegado Achmed Hossein, más el director y el jefe de biología y medicina, puesto que en una emergencia debía estar cerca a fin de poder salvar una vida. Pero tal situación cambiaría ahora, ya que los dos cargos estarían desempeñados por Lucas Wong. De cualquier forma, se habían producido escasas urgencias; muy pocos microorganismos locales podían afectar los tejidos humanos, y cuando se presentaba una de tales excepciones, los transformadores de alimentos podían producir un antibiótico más o menos simple en el plazo de unas horas. Lamentablemente, esta posibilidad no había estado a disposición de los ocupantes de la base hasta el tercer viaje, pues de otra forma se hubiera salvado la vida de los dos miembros del equipo que habían muerto.

En forma similar, había seis personas en la sección de ingeniería civil, pero salvo una que quedaba en la base, se hallaban casi siempre en las distintas excavaciones,

supervisando las sondas sónicas y electrónicas, los aparatos de alta presión y las máquinas excavadoras necesarias para limpiar lo que se había depositado en mil siglos.

Los biólogos se hallaban aquí muy poco tiempo, puesto que constantemente estudiaban la flora y fauna locales, tratando de obtener datos que explicaran la desaparición de los nativos y, naturalmente, los arqueólogos eran los que menos, frecuentemente estaban en la base.

Parecía que realmente habían aprovechado bien los últimos dos años. La base estaba rodeada de cajas, paquetes y distintos elementos bien resguardados, evidentemente preparados para ser enviados a la Tierra. Ian se dio cuenta de que, sin duda alguna, los artefactos que él había estudiado también habían esperado su turno así preparados, antes de ser cargados en la nave.

Lo recorrió un temblor de excitación, extrañamente mezclada con decepción, puesto que todo ese material, verdaderamente único, iba a ser enviado sin que él lo pudiera estudiar.

Seis del equipo de administración, seis ingenieros civiles, ocho biólogos y diez... bueno, creo que debo pensar ahora «diez de nosotros». Total: treinta. ¡Treinta personas para desentrañar los misterios de todo un planeta! ¡Es absurdo!

Pero en este momento fue sorprendido por un grito ahogado que partió de la muchacha que había hablado antes: el pelo negro, los ojos verdes, la figura esbelta correspondían sin lugar a dudas a Catherine Polyzotis. Viendo a Weil, cuando éste emergía de la sombra de la cámara de descompresión de la nave, ella gritó su pregunta:

—¡Rudolf! ¿Cómo está mi hermano?

Y antes de que Weil tuviera oportunidad de responder, una voz de hombre exclamó:

—¡Diablos! ¡Mandaron a Ian Macauley! ¡Magnífico! ¡No me había atrevido a esperar tan buen suceso!

Instantes después, Ian halló que el celebrado Igor Andrevski le estrechaba la mano, sacudiéndola vigorosamente de arriba a abajo y bombardeándolo con saludos. Un segundo después vio a Cathy que pasaba velozmente a su lado para encontrarse con Weil.

—¿Cómo está Dugal? —insistió la muchacha. La memoria de Ian giró, veloz como una turbina: *¡Oh sí! Ella es la hermana del muchacho que estaba enfermo de... leucemia incurable, creo.*

Andrevski dejó de hablar. En un silencio profundo como un pozo Weil dejó caer la respuesta, pesada como una piedra.

—Cathy, lo siento mucho. Falleció antes de que volviéramos a la Tierra.

—¡Oh! ¡Qué triste! —susurró Andrevski.

Ian trató de pensar en algo que pudiera decirle, que sonara consolador sin ser insustancial, cuando vio que la muchacha se sentaba en los escalones y ocultaba la cabeza en las manos.

Weil se iba a sentar al lado de ella, rodeándole los hombros con el brazo, cuando Andrevski lo detuvo con un ademán.

—Déjala, Rudolf. Creo conocerla algo mejor que tú. Se ha preparado para esta noticia desde hace ya largo tiempo. Será mejor dejarla sola para que pueda aceptarla lentamente y a su manera.

Weil obedeció, si bien con algo de duda, y fue a hablar con los otros miembros de la base. Andrevski acarició la cabeza de Cathy con una de sus finas manos y luego tomó a Ian amigablemente del brazo.

—Venga. Déjeme presentarle al resto de sus nuevos colegas. No puedo expresarle lo contento que estoy de que usted se halle con nosotros. Luego de ver sus magníficos análisis de las inscripciones de Mohenjo-Daro, sus trabajos sobre los motivos funerarios etruscos, y sobre todo, sus informes sobre Zimbabwe, me dije a mí mismo: Ese hombre debe venir a Sigma Draconis.

Ian dejó que lo llevaran. Todo el tiempo fue estrechando mecánicamente las manos de esos extraños que en realidad no lo eran, puesto que ya le habían sido presentados a una distancia de años luz, mientras pensaba repetidamente:

Nunca quise a nadie lo suficientemente, nunca en mi vida, como para sentarme y llorar en público su muerte. Ojalá lo hubiera podido lograr. ¡Cuánto lo deseo! Vero no puedo.

Sobre sus cabezas, como si fueran cuervos, revoloteaban los aparatos espías soltados por Ordoñez-Vico. Uno de ellos, sin duda atraído por una secreción orgánica poco común se dirigió a Cathy y flotó por encima de ella.

Ian se preguntó si lo habrían atraído las lágrimas.

La espera se hizo larga, en el caluroso resplandor. Luego de inspeccionar los edificios, Ordoñez-Vico insistió en que se le mostraran los artefactos de los alienígenas, que tan cuidadosamente habían sido embalados para ser enviados a la Tierra. Viendo que se abrían los bultos preparados con tanto trabajo, algunos de los miembros del personal comenzaron a protestar, debiendo ser silenciados por Weil y el resto de la tripulación, quienes les repitieron bien claramente que era verdad lo que el general había dicho acerca de tener poder como para ordenar la clausura de la base, en caso de que así lo deseara.

—Tal vez deberíamos darnos maña para... que desapareciera —dijo alguien.

—Eso no serviría de nada —fue la rápida respuesta de Weil— si no regresa para asegurar personalmente que no hay nada que temer en todo esto, qué aquí no estamos tramando ninguna confabulación, éste será el fin de los vuelos interestelares.

Pero, como compensación a todas estas molestias, el retraso le permitió a Ian hacer numerosas preguntas sobre las excavaciones, que Andrevski se apresuró a responder. Así pudo recoger datos de los otros colaboradores, en especial de Olaf Mukerji, cuyos padres eran también arqueólogos, y a quienes había encontrado en una excavación de una montaña en Afganistán; de la muchacha negra norteamericana Sue Tennant, con su corto cabello rizado y sus grandes dientes desparejos, que había realizado un excelente trabajo en Malí; de Ruggiero Bono, un hombrecito pequeño y tenso, que a pesar de su nombre italiano era ciudadano mejicano y que había hecho contribuciones notables a la técnica de determinación de la antigüedad de los artefactos hallados, puesto que había cambiado su campo de investigación de la física nuclear a la arqueología. Y también de otros nuevos compañeros.

—Hemos localizado varios otros emplazamientos de ciudades, y tanto su estructura como su contenido indican que teníamos razón cuando pensábamos que la civilización y la cultura se irradiaron aquí partiendo de un solo foco, sin interrupción, en forma notablemente distinta de nuestro esquema habitual de interrupción-avance, interrupción-avance. ¡Tal vez no querían desperdiciar tiempo! Actualmente estamos dedicándole nuestros esfuerzos a un lugar que bautizamos Carbón.

—¿Carmón? ¿Por qué?

—¡Oh, no! C-a-r-b-ó-n, porque se halla cubierto casi por entero por materia vegetal, muy fácil de desplazar. He estado allí a menudo, en estos últimos tiempos, con Cathy, que podrá dar mejores datos que yo, seguramente. El otro lugar, también muy prometedor, es el que llamamos Ceniza, porque está en una situación casi pompeyana; cubierto por una capa de polvo volcánico muy friable y también fácilmente desplazable, pero lamentablemente el grado de preservación es mucho menor, probablemente existieron temblores de tierra. Pero esta zona está a cargo de Sue y Olaf, así que es mejor que ellos hablen de los últimos hallazgos. Existe otro yacimiento, al cual hemos bautizado Sedimento, y que descubrimos por los mapas de

los satélites. Todavía no hemos excavado allí. Está situado en la boca de un río y parece haber sido enterrado por el lodo, reapareciendo posteriormente en la superficie tal vez por la presión hacia arriba ejercida por las aguas profundas. Trataremos de desenterrarlos utilizando sobre todo las mangueras de alta presión.

—Hemos estado atareados en sitios que datan de épocas más antiguas, también. Nevada Uno nos dio datos sorprendentes, pero Nevada Dos ha sido sometida a una intensa acción glaciaria, por lo que hemos decidido explorarla con un analizador automático de control remoto, para detectar concentraciones anómalas de metales y otros elementos. De la zona Marina esperamos poco, si bien teníamos grandes ilusiones cuando llegó la nave la vez pasada. Pero sucede que la vida acuática aquí es tan destructiva como la de la Tierra, y el agua de mar, si cabe, más corrosiva, de modo que...

Ian finalmente logró plantear la pregunta que más significaba para él, en una única palabra:

—¿Inscripciones?

—Debería haberlas mencionado antes, ¿verdad? Sí, hemos hecho dos importantes descubrimientos en esa zona desde que partió la nave espacial. Primero, la gente de Lucas determinó una serie de hechos que nos han convencido de que la técnica de impresión sobre el cristal era su forma de escribir. Algunas de las especies supervivientes pueden, aún hoy, lograr la impresión de rocas adecuadas con un trazo distorsionado de sus propios campos de fuerza, dejando una falsa huella a fin de despistar a las especies cazadoras que los persiguen. También hemos hallado, en cada uno de los lugares que eran emplazamiento de ciudades, construcciones a las cuales hemos bautizado con el nombre de «bibliotecas». Recintos amplios, llenos hasta el tope con cristales impresos, muchos de los cuales todavía mantienen una buena resonancia en su estructura. También, indudablemente, hay otros que han sido borrados por ruidos no intencionales.

—¿Cuántos estiman cuando se refieren a «muchos»? —preguntó Ian, casi sin aliento.

—¡Oh!... alrededor de treinta y cinco mil. De éstos, calcular un pequeño porcentaje.

—¿Qué?

—¡Diablos! ¿Cuántos libros hay en una biblioteca de la Tierra?

—No me refiero a esto, me refiero... —Ian se puso tenso—. ¿Han hecho algunos progresos en la tarea de descifrarlos?

Andrevski mostró una expresión lúgubre.

—Ninguno. En lo que respecta al aspecto paleolingüístico estamos realmente a la espera de lo que usted pueda descubrir. Si bien, por supuesto, le daremos toda la ayuda que nos sea posible.

Había pasado mucho rato. Realmente un largo rato. Las sombras se hacían más y más largas, mientras la brisa aumentaba al acercarse el ocaso. Cathy se movió y bajó las manos, apartándolas de sus ojos enrojecidos. Instantáneamente el aire seco borró sus últimas lágrimas.

Pobre Dugal. Haber vivido treinta y dos años, con una mente tan aguda y tan espléndidas ambiciones... y luego tenerlo que perder todo súbitamente. ¡Tan parecido a lo que les pasó a los habitantes de este planeta!

Se levantó, algo rígidamente, y caminó hacia donde se hallaba el grupo de sus colegas, que estaban charlando con el recién llegado, con este Ian Macauley que, de acuerdo a lo que les había dicho Igor, había hecho, en sus veinte años, trabajos de tal importancia como para ser comparados con los de Michael Ventris o Champollion. Era sumamente delgado, y de aspecto atontado, con esa forma nerviosa de jugar con su mata roja de pelo, pero, a juzgar por las sonrisas de los otros, estaba haciendo una buena impresión.

Cuando terminó de acercarse se hizo silencio. Todos la miraron. No había duda alguna de que ya Igor les habría explicado porqué estaba sentada, sola y llorando. Bueno, por el momento, ya había pasado su angustia. Se sintió aliviada de su pena, por lo menos temporalmente, y otra vez capaz de razonar y reaccionar adecuadamente.

—¿Doctor Macauley? —dijo, alargando la mano—. Yo soy Cathy Polyzotis, tal vez usted ya se haya dado cuenta.

Algo torpemente, Ian le estrechó la mano y le dijo:

—Yo... lo lamento tanto, doctora Polyzotis.

—Llámame Cathy, por favor... En realidad, esperaba que sucediera algo así. Tenía que pasar tarde o temprano, y sólo puede ocurrirme una sola vez. —Vaciló y miró a su alrededor—. ¿Es que el general piensa tenernos aquí esperando toda la noche, así como estuvimos todo el día?

—Volvió a entrar —gruñó Igor—. Luego de examinar los artefactos que habíamos empacado para enviar a la Tierra. Probablemente quiere asegurarse de que los registros de las computadoras no los describen como ultra-rifles o hiperbombas o cualquier otra cosa por el estilo.

—Me hace temer —dijo Cathy con un estremecimiento— que todos en la Tierra se hayan vuelto locos.

—No del todo —dijo Ian— pero tal vez no les falte mucho.

Ella parpadeó, sobresaltada, y el resto del grupo también pareció asombrarse.

—¡Lo dices como si realmente lo pensaras! —dijo Olaf.

—Creo que sí. El saber que otra civilización ha desaparecido, y que la respuesta a esto puede hallarse en registros que no podemos descifrar... parece realmente estar afectando las mentes de los seres humanos.

—Tal vez quieran distraerse a toda costa —sugirió Igor— y acepten alborozados cualquier cosa que los haga dejar de pensar en todo esto.

—Sí, creo que debe ser así. El ánimo que dejamos atrás era... bueno, sólo podría describirlo diciendo que era lamentable.

A esto siguió una pausa Represiva, rota por el altavoz de Ordoñez-Vico, que rugía. Había salido del edificio más cercano acompañado de Rorschach y Toko. La construcción era la destinada a las computadoras y a los aparatos de comunicaciones.

—¡Atención general! Pueden dispersarse ahora, y dirigirse a sus habitaciones. No olviden que mis aparatos espías están controlando literalmente cada una de sus palabras y actos. Deberán reunirse nuevamente en el comedor, para la comida habitual, dentro de treinta minutos. Luego pienso interrogarlos colectivamente, empleando un detector de mentiras sumamente perfeccionado, y en los días subsiguientes lo haré en forma individual. ¡Eso es todo por el momento!

Giró sobre sus talones y volvió a entrar.

—Parece el comandante de un campo de concentración —dijo Cathy, horrorizada. Ian contestó, en voz baja:

—Sí, parece provenir de ese tipo de gente. Un atavismo. Pero me temo que su forma de actuar sea más típica de la humanidad en general que la tuya o la mía.

6

Hubiera sido difícil determinar, simplemente mirándola, que esta base era, en realidad, muy elemental. Nunca antes, en toda la historia humana, se había desplegado tanta inventiva en un lugar tan pequeño.

Cuando Ian llegó a las habitaciones que le habían reservado, llevando sus pertenencias en un cochecito, descubrió que eran extrañamente espaciaosas. En realidad, había esperado encontrarse en condiciones mucho más primitivas, que si bien no pensaba que fueran similares a las que tenía que soportar cuando se hallaba excavando en la Tierra, tal vez fueran menos confortables. Algo así como su cabina a bordo de la *Stellaris*.

Por el contrario, el dormitorio era espacioso, poseía su baño propio, con un limpiador sónico para ocuparse de sus ropas sucias. Las paredes estaban pintadas con colores brillantes y en las ventanas había alegres cortinas que hacían juego con el cobertor de la cama. Pero por supuesto, todo estaba hecho con los mismos materiales: el piso, los elementos para embalar cuidadosamente los delicados artefactos que había que enviar en la nave, la mesa, la silla y el sillón, las paredes, la puerta, el techo, la bañera y las estanterías habían sido fabricados con los mismos materiales simples y de múltiples aplicaciones. Eran láminas de un mismo metal y capas esponjosas internas, lo mejor que podía ofrecer la fundición y el taller de maquinarias, todo anodizado en distintos colores.

Sin embargo, las modificaciones se efectuaban muy ingeniosamente, cosa que lo sorprendió. Una sorpresa similar a la que había experimentado cuando, confrontado con la desesperante necesidad de transportar solamente veinte kilogramos de equipaje, lo que significaría dejar la mitad de los libros y programas de computadoras necesarios, se dio cuenta de la enorme cantidad de datos que podían caber en un único «cassette» de acelerotape cuando el gasto no contaba.

Había terminado rascándose la cabeza para tratar de decidir qué otra cosa podía llegar a necesitar.

Lo que terminó de asombrarlo fue la variedad de platos que se ofrecían en el comedor. No faltaba ninguna de las especialidades importantes de cada una de las cocinas de la Tierra, más una variedad de cincuenta y pico de bebidas.

Pensar que los datos que se me daban acerca de todo esto incluían una única frase, algo así como: «Las máquinas proveen una dieta nutricionalmente adecuada y excepcionalmente variada».

Se hallaba abriendo desmesuradamente los ojos frente a la enorme fila de botones de selección, cuando sintió que Karen Vlady le golpeaba suavemente el brazo mientras murmuraba:

—Querido Ian, en los próximos dos años tendrás tiempo de probarlos todos.

Tuvo que reconocer que tenía razón, por lo que no le importó que, como primera experiencia, se hallara frente a una sopa de nido de golondrinas, *souvlakia*, un potaje con carne y salsa de okra y melocotones a la Melba. Todos los platos tenían un sabor verdaderamente convincente.

El comedor servía también como salón de conferencias. Alrededor de sus paredes se habían colocado una serie de sillones de espuma de plástico, formados y forrados en una única operación, lo suficientemente livianos como para ser llevados por una persona, lo que hacía sumamente sencillo reacomodar el mobiliario. En el centro se hallaban las sillas, apilables, y una docena de mesas, cada una de ellas lo suficientemente grande para cuatro personas.

Ordoñez-Vico había llegado muy temprano, y se acomodó en una especie de sitio de honor, con Rorschach, Wong y Weil como compañeros. Comió poco, y permanentemente deslizaba por la sala su mirada desafiante y amenazadora.

Ian aceptó la invitación de Cathy y Andrevski, sentándose a su mesa. En la de al lado se hallaban Olaf, Sue, Ruggiero e Irene Bakongu. A pesar de que Andrevski lo urgió, durante todo el tiempo, a servirse vaso tras vaso de un delicioso vino blanco, basado en una cinta registradora traída por la segunda expedición, que a pesar de las innúmeras veces que se había reproducido, mantenía su exquisito sabor, Ian halló que la comida le había resultado una verdadera tortura. Los aparatos espías de Ordoñez-Vico habían entrado al comedor, por supuesto, y uno de ellos se hallaba pegado al cielorraso, por encima de sus cabezas, como si fuera una mancha de moho.

Además, un pensamiento lo rondaba: *¡Esto es todo lo que somos y lo que tenemos!*

Comparar esta base con el planeta en su totalidad era como comparar la duración de una vida humana con el lapso que había transcurrido desde que desaparecieron sus habitantes.

No era el único con poco apetito. En los platos quedó mucha comida... sin que importara, por supuesto, ya que se iba a procesar nuevamente. Cuando la tensión había llegado al punto máximo, Ordoñez-Vico finalmente se puso de pie, carraspeó y dijo, extrayendo su detector de mentiras:

—¡Atención, por favor! Debo de hacer primero ciertos ajustes. Luego plantearé determinadas preguntas, eligiéndolos al azar para saber las respuestas.

Abandonó su asiento y fue pasando lentamente junto a todas las mesas. Su mirada iba de uno a otro de los presentes, luego se dirigía hacia el detector de mentiras y otra vez a las caras de los miembros del equipo. Era indudable que sus ojos se detenían más sobre las mujeres, como si le disgustara su presencia.

Y fue precisamente a una mujer a quien le pidió que contestara la primera pregunta: Toko Nabura.

—Estos alienígenas ¿cuánto tiempo hace que desaparecieron?

—Hace alrededor de cien mil años, con una aproximación de cuatro mil años.

—¿Por qué no son más precisos con respecto a la fecha? ¡Usted! —y señaló a una mujer nuevamente—: Sue Tennant.

Con voz fatigada, la muchacha contestó:

—Éste es un mundo de tectónica vigorosa, con rápidos cambios de clima. Es difícil investigar los estratos.

—Sin embargo, ustedes han dicho que los primeros indicios de civilización comenzaron solamente tres mil años antes. ¿Cómo explican esto? — Señaló una vez más hacia una mujer. Esta vez era Cathy.

Ésta había pasado la comida con un acentuado humor depresivo. Comió muy poco, y habló solamente cuando se dirigían a ella. A pesar de todo, se levantó y procuró contestar la pregunta.

—¡Oh!, diría que todo indica un lapso de tal duración.

—¡Quiero conocer los detalles! —rugió Ordoñez-Vico mientras caminaba hacia donde ella estaba—. ¡No piensen que van a poder conformarme con cháchara!

—¡General! —dijo ásperamente Andrevski—. Cathy acaba de recibir la noticia de que su hermano murió después de haber partido ella de la Tierra.

—Eso ya lo sé, y de todos modos exijo que se me responda adecuadamente.

Se sintió en todo el recinto el ruido de las sillas, cuando los miembros del equipo las empujaron hacia atrás, resignadamente. Esto iba a ser largo y desagradable, sin lugar a dudas.

Pero ahora Cathy había reaccionado y miraba a Ordoñez-Vico fijamente a los ojos.

—Con todo respeto, general, le diré que no creo que usted me entienda si le informo que los datos en que basamos nuestras estimaciones, tales como el factor de difusión-phi, en las ortorodoclositas modificadas; las formaciones ganglionares piruvíticas y los artefactos del tipo G-9, que son los aspectos principales con respecto a los cuales hemos podido establecer una progresión temporal definida, puesto que se encuentran en todos los sitios que hemos investigado, y no solamente en uno o dos de ellos; esos datos, decía, cuando se consideran en conjunción con la captación del C-14 contemporánea, en algunas especies relacionadas con los seres inteligentes de este planeta, así como la cifra conocida de pérdida de la actividad de la pseudo-chitina epidérmica, tal como fue establecida en variados medios artificiales que reproducen las condiciones reales en distintos asentamientos de ciudades... y otros hechos, naturalmente, forman una serie de datos en los cuales consideramos poder confiar y coinciden para dar una cifra bastante exacta en el pasado: tres mil años. Pero pienso, indudablemente —y esto lo dijo con una radiante sonrisa— que como experto en un determinado campo, usted se hallará dispuesto a creer en la palabra de otro experto, aunque éste no pertenezca a su propia especialidad. ¿No es así?

Desde el otro extremo del salón se oyó un sonido como si alguien estuviera tratando de disimular una risa, sin demasiado éxito. Ordoñez-Vico giró, tratando de descubrir si se burlaban de él, pero todo lo que pudo ver fue a Achmed Hossein, que se tapaba la boca con una servilleta, mientras las personas de las mesas que rodeaban a la suya se sonreían diplomáticamente.

Ian tenía deseos de aplaudir. Pero todo lo que se atrevió a hacer fue guiñarle el ojo a Cathy, hecho que ella agradeció con un mohín mientras echaba mano a la botella de vino.

—Ustedes han estado aquí seis años. ¿Por qué no han descubierto más datos científicos sólidos?

Rorschach, en su ademán habitual, pasó una mano por su calva cabeza, procurando apartar cabellos que había perdido desde que llegó aquí.

—Pero es lo que hemos descubierto. En gran cantidad. Como resultado de una lenta y cuidadosa investigación, especialmente gracias a la comparación de los pocos restos de las especies inteligentes, entendiéndose que me refiero a los cuerpos más o menos enteros, con las otras especies emparentadas que lograron sobrevivir. Estas últimas suman unas cuatrocientas cincuenta aproximadamente, ¿verdad, Lucas? Por supuesto que me refiero a las especies.

—Diríamos que casi quinientas, si se tienen en cuenta las semejanzas genéticas —agregó, con un suspiro, Lucas Wong.

—¿Y cuáles son esos hechos sólidos y científicos? ¡No los hallé cuando revisé los informes enviados a la Tierra! —rugió Ordoñez-Vico.

Rorschach hizo que esta afirmación se hundiera bien hondo en las mentes de todos, vacilando durante unos instantes antes de contestar.

—Esto es casi cruel —dijo Cathy.

—Se lo merece —susurró Ian.

—Bien, por ejemplo —dijo Rorschach mirando hacia el techo—, sabemos que eran muy parecidos a nosotros en muchos aspectos. Sabemos que se interesaban en el universo que los rodeaba. Sospechamos que comerciaban entre ellos. Estamos prácticamente seguros de que poseían el equivalente de la escritura, y no nos quedan dudas de que dominaban distintos sistemas de transporte, la ciencia, las matemáticas, la forma de comunicarse... Pero también nos consta que en muchos aspectos eran completamente diferentes de los seres humanos. Diremos, para empezar, que su cultura, como todas las culturas humanas, ha sido acentuadamente influida por el sexo.

Aquí hizo una pausa, seguro de que, tal como parecía, había usado una palabra que era de significado muy limitado en el vocabulario del general, y totalmente peyorativa en todo el contexto.

—¿Qué quiere decir?

—Creo que es mejor que esto se lo pregunte a Lucas —sugirió Rorschach.

—Yo seré quien decida cuál de ustedes deberá contestar. En este caso... ¡usted!

Señaló a Nadine Shah, una hermosa mujer (otra vez elegía a una mujer, como si pensara que podía sorprenderlas en una mentira con más facilidad que a un hombre), de cerca de cincuenta años de edad. Era la ayudante más destacada que tenía Lucas, y la de mayor autoridad en la rama de biología comparada.

Con voz clara, la interrogada contestó:

—A menos que fueran muy diferentes de sus primos sobrevivientes, eran bisexuales, tal como nosotros, pero ambos sexos coincidían en un mismo individuo. La infancia era un estado neutro, luego se presentaba un estado masculino; y después de este otro, comparativamente corto, femenino, previo a la infertilidad de la edad avanzada.

Esto silenció momentáneamente a Ordoñez-Vico, y le dio a Rudolf Weil la oportunidad de preguntar:

—Esos datos son nuevos, ¿verdad?

Nadine asintió con la cabeza.

—Efectivamente, cuando usted estuvo aquí la última vez, todavía pensábamos que nos hallábamos frente a un caso extremo de diferenciación sexual. Actualmente hemos podido seguir a varios individuos a través del estado de transición. Duraba aproximadamente un año, luego del cual quien era funcionalmente un individuo del sexo masculino se transformaba, sin problemas posteriores, en una hembra. Existen paralelos en la Tierra, por supuesto. Las ostras, por ejemplo.

—¡Les ruego no hablar entre ustedes! —interrumpió Ordoñez-Vico—. Simplemente límitese a contestar mis preguntas.

Obedientemente, todos guardaron silencio.

—Explíquenme algo más sobre las diferencias entre ellos y nosotros. ¡Usted! —Ahora señalaba a Ruggiero Bono.

—Pensaban en forma completamente distinta a nosotros, ni más ni menos —dijo el hombrecito con un suspiro—. Creo que enfrentaban problemas similares, pero utilizando razonamientos que difieren totalmente de los nuestros. En la Luna equiparon su telescopio con... con algo orgánico, mientras que nosotros hubiéramos utilizado equipos electrónicos «solid-state». Desenterramos la máquina voladora de abajo de un montón de nieve y tanto por ella como por el resto de las cosas que están casi intactas, hemos deducido que podían almacenar enormes cantidades de energía en formas que nosotros consideraríamos adecuadas para juguetes de niños, como por ejemplo, retorciendo bandas de goma. Usaban resortes y filamentos, excepto cuando lograban almacenarla directamente a un nivel molecular. Indudablemente, hacían cosas que nosotros podemos apenas imaginar.

—Y entonces ¿qué les pasó? —preguntó ásperamente Ordoñez-Vico, señalando a

Andrevski.

Perfectamente calmo, el arqueólogo jefe se secó unas gotas de vino de su labio superior y se apoyó con los codos en la mesa, con expresión de concentrada atención.

—Bueno, diremos que existen muchas causas posibles para la desaparición de los habitantes. Las trataré de enumerar, con sus distintos argumentos a favor y en contra, siguiendo un plan adecuado, en todo cuanto me sea posible. Para comenzar, existe la posibilidad de que hubieran emigrado.

—¿Cómo dice usted?

—Tal como le acabo de mencionar, es una causa entre muchas. Personalmente, no creo que se deba considerar esta teoría demasiado en serio. Tal vez más factible sea la posibilidad de una enfermedad epidémica. Sabemos que poseían trasportes rápidos, así que puede haber sucedido que algún virus altamente mortal haya llegado a diseminarse, sin dar tiempo a los habitantes a defenderse. Por otra parte, la bioelectrónica utilizada en la Luna, que ya ha sido previamente mencionada esta noche, nos hace pensar que debían dominar muy hábilmente la química orgánica. Razonablemente, entonces, podemos admitir que entre ellos la medicina también debía estar muy adelantada.

»¿Se exterminaron unos a otros en una guerra? El examen de las ciudades no nos ha revelado otros signos de destrucción que los naturalmente debidos a la acción del tiempo, los terremotos y demás. Pero esta posibilidad aún se mantiene en pie, si bien hemos excluido los explosivos nucleares o de otro tipo, así como las dosis masivas de cualquier sustancia que pudiera ser venenosa, de acuerdo a los estudios realizados en la fauna contemporánea. También se han descartado las armas radioactivas. Se ha considerado la posibilidad de que se hubiera diseminado voluntariamente algún tipo de enfermedad, o sea, que se hubieran empleado armas bacteriológicas. Pero hay una buena razón para descartar esa idea también.

—¿Cuál?

—¿Cómo hubieran podido alcanzar tan alto grado de desarrollo en tan poco tiempo si parte del mismo se hubiera empleado en pelear? Hemos escrutado este planeta desde el espacio una y otra vez; hemos realizado sondeos con sonar, con detectores electrónicos y con todas nuestras técnicas más fidedignas. Todos los hallazgos son coherentes. En tres mil años pasaron del estado que podríamos llamar neolítico, en el que trabajaban el cobre y cocían la arcilla, a los vuelos espaciales. A nosotros nos llevó el doble de tiempo.

—¿Cómo pueden estar seguros de que ambas condiciones no existieron simultáneamente? —interrumpió Ordoñez-Vico—. En la Tierra sucedió.

—Evidentemente, ésta es una pregunta interesante —contestó Andrevski—. Déjeme aclarar un poco la situación: hemos hallado un foco central, desde donde parece haberse diseminado. Éste es el único lugar en el cual se han encontrado todos

los tipos de artefactos. Si avanzamos por una línea de expansión, o para decirlo más adecuadamente, un cono de expansión, puesto que se va ampliando a medida que la distancia se agranda, desaparecen los niveles inferiores. En los lugares del planeta más distantes de este foco que mencioné, parecen no haber existido cacharros primitivos, ni artefactos que pudieran relacionarse con los estados de desarrollo previos, y no posteriores. Es como si, haciendo una *analogía* terrestre, la civilización que se originó en la medialuna fértil se hubiera expandido sin interrupción hacia el Oeste, englobado Europa, cruzado a Norteamérica, luego se hubiera diseminado a la costa más apartada del Pacífico, abarcando posteriormente Asia e India, y retornando finalmente a su punto de origen, aún intacto. Naturalmente, allí las cosas habrían cambiado completamente. Éste es otro argumento que hay que tener en cuenta si se considera la posibilidad de que hubieran sido exterminados por una guerra: esta expansión continua, como si nunca hubieran hallado oposición. Si descartamos las oposiciones, entonces ¿para qué las guerras? —Pero Andrevski blandió ahora un índice admonitorio—. Esto nos obliga a pensar en un tema candente, que presumo ha sido el que más ha preocupado a quienes lo enviaron a usted aquí. ¿Fueron barridos por un ataque proveniente de otro planeta?

Alguien emitió una risita nerviosa. Ordoñez-Vico lo silenció con una mirada penetrante como un lanzallamas.

—¡Continúe!

Andrevski se miró las manos, con ademán de concentración.

—Esta hipótesis nos lleva a considerar la posible existencia de otras especies que, celosas de privilegios, pudieran recorrer la galaxia en busca de posibles competidores, y que al hallarlos, les declararan una guerra sin piedad. ¿Me equivoco si pienso que esto es lo que preocupa a la gente allá en la Tierra?

Ordoñez-Vico dudó unos instantes, pero luego respondió con aire desafiante:

—¡No!

—Entiendo. De hecho, realicé exhaustivas investigaciones y análisis de esta posibilidad con computadoras, cuando se me ocurrió por primera vez. Esto me llevó a un par de interesantísimas conclusiones: por una parte, cualquier especie que posea una tecnología lo suficientemente avanzada como para realizar viajes espaciales enfrentaría entre un ochenta y nueve y un noventa por ciento de posibilidades de librar entre ellos una desastrosa guerra final antes de descubrir otra estrella. Por otra parte, presumiendo que hubieran efectuado vuelos espaciales a velocidades mayores que la luz, tendrían entonces medios capaces de esterilizar a planetas enteros, no solamente de dedicarse a exterminar a los miembros de una raza en especial. Resumiendo, general, si ésta fuera la causa para la desaparición de los habitantes primitivos, las posibilidades de que este planeta fuera actualmente nada más que un cinturón de asteroides sería de varios miles a una... y creo que usted estará de

acuerdo conmigo en que tal cosa no ha sucedido.

Gradualmente, la cara de Ordoñez-Vico iba enrojeciendo, como si pensara que trataban de burlarse de él, pero no supiera exactamente cómo.

—Entonces ¿qué otras explicaciones puede ofrecer? —dijo ásperamente.

—¡Oh!... varias... —en un aparte, a Cathy—: más vino, por favor, me está dando sed... Sí, varias, como iba diciendo. Creo que puedo descartar la posibilidad de animales depredadores puesto que actualmente éstos no existen en el planeta, y todo lleva a pensar que sin el control de una raza inteligente, se hubieran multiplicado notablemente si tal hubiera sido la situación. Por supuesto, se puede pensar que su dieta consistiera exclusivamente en sus primos inteligentes, y habiendo comido hasta el último de ellos, pudieron llegar a morir de hambre. Pero esto sería particularmente improbable, ¿no es así? Por supuesto, si consideramos a los parásitos el asunto cambia. Se ha dicho, correctamente, que los piojos del cuerpo humano no podrían sobrevivir a su huésped, como especie. Pero diremos también que ninguno de los animales actualmente existentes están tan infestados por parásitos como para que éstos puedan causarles la muerte por millares.

»¿Tal vez su religión los llevó a sacrificarse unos a otros alcanzando un grado de fanatismo en el cual los grupos y las facciones compitieron para ver quién podía matar más grandes cantidades, en los días de fiesta? Esto tendría algunos paralelos terrestres. Podrían citarse la decadencia de la cultura incaica, las guerras por intolerancia religiosa, la Inquisición, los autos de fe en los que los disidentes eran públicamente quemados vivos... ¡Oh!, lo siento. Debí preguntarle si era usted religioso. —¡Así es!

—Yo no lo soy, pero no deseo ofender a nadie. De todas maneras, podemos dejar de lado esa posibilidad, como muy poco probable. Partimos de la base de una expansión racional, planeada y exitosa, que irradió desde un centro único, tal como previamente manifesté. Tal tipo de brutalidad lunática solamente entraría en este cuadro si llevamos con esfuerzo nuestra definición de la religión hasta incluir al nazismo... la más posible de estas consideraciones, a mi forma de ver. Un dictador, actuando en forma individual, tal vez proveniente de una especie particularmente inteligente, podría ser la respuesta a nuestra pregunta.

—¿Apareciendo de no se sabe dónde?

—¡Ah!, esto es lo que es más ingenioso acerca de esta hipótesis, mi favorita —dijo Andrevski—. Supongamos que dos eventos se suceden uno a otro en la historia. Primero, alguna perturbación solar irradia al planeta provocando una incidencia de mutaciones, con el logro final de la aparición de una inteligencia fuera de lo normal. Inteligencia verdaderamente extraordinaria. La expansión constante sigue a esto durante tres mil años, hasta que el núcleo original de seres con mentes privilegiadas han explorado todo el planeta —o mejor dicho, sus descendientes—, y han llegado a

la Luna. Y *entonces* se produce la otra situación, que resulta fatal: el campo magnético del planeta queda sometido a cambios periódicos, tales como los que conocemos en la Tierra. Teniendo en cuenta que ellos percibían al medio que los rodeaba en términos de campos electromagnéticos, y que lo más probable era que se comunicaran en la misma forma, entonces toda su imagen del mundo dependía de tales efectos. Súbitamente, se volvieron locos. Porque todos, simultáneamente, habían perdido contacto con la realidad. ¿Qué le parece a usted esta idea, general?

Andrevski se volvió a sentar, con expresión satisfecha, mientras Ordoñez-Vico luchaba con sus ideas.

—Una gran teoría —dijo secamente Rudolf Weil— salvo que no resiste un análisis minucioso. No hubieron perturbaciones solares; hubieran dejado rastros en las rocas de la Luna, y hemos eliminado tal posibilidad en el primer viaje.

—Y las últimas alteraciones del campo magnético en este planeta se produjeron cuarenta mil años antes y treinta y ocho mil años después del lapso que duró la civilización —agregó Ruggiero—. ¡Oh, Igor!

Sin deprimirse por esto, Andrevski dijo:

—Lo sé; lo sé, pero la explicación hubiera sido muy elegante, ¿no es así?

El general se dio cuenta de que había sido llevado a intrincadas especulaciones intelectuales, pero antes de que pudiera protestar, Rorschach dijo:

—Lo que sucede en realidad, general, es que nuevamente estamos pensando que la decadencia de toda esta civilización se ha debido a alguna falla en su constitución mental, pero que los afectó en forma distinta a la nuestra. Tal vez su súbito ascenso hasta llegar a dominar el espacio se debió a alguna forma de droga. Tal vez alguna planta que utilizaban como alimento mutó generando sustancias que estimularon su inteligencia pero a la larga actuaron sobre su metabolismo o sobre su capacidad de engendrar. O tal vez fueron aniquilados por una peste. Estoy de acuerdo que es poco probable por la misma razón que pensamos lo mismo de las epidemias, pero nos estamos moviendo en la oscuridad, se lo aseguro.

Durante todo este intervalo el general había estado recobrando su autocontrol gracias a frecuentes consultas con el detector de mentiras, y a inspiraciones profundas y anhelantes.

Luego dijo:

—Tengo la impresión de que ustedes no creen lo que digo. Bien, ¡yo tampoco los creo a ustedes! Este aparato —lo levantó para que todos pudieran verlo bien— no me ha indicado que se hayan dicho mentiras rotundas... pero el doctor Andrevski intentó confundirme con declaraciones que luego admitió eran una mentira indirecta. Y con esto me refiero a una red de palabras para envolver a sus oyentes. ¡Tengan cuidado! ¡No es mi responsabilidad el determinar que ustedes están mintiendo, sino la de ustedes el probar que me dicen la verdad, toda la verdad y nada más que la verdad!

Desde mañana temprano los interrogaré por turno a cada uno, en profundidad y en detalle. Y si alguien trata de engañarme, saben bien lo que sucederá. Ahora... por favor, sírvanse indicarme dónde quedan mis habitaciones...

Cuando el general se hubo retirado, Cathy dijo, con una cara muy pálida:

—Un hombre como éste ha sido elegido por las Naciones Unidas para representarlos, para revisar todos nuestros datos y volvernos locos a preguntas... Simplemente, me parece increíble.

—Creo que Ian podrá decirnos bien claramente que todo esto es una horrible verdad —musitó Andrevski.

—Sí, ya lo creo —replicó Ian—. Pero no olviden que sus aparatos espías están controlando todas nuestras acciones, y que es muy probable que tenga la paciencia suficiente como para revisar las cintas de todo lo que hemos dicho cada uno de nosotros. Creo que debemos irnos callada y rápidamente a nuestras habitaciones.

Gracias a Ordoñez-Vico, los trabajos normales que se efectuaban durante los treinta días de estadía de la nave, se desarrollaban a un ritmo mucho más lento que lo habitual. A pesar de todo, seguían el esquema adecuado. Diez días después del descenso, Weil estaba atareado supervisando la carga de los primeros bultos con destino a la Tierra, dentro del espacio dejado por la descarga de los nuevos equipos que ahora se distribuían en los distintos departamentos, y que consistían principalmente en instrumental para investigaciones sumamente sofisticadas. Irónicamente, se habían producido grandes avances en ese campo, gracias a la necesidad de tomar medidas antiterroristas. La mayoría de los instrumentos se habían inventado para detectar las bombas enviadas por correo o las armas ocultas, en las fronteras y aeropuertos.

Debido a las intromisiones del general, la mayoría de los bultos tuvieron que ser abiertos y cerrados, a fin de que él los pudiera inspeccionar.

—Buenos días, Rudolf —dijo una voz detrás de él. Al darse vuelta vio que era Rorschach, que se aproximaba.

—Buenos días, Valentín —contestó Weil—. ¿Cómo van las cosas?

—Oh, no demasiado mal. Todo el mundo se está portando muy bien. Yo temía que a esta altura de los acontecimientos, alguien le hubiera pegado una buena trompada a Ordoñez-Vico.

—A mí tampoco me hubiera extrañado demasiado eso. Diré que yo mismo a veces me he visto tentado... —Se pasó la mano por la cara, suspirando—. Cuando pienso en todas las cosas que hubiera querido ver en esta visita, me pongo furioso. Diré que ésta no era en absoluto la forma en que habría deseado pasar mis últimos días aquí. Y pienso que a ti te sucederá lo mismo.

Rorschach vaciló.

—Bueno... después de todo, éstos no van a ser mis últimos días.

—¿Cómo dices?

—El hecho de que te tengas que llevar de vuelta a Ordoñez-Vico significa que solamente nueve personas pueden rotar. Por lo tanto, me borraré de la lista. Lucas nunca quiso llegar a ser director, ¿sabes?, y creo que no se merece que se lo fuerce a aceptar el cargo. Mi salud es satisfactoria, no tengo especiales lazos que me aten a la Tierra, y considero que tengo una razonablemente buena aceptación por parte del personal, por lo que pienso quedarme.

Weil dio un silbido de admiración.

—¿Qué piensa el general de todo esto?

—Todavía no se lo he dicho. Pero tengo muchas buenas razones que ofrecerle, si bien no parece muy dispuesto a razonar, ¿verdad? Sabes... hay una cosa que me ha

venido preocupando.

—¿Solamente una? —repuso Weil con una risa seca—. ¿Cuál es?

—¿Existe realmente el riesgo de que nos dejen aquí sin más contactos con la Tierra? Quiero decir, aunque hayamos persuadido al general de que los rumores sobre las armas de los alienígenas no tienen razón de ser ¿hay posibilidades de que el Fondo Interestelar sea abolido de todas formas?

—Sí, me temo que sí.

—Pensé que esto podría suceder. —Los ojos de Rorschach, ocultos tras los anteojos ahumados, debido al intenso resplandor, miraron hacia el horizonte que se extendía al Oeste—. ¿Nos darán por lo menos una nave barata, del tipo de los misiles para el espacio-qua, que establezca un lazo con la Tierra trayendo y llevando noticias y datos?

—Se hizo tal sugerencia, pero fue denegada.

—¿Qué dices?

—Recibió el veto por la misma sospecha paranoide que trajo aquí a Ordoñez-Vico. Un consorcio ruso-norteamericano-japonés propuso y publicó planes para la construcción de una nave robot, muy barata y confiable, capaz de ser puesta en servicio en poco más de un año. ¿Tengo que explicarte la suerte corrida por la proposición?

Rorschach sonrió acremente. — Otro plan de los ricos para mantener datos secretos fuera del conocimiento de los pobres. Se habrá dicho que los constructores tendrían la primera noticia de la ciencia de los alienígenas.

—¡Cínico! Pero muy exacto. Sin embargo, te pido que me creas cuando prometo, que una vez que haya vuelto a la Tierra pienso dedicar el resto de mi vida en actividad para luchar contra ese tipo de tontería. Si está en mi mano el impedirlo, esta base no será abandonada. Después de todo, los datos que llevamos de vuelta incluyen muchos nuevos descubrimientos verdaderamente apasionantes, y tal vez... no, es demasiado esperar.

—Lo mismo pienso yo, luego de haber hablado del asunto con los miembros recién llegados —suspiró Rorschach, volviéndose para mirar nuevamente a los edificios—. Todos pintan un cuadro verdaderamente desalentador. Crisis sobre crisis, hambre, epidemias, todas estas guerras que se libran por cosas de poca importancia, y aquí y allá signos de una guerra mayor. ¿Me equivoco?

—No.

—A veces me pregunto, ¿sabes?, si habrá algún límite inevitable a los logros de los seres inteligentes. Los nativos de este planeta, y ahora la humanidad al borde del suicidio por primera vez... Me hace recordar la clásica pregunta en broma: ¿Hay realmente vida inteligente sobre la Tierra? Somos los primeros que podemos ponerlo en duda seriamente.

Demasiado obviamente queriendo cambiar de tema, Weil dijo:

—Hablando de los nuevos reclutas ¿qué te parecen?

—Oh, creo que vamos a llevarnos bien. Achmed seguramente manejará el equipo de comunicaciones y de computadoras en forma muy competente, y Karen Vlady es muy simpática, además de estar magníficamente calificada... sí, creo que todos ellos van a adaptarse muy bien a nuestra vida. Salvo uno, y quisiera tu opinión acerca de él.

—¿Te refieres a Ian Macauley?

—Exactamente.

—Sí, es bastante raro, ¿verdad? Siempre tenso y alejado, parece vivir en otro mundo. Pero Igor se quedó contentísimo cuando lo mandaron, ¿no es así?

—Indudablemente. Parece estar llevándose bien, y logrando una excelente impresión entre sus colegas. No puedo decir qué es lo que me preocupa acerca de él. Sólo sé que no dejo de pensar en ello. ¿Qué crees tú?

—Creo que va a lograr descifrar el lenguaje de los nativos.

—¿Sinceramente piensas que es tan bueno?

—Es una persona con gran determinación, eso pude verlo desde el momento en que lo conocí. Tiene que haber librado una verdadera batalla contra sí mismo antes de aceptar esta misión. Odiaba el hecho de encerrarse con una docena de extraños o poco menos en una nave, pero venció esta sensación y se hizo popular entre la gente. Creo que tiene mucho que vencer dentro de sí mismo hasta que llegue a una decisión. Pero probablemente encarará las cosas en una forma muy personal e inesperada.

Rorschach echó una mirada a su reloj.

—Espero —murmuró— que no haga nada personal e inesperado hoy. El general va a pasar la mañana en el cobertizo donde se guardan las piezas arqueológicas con él, Cathy e Igor, averiguando sobre los cristales impresos que trajeron de Carbón. Es una situación explosiva. Ian es impredecible, tal como tú dijiste. Igor nos aclaró que piensa que el general actúa con suma torpeza, y Cathy,... bien, parece haberse recuperado del *shock* que le produjo la noticia de la muerte de su hermano, pero es una persona que con frecuencia oculta sus pensamientos.

Se alegró un poco.

—Bueno, de todos modos, si hoy no pasa nada grave, las cosas van a mejorar a partir de mañana. Lo próximo que Ordoñez-Vico quiere supervisar es nuestra forma de trabajar, así que nos va a dejar volver a lo nuestro. El tener algo que hacer va a permitirnos aliviar la tensión acumulada.

¡Ojalá este estúpido nos dejara en paz! Quiero ponerme a trabajar con esos cristales impresos, que a él no le importan un comino. En la Tierra pude ver solamente unos pocos... dieciocho o diecinueve, y la mayoría con graves interjerencias. Pero aquí hay cientos, y si se excava tendremos miles. Realmente,

quiero tener la oportunidad de estudiarlos cuanto antes.

Incansablemente, Ian recorría toda la longitud del cobertizo, entre las estanterías de depósito. No las originales, de láminas metálicas, sino un sustituto rápidamente armado, de plástico y aluminio, con un mínimo de sensibilidad magnética.

Alrededor de él había miles de piezas traídas desde distintos puntos de excavación; se habían elegido las que estaban en mejor estado de conservación o las que parecían hallarse en relación con otras. Pero todas ellas eran tremendamente enigmáticas. Por ejemplo, había una en forma de pera, con un gancho en el extremo estrecho, de un metro y medio de largo aproximadamente... cerca, un acumulo de cinco barras corroídas, formando algo así como el marco de una hamaca de un niño; más allá, un disco cóncavo con cuatro protuberancias grandes y cuatro pequeñas, situadas en forma equidistante alrededor de la circunferencia... y más y más artefactos, de finalidad desconocida e inconcebible.

¡Pero tengo que llegar a lograr conclusiones, empezando desde ahora mismo!

Echó una mirada a su alrededor. En el otro extremo de la construcción había un espacio abierto, con una plataforma llena de equipos científicos: elementos para determinar fechas, analizaciones por bombardeo neutrónico, distintos analizadores químicos y una computadora con una pantalla bien amplia, y controles que la unían a las computadoras principales de la base. Allí se desarrollaba una discusión en tono bajo, que parecía que iba a continuar durante largo rato. Casi con sentimiento de culpa recogió las cinco barras corroídas y las examinó. Eran largas y pesadas y una de ellas era medio metro más corta que las otras.

Ahora veamos. Si yo fuera una criatura de seis miembros, de forma similar a la de un cangrejo, con percepciones electromagnéticas, ¿para qué usaría esto?

Mmmm... ¡Interesante! Creo que podría servir para mantenerse en posición vertical, y si fuera un poco más ancha... ¿Dónde está ese disco? ¿Qué tamaño tiene?

Apoyó las barras contra una columna y recogió el disco. Era también muy pesado, pero si se lo ponía en el suelo... y ¿dónde estaba esa cosa con un gancho en la punta?

Mmmm... Se frotó la barbilla, mientras miraba todos estos elementos así ordenados. Ahora bien...

—¡Cathy! —llamó—. ¡Este grupo de elementos, bajo el código Ceniza 5248 al 5250! ¿Se hallaron restos orgánicos en asociación con los restos metálicos?

El altercado que se estaba desarrollando en el otro extremo se interrumpió.

—¡Macauley! —gritó Ordoñez-Vico—. No me moleste cuando estoy hablando con... ¡un momento! ¿Qué está haciendo?

Vino corriendo, con la ira reflejada en el rostro, seguido ansiosamente por Cathy e Igor.

Ian se mojó los labios con la lengua. – Lo siento. Se me ocurrió una idea acerca del uso posible de este aparato, pero tal vez sea ridícula.

—¡Ajá! —la voz del general bajó hasta convertirse en un ronroneo—. Se me acaba de decir en forma muy segura que nadie sabe si estas cosas sirven para algo, y mucho menos, para qué. Me encanta ver que usted contradice esta afirmación. ¡Continúe!

Cathy e Igor estaban furiosos. Ian sintió que la sangre se agolpaba en sus mejillas. — Bien, pienso que si estas cosas están numeradas consecutivamente, ¿es porque fueron halladas juntas?

Cathy asintió.

—¿Se hallaron por casualidad en algún espacio cerrado pero amplio, como un salón?

Cathy pareció asombrada, y su enojo desapareció como por encanto.

—¡Sí, así es! Recuerdo que Olaf estaba muy entusiasmado cuando entró en el edificio. Halló muchos grupos similares de barras metálicas, pero solamente envió éste a la base. Dijo que le parecía típico.

—¿Por qué indagaste sobre la posibilidad de restos orgánicos en asociación? —preguntó Igor, a quien también se le había pasado el enojo.

—Bien, verán... —Ian recogió el objeto con forma de pera entre dos dedos—. Es muy liviano, ¿verdad?, pero el disco y las barras son pesados y sólidos. Supongamos que las barras se montaran sobre el disco —aquí hizo gestos ilustrativos con los dedos puestos hacia abajo— y este balancín se colgara de la pieza en cruz, en forma tal que pudiera moverse libremente. Esto se necesitaría para impedir que lo hicieran volar las ráfagas ¿no les parece? Cerrando todo con algo no metálico, como tela, por ejemplo, estaría completo.

—¿Estaría completo qué? —saltó Igor.

—Bien... ¿No les parece que una especie con sentido electromagnético muy aguzado se preocuparía mucho por la proximidad de una tormenta eléctrica?, y querría decidir si, hallándose en algún tipo de refugio, ¿le conviene dejarlo o no?

Se produjo una pausa. Entonces Cathy dijo:

—¡Un barómetro!

—¿Qué? —dijo Ian.

—Algo que hallé en la excavación Carbón, y no comprendí para qué podía servir. —Se dio un golpe en la frente—. ¿Por qué demonios no habré programado a las computadoras con datos acerca de aparatos para predecir el tiempo? Ian, ¡esto es magnífico! ¡Hace que docenas de cosas en las que no había pensado antes comiencen a tener sentido!

Igor se rió con ganas y abrazó al muchacho en uno de sus gestos exuberantes.

—¡Muy interesante! —dijo Ordoñez-Vico con voz ácida—. Un recién llegado, en unos pocos días, hace coincidir datos que se me había asegurado *nada* tenían que ver entre sí. Considero que esto es sumamente sospechoso. ¿Puedo preguntarles por qué

habían declarado que no sabían nada de todo esto?

Se hizo otra pausa, pero esta vez dio paso a los sentimientos. Cinco, diez segundos trascurrieron en silencio, y luego Ian, con los puños apretados y la cara roja como un tomate, se enfrentó con Ordoñez-Vico.

—¡Maldición! Porque hay solamente treinta personas investigando lo sucedido en todo un planeta, durante cien mil años. Usted parece no tener idea de los problemas que tenemos que enfrentar. Imagínese a La Paz, su ciudad, sin ninguno de sus habitantes. Como la ciudad está vacía, nadie limpia los desagües. Llueve, y la lluvia causa una inundación. Las hojas muertas se acumulan en las alcantarillas, donde se pudren. Las semillas, traídas por el viento desde los parques y los jardines, comienzan a brotar. Las hierbas ahogan a las flores. Las piedras del pavimento se levantan, a medida que las raíces de los árboles las desplazan. En las grietas crece el césped, en las paredes proliferan los líquenes a medida que los cimientos de los edificios van cediendo. Los vidrios se rompen en las ventanas, la lluvia entra y los muebles de madera comienzan a pudrirse y a deshacerse. Los libros forman una pasta húmeda, los pájaros entran y hacen sus nidos en las estanterías, mientras los insectos se refugian en los guardarropas, en los baños y detrás de los cuadros. Aparecen los hongos, las plantas de la humedad, el moho. El polvo acarreado por el viento se acumula en los rincones, tanto de adentro como de afuera. Pronto allí también crecen malezas.

Sus ojos se hallaban fijos más allá de la cara del asombrado general, a quien parecía estar mirando fijamente.

—En alguna parte se produce un deslizamiento de tierra. Una pared se hunde, dejando todo una sección del edificio a la intemperie. Luego un temblor hace que cien casas se derrumben. Todo esto puede suceder en sólo cien años, y no representa nada más que el comienzo. Imagínese La Paz luego de un siglo, casi derrumbada, cubierta por malezas, habitada por animales salvajes, serpientes y mariposas, con nidos de pájaros por todas partes. ¿Qué podría usted asegurar sobre el modo de vida de una familia humana, escarbando en la capa de hojas que se pudren y tierra acumulada, si... veamos, si usted viene de otro planeta y jamás ha visto un ser humano? Pregúntese todo esto. Aquí está el mueble de un piano. ¡Pero usted no tiene oídos y jamás ha escuchado música! Aquí hay un cuchillo de mesa. ¡Pero usted no come alimentos sólidos, solamente bebe líquidos! Aquí hay una máquina de coser. Pero usted tiene una abundante pelambre y jamás ha usado vestimentas. Luego de solamente siglo ¿qué conclusiones puede sacar de lo que está? Y en este caso no estamos hablando de cien años. Estamos refiriéndonos a cien mil. ¡Ignorancia! ¡No me haga reír! Esta gente son verdaderos genios haber averiguado lo poco que saben, y realmente los tontos que lo eligieron a usted, para venir a molestarlos, no tienen idea de lo agradecidos que se deberían sentir.

Giró sobre sus talones y se alejó.

Durante un largo tiempo, Cathy e Igor mantuvieron los ojos cerrados, en espera del terremoto que armaría el general. Pero éste permaneció curiosamente callado. Al mirarlo, lo vieron pálido y confuso.

—Estee... —dijo finalmente— creo que por el momento he visto suficiente. Sigán con su trabajo. ¡Buenos días!

Y él también giró y se dirigió, con pasos lentos y andar preocupado, hacia el brillante sol tropical del exterior.

¡A esperar el veredicto!

Los miembros del equipo, tanto aquellos que debían permanecer en la base, como los que pensaban partir, se hallaban visiblemente nerviosos mientras se reunían en el refectorio para escuchar los resultados de la investigación de Ordoñez-Vico. El más ansioso de todos ellos, y el último en llegar, salvo Rorschach, que estaba acompañando al general, fue Ian.

Vaciló un largo rato antes de entrar, mientras sus pensamientos se arremolinaban en su cabeza.

Nunca pensé que en tan corto tiempo se podían acumular tantas impresiones.

Parecía que todas ellas se agolpaban en su conciencia, en ese preciso instante.

Veía desde la máquina aérea en la cual habían cruzado hasta la zona más cercana del continente, un grupo de criaturas voladoras globulares y resplandecientes, que se elevaban para saludar al día, más parecidas a medusas que a cualquier pájaro de la Tierra, elevadas por globos de hidrógeno que se expandían a medida que la temperatura se hacía más caliente y les permitían flotar hacia el interior del continente, llevadas por la brisa del océano; que atrapaban semillas llevadas por el aire y pequeños seres semejantes a insectos, hasta que llegaba la noche y el viento las volvía a llevar hacia la costa y las copas de los árboles, donde pasaban el resto del tiempo hasta el otro día.

¿Árboles?, bueno, no exactamente. Grandes plantas con prolongaciones tentaculares que caían hacia abajo, y muchas placas de color verde pálido, muy cerca unas de otras, que absorbían la luz del sol y que durante la noche se encogían acercándose a los tallos para conservar el calor.

Sobre una extensión verde que llegaba casi hasta el horizonte, vio un hato de animales que tenían cierto parentesco con los desaparecidos habitantes, de piel colgante azul o rojo oscuro, casi tan gruesa como la de los rinocerontes. Respiraban rítmicamente, y sus carapachos superior e inferior subían y bajaban, resoplando, con un orificio a cada extremo de las aberturas del cuerpo, que se abrían y cerraban al unísono, mientras se alimentaban de la hierba verde.

Y acechándolos, un pequeño predador con cuatro patas y apéndices frontales reducidos a algo similar a los colmillos: dos mortales dagas coriáceas.

Y en el piso rocoso de una caldera volcánica: una colonia de criaturas de color pardo, de la misma categoría, completa, con sus hembras de mayor edad tomando sol, sus cuerpos hinchados por la preñez, mientras que los machos, activos y jóvenes, les traían succulentas ramas, brotes de aspecto fungoide y pedazos de rocas, grandes como la cabeza de un hombre, sin que nadie pudiera discernir con qué objeto.

Recordaba que en el primer lugar de excavación al que fue llevado vio máquinas

que zumbaban mientras avanzaban y retrocedían sobre el piso de un agujero de unos quince metros de profundidad, determinando automáticamente gracias a las sondas, sónicas si existía algo sólido bajo la capa de vegetación. Luego ocupaban su lugar otras máquinas que eliminaban el estrato superior con chorros de agua a alta presión, recogiendo después los restos y llevándolos a un transportador, que los acarrea sobre la cima de la colina cercana y formaba allí una pequeña montaña con ellos.

Había visto allí artefactos de los alienígenas desenterrados no por decenas ni centenas, sino por miles en el transcurso de un día. Cada uno de ellos se subía a la superficie, se marcaba, se fotografiaba, se sometía a la investigación con sondas y se enviaban los datos correspondientes a las computadoras de la base, por medio de una estación intermedia situada en lo alto de la colina. Otros sitios más distantes tenían que efectuar dicha comunicación por satélites, pero éste era el más próximo.

En él se hallaban todos los elementos constitutivos de lo que los seres humanos llamaríamos una ciudad: edificios, la mayoría derrumbados pero algunos con el techo aún en su sitio; calles y caminos; lo que podría haber sido el equivalente de almacenes o tiendas; una construcción semejante a un laboratorio; otra que recordaba un templo o un lugar de reuniones públicas, todo ello en un complejo central con una bicicleta (un lugar donde se guardaban cristales impresos). Los edificios destinados a la vivienda, con aspecto de colmenas, se hallaban equipados con cañerías, extractores de aire, extraños elementos de carbón hundidos en las paredes. También había lo que podría haber sido un mercado o un parque botánico, pues antes de que el edificio fuera enterrado por los sedimentos, especies de plantas traídas del otro continente crecieron y se multiplicaron durante varias estaciones...

También había vehículos, o mejor dicho, sus armazones, con una rueda adelante y dos atrás, y entre ellas un espacio lleno de una sustancia que ahora había desaparecido, descomponiéndose con rapidez y dejado solamente unos restos de metal que indicaban cuál había sido su forma, aproximadamente. Además, hallaron objetos de vidrio, muchos de metal y otros que casi seguramente fueron bandejas, platos y recipientes para contener cosas, que nunca hubieran podido ser usadas por criaturas con la forma de un ser humano.

En las paredes que daban a las veredas existían unos extraños nichos. Más se hallaron en el interior de las casas, que no tenían puertas, pues los habitantes no las habían colocado jamás, sino simplemente, portales. Había rastros de compuestos orgánicos en los nichos, pero los del exterior eran distintos a los del interior.

¡Tantas cosas! ¡Tan increíble variedad de cosas! Ahora la desesperación asaltó a Ian.

¡Pensar que por mi explosión de rabia, tal vez todo este esfuerzo se pierda! Oh, está bien que nadie ha dicho nada, que nadie ha ni siquiera mencionado la idea, pero... ¡soy un tonto!

Inspiró profundamente, juntó fuerzas y finalmente entró en el refectorio. Todos lo miraron, y algunos lo saludaron con la cabeza. Pero se veía claro que esperaban ansiosamente a Ordoñez-Vico.

En silencio Ian se sentó, solo, cerca de la puerta, y esperó.

Todo el tiempo que estuvo investigando las excavaciones, el general se había mantenido callado y resentido. Escuchó mucho, consultó constantemente su detector de mentiras, pero no dijo casi nada. Tres días atrás reunió todos sus aparatos espías y se dedicó a la tarea de analizar los registros. Desde entonces, la melancolía de la gente se espesaba como una niebla que ocultara el sol. Daban ganas de temblar aun a mediodía.

Uno o dos de los miembros del equipo dijeron, rotundamente, que aunque se les ordenara regresar, no lo harían. No pensaban que el resto tomara al pie de la letra sus palabras.

Y no es para menos. Quedarse aquí anclados con un grupo de treinta personas sería malo, con un tercio o un quinto de esa cifra...

Y aquí llegaba Ordoñez-Vico, en su uniforme más elegante, y Rorschach se inclinó como un mozo de restaurante para acomodarle la silla. No se podía entrever emoción alguna en la cara del director.

El general miró a su alrededor lentamente; sus ojos se detuvieron largo rato sobre Ian, quien tembló interiormente.

Y luego habló.

—Considero que ha llegado el momento de hacerles saber el tenor del informe que pienso presentar a las Naciones Unidas. Brevemente, dirá que los científicos que aquí se hallan están batallando con una serie de inconvenientes casi insuperables, pero han realizado asombrosos progresos en condiciones de gran adversidad, por lo que merecen el máximo apoyo posible.

Se produjo un momento de silencio. Luego todos prorrumpieron en un verdadero estallido de alegría, risas y aplausos. Ian permaneció como atontado, mirando la cara pálida del general.

Éste esperó hasta que el tumulto se hubo acallado, y luego prosiguió:

—Creo que es justo que agregue que mi misión no se debe exclusivamente a los defectos de la gente de la Tierra. Hasta cierto punto ustedes también son culpables de que las dificultades que enfrentan no se aprecien correctamente a una distancia de diecinueve años luz. Ya nos hemos acostumbrado a que la ciencia moderna es capaz de vencer cualquier obstáculo; ¿no se ha logrado, después de todo, triunfar sobre algo que durante tanto tiempo se consideró la última frontera natural, la velocidad de la luz? Por mi parte, hasta que el doctor Macauley no me pintó un cuadro verdaderamente claro, capaz de conmoverme profundamente, no había podido comprender la situación. Estoy realmente agradecido al doctor Macauley, y creo que

lo mismo deberá ocurrirles a ustedes.

Todos giraron para mirarlo, y hubo otra explosión de aplausos. Ian permaneció quieto como una estatua.

—Tengo solamente una o dos cosas más que agregar. Primero: el director Rorschach se ha ofrecido voluntariamente para permanecer durante otro período, puesto que yo debo regresar, y eso hace que ocupe espacio, y consuma alimentos y aire a bordo de la *Stellaris*. Me hallo verdaderamente satisfecho con su desempeño, por lo que apoyaré su decisión cuando regrese a la Tierra.

»Y segundo —se pasó la lengua por los labios— pienso que tal vez haya ofendido a algunos de ustedes. Les pido disculpas. Me había preparado para lo que pensaba iba a ser una tarea difícil. Jamás pensé que iba a ser también absurda. Les deseo buena suerte.

Y entonces los aplausos fueron dedicados exclusivamente a él, mientras se mantenía inmóvil y rígido, la frente cubierta de finas gotas de transpiración.

La reunión se levantó y todo el mundo se dirigió hacia Ian, quien huyó hacia la salida, corriendo por el corredor hasta llegar a su cuarto, mientras sus compañeros se miraban unos a otros con asombro.

Cathy golpeó a la puerta del cuarto de Ian. Se oyó que alguien se movía, y una voz cansada preguntó:

—¿Quién es?

—Cathy. ¿Puedo pasar?

Se oía débilmente el sonido de la música. Se estaba celebrando el acontecimiento. Tradicionalmente todos se reunían en el refectorio en una fiesta que preparaba la partida, pero esta vez había varias razones para estar alegres.

—Este... un momento. —Se oyó un clic en la puerta y apareció Ian, que miraba tímidamente a Cathy.

—¿Puedo pasar?

—Por supuesto. —Cuando vio que la muchacha cruzaba el umbral, prosiguió—: Siento haber actuado así. Pero me parecía estar seguro de que había echado todo a perder, y cuando vi que era todo lo contrario... Casi no lo pude creer. ¿Qué se te ofrece?

Lo miró tranquilamente durante un rato, y luego le dijo:

—Repetidamente me di cuenta de que quería besarte.

—¿Cómo dices?

—Tal como lo oyes.

—Sí, pero... —Movi6 la cabeza—. ¿Por qué?

—¿Por qué? —dio un golpe en el suelo con el pie—. ¿Cómo puedes ser un hombre tan brillante y tan obtuso al mismo tiempo? Escucha, Ian. Tus sufrimientos proceden de ti mismo. Los míos, en cambio, desde afuera. Mi hermano sabía

seguramente que era probable que su muerte se produjera antes de mi regreso. Pero también conocía mi ansiedad por lograr que se me enviara aquí. Pues bien, lo logré, y literalmente pocos minutos después de enterarme de su muerte se me dice que lo único que podría haber compensado en algo la pérdida, el poder continuar el trabajo que tanto ansió ver realizado, pendía de un hilo y era probable que todo se perdiera. Pues ahora esto no va a suceder, y todo gracias a ti, porque en vez de ser melosamente falso, servil y temeroso como el resto de nosotros, te enfrentaste al general y dejaste que se exteriorizaran tus verdaderos sentimientos. Realmente, envidio la forma apasionada que tienes de comprometerte con las situaciones.

—Pero... —Ian se interrumpió, asombrado— recuerdo claramente que cuando tú te sentaste a llorar por tu hermano, deseé poder sentir así. No siento pasión dentro de mí.

Ella lo miró inquisidoramente. Luego de una pausa, dijo:

—¿Es verdad? Lo dudo. Tal vez lo que sucede es que nunca ha habido nadie por quien puedas apasionarte.

—Tal vez... —Ian se irguió, apartándose el pelo de la cara— tal vez sea así.

—¿No tienes familia?

—Fui hijo único y quedé huérfano siendo muy pequeño.

—Eso explica muchas cosas. Pero no creas que tienes incapacidad de sentir profundamente. Lo has demostrado, aunque al principio te hayas sentido algo inhibido. A menos que tengas alguna objeción importante, pienso agradecértelo en la forma más agradable. Cierra la puerta y ven aquí.

Luego de un largo tiempo, que sin embargo transcurrió rápidamente, Cathy se sentó en la oscuridad y miró su reloj, que tenía puesto.

—Vamos a unirnos a la fiesta —le dijo—. La nave partirá al amanecer, y luego tendremos demasiado trabajo. Ven a decir adiós.

Desperezándose como un gato satisfecho, sintiéndose increíblemente relajado y sonriendo como si los músculos de su cara no supieran hacer otra cosa, Ian dijo:

—Cathy... ¿por qué... por qué ninguno todavía?

—¿Cómo dices? ¡Oh! —se encogió de hombros. Sus cabellos oscuros rodeaban, sueltos, sus hombros color crema—. Te diré, han sido varios: Ruggiero; Olaf, antes de que formalizara con Sue; incluso, luego de mucho trabajo, Igor... Pero hay tanto en qué ocuparse. Y además, no hemos venido a afincarnos, así que no pensamos las cosas en términos de exclusividad. Por otra parte, nunca hubo alguien de quien me sintiera tan cerca como de ti.

—¿Realmente piensas así? Pero apenas me conoces.

—Te conozco mejor de lo que te conocía hace una hora atrás, y me gusta lo que sé de nuevo. Creo que eres el tipo de persona del cual podré saber siempre algo nuevo, y siempre me gustará. Esto es una buena idea, algo que toda la vida me dije

que deseaba. —Le golpeó afectuosamente el brazo—. Vamos. No creo que nadie se pregunte dónde estamos, pero si no nos ven van a empezar a preocuparse.

A la mañana siguiente, cuando la *Stellaris* se elevó con ese zumbido característico del cual siempre le habían hablado, pero que nunca había oído, por supuesto ese trepidar que parecía que el espacio vibrara con controlada energía, ella estaba a su lado, tomada de su mano, compartiendo aparentemente el tímido orgullo que comenzaba a invadirlo. Esta sensación se aferraba a la atracción de la esperanza de que las ambiciones, aun las más audaces, pudieran tornarse realidad.

La predicción de Cathy se cumplía. Desde el día en que la nave partió, realmente comenzó a tener más trabajo que tiempo para realizarlo.

¡Si pudiera tener alguna otra idea brillante aquí y allá, para mantener en alto mi espíritu!

Pero ellas no se materializaban. La ocurrencia sobre la máquina de predicción del tiempo fue única, y lo que era peor, pero nada ilógico, parecía menos importante a medida que pasaban los días. Indudablemente, al programar las computadoras con los datos conocidos acerca de los instrumentos meteorológicos se planteaba un amplio panorama de nuevas hipótesis. Pero en eso quedaron. No se pudo transformarlas en certezas.

Y tal vez no tengan nada que ver con el tiempo, en realidad. A partir de un simple principio físico, no importa cuál sea éste: magnetismo, presión atmosférica, refracción, se pueden obtener hipótesis de trabado que lleven a sendas muy divergentes. Tal vez aquel artefacto de telas colgando de un marco no fuera un instrumento o una herramienta. ¡Podría ser que se tratara de un símbolo religioso o de una obra de arte!

—Occam. —Se decía a sí mismo—. Recuerda la navaja. No se deben multiplicar entidades sin necesidad.

—Pero ¿qué podía saberse de aquello que los primitivos habitantes consideraban una necesidad?

Desde la fundación de la base se había configurado un esquema de vida y de trabajo al cual se adaptó con facilidad. Se pensaba en términos efectivos de meses, pero formalmente, éstos se denominaban «Unidades de Determinación de Progresos». Cada una tenía treinta día, de los cuales los dos primeros se dedicaban a viajar hasta los lugares de exploración, veinte se pasaban en ellos, trabajando; dos más se necesitaban para volver a la base y tres días duraban las conferencias con el resto del personal, luego de lo cual había tres días más, libres, que en realidad eran tres días de conferencias informales. Para impedir que la gente acumulara tensiones, tornándose irritable u obsesiva, Rorschach había ordenado, hacía ya años, que durante medio día de estos últimos tres, nadie, pero *nadie* debía de hablar del trabajo. Por la mañana y la tarde se jugaba a determinados entretenimientos: ajedrez, go, competencias atléticas, dardos, gimnasia, bridge y media docena de pasatiempos que se seleccionaban en base a la lista realizada completamente al azar por una computadora. Por la noche se hacía una fiesta.

Este esquema de trabajo era adecuado; teniendo en cuenta que todos eran voluntarios dedicados completamente a la tarea que tenían entre manos, hubiera sido difícil hacerlos descansar más a menudo. Los días de trabajo continuado, que

sumaban veinte, generaban sólo una fracción de mayor actividad mental, que podía digerirse en el período de conferencias, de tres días; y las vacaciones de fin de mes eran suficientes para descansar sin perder de vista las ideas que el trabajo había sugerido.

La prueba de que este sistema funcionaba bien la daba el hecho de que treinta expertos, muy inteligentes e individualistas, se hallaban aquí aislados a diecinueve años luz de la Tierra, enfrentando el problema más asombroso de todos los tiempos, sin que se hubieran formado facciones, sin roces entre sí o desavenencias que hubieran llegado a las manos. Inevitablemente se originaban desacuerdos de opinión sobre las precedencias y prioridades, puesto que los recursos disponibles eran muy limitados. Estos hechos, sin embargo, se consideraban dentro de la categoría de «escuelas de pensamiento» y no verdaderas peleas entre el personal.

Tal vez, pensaba Ian, el vivir a la sombra de mil siglos de evolución sin inteligencia, tal como si la aparición de los seres inteligentes en este planeta hubiera sido una equivocación, una especie de alteración del orden natural de las cosas que luego se había restablecido, hacía que esta gente fuera extremadamente cuidadosa de la forma en que empleaba su más precioso talento: la razón.

Afable, con su manera tan estimulante de actuar, y un conocimiento perfecto de todos los trabajos que se realizaban, Igor Andrevski lo llevó a visitar los lugares donde se efectuaban excavaciones más importantes. En el lugar denominado Carbón, Cathy se dedicaba a desenterrar, poco a poco, los rastros dejados por tal vez un par de millones de habitantes: cada uno de ellos un ser pensante, de extraordinaria imaginación... Bueno, eso era indudable. De no haber sido así, nunca hubieran podido llegar a un progreso tan avanzado en tan corto tiempo.

Y en Ceniza, Olaf y Sue desplazaban miles de toneladas de detritos volcánicos, descubriendo una ciudad similar pero de diferente coloración: en este caso era blanca grisácea, mientras en Carbón era amarilla amatonada. En Carbón, la acción biológica había estropeado muchos de los artefactos enterrados antes de que éstos fueran inundados por agua que se estancó y perdió el oxígeno, originando condiciones similares a las que, en la Tierra, habían preservado los restos del famoso Hombre de Tollund. En Ceniza, el calor de los elementos de origen volcánico había deshidratado los objetos, pero no antes de que se hubieran comenzado a descomponer por la acción de los años. Además, el diseño, el plano de la ciudad, era también similar. También era parecido al del lugar denominado Sedimento, donde Ruggiero y su ayudante estaban sondeando en lo que podría haber sido un lecho de piedra arenisca, si la capa rocosa no se hubiera inclinado en vez de deslizarse, acomodándose con su vecina. Por tal razón, toda una zona que podía haber desaparecido por debajo del nivel del mar, se arqueó para compensar el hundimiento súbito producido unos cien kilómetros más allá.

Y también estaba Marina, que visitaron con sus trajes acuáticos, maravillosamente coloreada por algas que flotaban en el microclima de las corrientes causadas por las calles y por los caminos, llenos de costras debido a que se hallaban colocados en dirección transversal a las mareas en donde extraños animales purpúreos los bombardeaban con punzantes pero inofensivos chorros de una sustancia que podía matar muchos peces nativos.

También el esquema era similar en Nevada Uno, salvo ciertas pequeñas modificaciones que podrían deberse a condiciones atmosféricas y climáticas distintas. Y también...

Una noche, tarde, en la comodidad brindada por las tiendas que armaban al lado del transporte aéreo, resguardados del viento que soplabla y pregustando el aroma de los alimentos que surgían de su conversor portátil, Ian le dijo a Igor:

—Uno de cada uno. Sólo uno de cada uno.

Igor lo miró con expresión seria.

—Sí, me parece increíble, y pienso que a ti te sucede lo mismo. ¿Qué más?

—Bien... —Ian dudaba—. ¿Podría una especie inteligente aburrirse tan fácilmente luego de haber fabricado una cosa, que no quisiera repetirla?

—Dime todo lo que piensas. He estado aquí durante más de cuatro años. Agradecería que se me ofreciera un panorama nuevo.

—No puedo creerlo —siguió Ian— a menos, y esto es crucial, a menos, digo, que tuvieran una imaginación tan viva que, para decirlo con otras palabras, prefirieran la captación interior a la experimentación.

—Pero ¿cómo es posible comenzar desde un punto de tamaña tolerancia a determinados deseos, como para lograr todo esto? —Igor se golpeó el muslo—. *No se puede* extrapolar desde el macro al micromundo, no importa lo que se diga. Aquí hay un fenómeno sobre otro fenómeno. Si estas criaturas poseían un sentido que les permitía detectar los campos electromagnéticos (y consideramos que esto es seguro, puesto que tal es el proceso que ha seguido la evolución en otros casos) no veo cómo pueden haber llegado más directamente al concepto de energía y de masa, como elementos intercambiables, que por ejemplo, por un medio semejante al que por nuestro sentido del oído nos llevó al barómetro o al altímetro o a la bomba de vacío, si bien todos ellos se relacionan con el mismo medio que trasmite los sonidos. Sin embargo, los hechos están allí. Parecen haber inventado cada ciudad *una vez*. En cada uno de los lugares en que hemos excavado encontramos los mismos esquemas, modificados solamente cuando nos alejamos más y más del centro. Ojalá nuestras computadoras nos pudieran decir si ese centro se hallaba en Ceniza o en Carbón. Yo creo que en Ceniza, pero lo que pensamos que han sido simples y primitivos utensilios y herramientas pueden, por el contrario, ser versiones finales, mucho más sofisticadas, de cosas que comenzaron siendo más complicadas. Comparemos, por

ejemplo, un aparato de radio de vacío con su equivalente moderno, completamente transistorizado, que ha evolucionado, en vez de complicarse, puesto que en efecto, consiste en tres unidades difusoras, de cristales muy cuidadosamente lubricados e impresionados.

Ian movió la cabeza, pensativamente, mientras repasaba mentalmente el esquema de difusión cultural, análogo en cierta forma al proceso que Igor había mencionado.

—Cada ciudad —dijo finalmente— posee un plan avanzado: en el centro, un complejo de algún tipo que incluye lo que ustedes denominaron biblioteca, más varios edificios espaciosos y lugares abiertos que corresponden probablemente a nuestras plazas y mercados. Bien. *Pero* el problema no es que este esquema se adecuó a un tipo especial de ser, sino que esta criatura ha inventado tal esquema, y luego de haberlo efectuado correctamente la primera vez, sólo lo modificó posteriormente en detalles insignificantes.

—Agreguemos que algunas ciudades, que tanto por la proximidad geográfica como por los restos arqueológicos hallados podemos considerar más antiguas, poseen estas modificaciones indiscutiblemente agregadas más tarde... Veamos —Igor hizo chasquear los dedos—. Estaba pensando en la *Stellaris*.

Ian lo miró con respeto.

—Entiendo —inspiró con fuerza— luego de cada viaje, una modificación debido a la reciente experiencia... Pero ¡diablos!, me parece tan extraña una criatura que aprende tan rápido en cada ocasión y aplica los conocimientos inmediatamente, como otra que nunca se hubiera molestado en experimentar, logrando todo a la perfección en el primer intento.

—Y sin embargo, con eso nos hemos encontrado —dijo Igor salvajemente—. Un vehículo aéreo, por ejemplo —hizo un gesto hacia Nevada Uno, donde se había descubierto— cuando es indudable que poseían comunicaciones a larga distancia, a grandes velocidades y durante mucho tiempo. ¿Por qué no docenas de ellos? ¿Se convirtieron todos en chatarra durante un período de declinación tan breve que no hemos podido detectarlo?

—*Una* nave oceánica —dijo Ian—. Lo que es aún más extraordinario. Buscando en los mares de la Tierra se hallarán flotillas enteras, cientos de navíos bien preservados. Y en un período de declinación, por más que la posibilidad sea realmente importante, ¿cómo podrían haber barrido a todos del fondo del océano?

—Exactamente. Eso requeriría una tecnología verdaderamente impresionante —Igor movió la cabeza, con expresión lúgubre—. Y ¿desde dónde lanzaron sus naves espaciales a la Luna? No hallamos en ninguna parte el equivalente a Cabo Kennedy, a Baikonur o a Woomera.

—Pienso solamente en una posible explicación —dijo Ian en una pausa, luego de haber escuchado el viento que aullaba en las montañas cercanas.

Igor se entusiasmó:

—¿Se te ocurre aunque sea una idea? Dímelas, por favor.

—Que, de acuerdo a nuestros patrones, cada uno de los miembros de esta especie, fuera un genio, capaz de realizar como cosa de rutina, cálculos para nosotros tan cansadores que hemos tenido que dejarlos en manos de computadoras.

Igor pensó un rato, y finalmente movió la cabeza afirmativamente.

—Es una idea muy válida. Por mi parte, así lo creo. Pienso que de allí pueden imaginarse una serie de consecuencias y creo que tú también te das cuenta de eso. Esto llevaría al éxito de toda nueva invención que hicieran. ¿Es eso lo que quieres decir?

—Mmm... siiii... —Ian se frotó la barbilla—. Explicaría el hecho de que solamente un barco se hubiera hundido. De allí en más, los construyeron en forma tan perfecta que durante todo el tiempo que utilizaron el transporte por agua no tuvieron otro naufragio. Esto explicaría también porqué no hay aeropuertos o bases de lanzamientos de cohetes a su luna.

Igor parpadeó.

—No veo cómo...

—Porque lograban el máximo rendimiento con el mínimo esfuerzo cada vez — interrumpió Ian—. En vez de desperdiciar tiempo y energía en sistemas auxiliares, hacían que todo se autoabasteciera. La máquina voladora, por ejemplo, ¿no dijo Ruggiero que podía despegar verticalmente?

—Sí, y creo que lo ha probado. Sabes que está muy estropeada, tal como se puede pensar de algo que ha estado milenios hundido en un glaciar que se moviliza. Pero todas las reconstrucciones que ha podido hacer gracias a las computadoras están de acuerdo en lo mismo, que posee un tren de aterrizaje adecuado solamente para un descenso directo sobre el suelo. No rodaba ni se desplazaba, se posaba en tierra y tenía un movimiento de flexión.

Ian se sonrió levemente.

—Sí. Me dediqué bastante a revisar, desde que llegué, los datos de ese tipo. Ruggiero ha llegado a conclusiones asombrosas sobre todos los elementos identificables de una tecnología avanzada... si bien no existen muchos, ¿verdad?

—Tal vez estaríamos más confundidos aún si los hubiera.

—Ésta es una idea dolorosa pero importante —Ian hizo un gesto teatral, como si le hubieran atravesado el pecho con un puñal.

—Sí, salvo que... No importa, no quise interrumpir. Creo que ibas a agregar algo.

Ian vaciló. Finalmente dijo:

—Sí, pero se me ha ocurrido una idea que pienso que debí considerar antes, de no haber estado tan ciego. ¡Igor! —prorrumpió, inclinándose hacia adelante, mientras miraba a su interlocutor—. ¿Ustedes decidieron llamarme a mí cuando se dieron

cuenta de que solamente había un objeto de cada tipo?

—Por supuesto. De no haber sido por eso, un paleo-lingüista hubiera sido tan útil aquí como un... como un herrero, digamos. Mientras imaginábamos que tal vez fueran parecidos a nosotros, pensábamos que deberían existir docenas, o tal vez centenas de distintos idiomas. Basándonos en descubrimientos recientes consideramos que existen realmente buenos indicios de que el idioma también haya sido inventado una sola vez en este planeta, evolucionando pero nunca desarrollándose en familias distintas como sucedió en la Tierra. Mis conocimientos sobre la evolución del lenguaje son muy esquemáticos, pero creo que algo como eso sucedió en China ¿verdad? ¿No fue, que durante un período de mil años, o algo así, el lenguaje hablado cambió allí radicalmente, mientras el lenguaje escrito siguió siendo comprensible?

Ian asintió con la cabeza, sus ojos fijos en la lejanía.

—Y especialmente en vista del hecho de que, muy probablemente, esta gente impresionaba sus «inscripciones» directamente, de tal forma que el lenguaje tal vez consistiera en esquemas de impulsos nerviosos compartidos por los individuos. Probablemente no usaran nombres, puesto que se identificarían simplemente por el hecho de existir. —Se sentó en un impulso—. ¡Sí! ¡Esto sí que es importante! Tal vez, en cierto sentido, esta especie nunca dejaba de hablar. Puesto que, mientras estaban vivos, interactuaban permanentemente unos con otros. ¡Igor! Te estoy muy agradecido. Me has dado una idea inicial realmente importante.

Afuera el sol brillante con la fuerza de siempre, pero en el cobertizo donde se guardaban las piezas arqueológicas estaba fresco, y la luz se filtraba por los vidrios de colores. Ian se hallaba sentado en el banco frente a la computadora, repasando los números del catálogo de una docena de objetos situados a su izquierda: los bloques de cristal artificial, de un dedo de espesor y del tamaño de la palma de una mano humana, en que los habitantes del planeta habían impreso las corrientes de microvoltios, hacía ya un eón, y que actualmente podían todavía revelar la información que se había perpetuado en su estructura molecular.

Frente a él se hallaba una modificación del artefacto utilizado en las excavaciones para detectar la presencia de material magnetizado: un marco con forma de cuna, conectado a una serie de aparatos para medición, y de allí a las computadoras.

La puerta se abrió detrás de él. Ignoró el hecho; hoy era el día que seguía a la finalización del período de trabajo, y habitualmente los miembros de la expedición solían traer artefactos recién descubiertos, pero Ian había pedido especialmente que si se hallaban más «bibliotecas» no se las sometiera a estudio alguno antes de que él pudiera aplicar sus teorías en formación a los nuevos hallazgos.

Entonces sintió una mano suave que acariciaba su mejilla y una voz murmuró cerca de su oído:

—¿Has pasado un buen mes?

—¡Cathy! —exclamó, y la abrazó, tomándola de la cintura—. Sí, sí. He tenido un buen mes.

—¿Qué estás haciendo?

—Calibrando especialmente algunos «dibujos» de estos cristales. Principalmente, buscando la dimensión tiempo, puesto que si no podemos encontrar la progresión, desde el comienzo hasta el final, es casi seguro que jamás entenderemos su lenguaje.

—¿Algo así como tratar de determinar si un libro humano se lee de arriba abajo, de izquierda a derecha, o de abajo arriba y de derecha a izquierda? – Exactamente el mismo problema. Cathy se sentó en el banco, a su lado, balanceando las largas piernas. Su blusa, desabrochada en parte por el calor, dejaba entrever generosamente su escote. – Creo que es realmente un milagro que puedas siquiera concebir la forma de leer su lenguaje —dijo luego de una larga pausa.

—Será así si lo logramos —suspiró Ian—. Igor me dio una idea fascinante que me sugirió una posibilidad. Cuando estaba en la Tierra y me mostraron estos bloques, presumiblemente inscriptos con un sucedáneo de nuestra escritura, inmediatamente pensé en plumas, punzones, máquinas de escribir y todas esas cosas.

—¿Lo lograron sin instrumentos especiales? —preguntó Cathy.

—Exactamente. Se sabe que algunas de las especies sobrevivientes son capaces

de imprimir las rocas directamente, con un trazado magnético; hemos comenzado a considerar la más interesante de las posibilidades: tal vez no hayan tenido que inventar la escritura. Probablemente sólo se dedicaron a desarrollarla. Podría ser que para ellos fuera tan natural como para nosotros hacer ruidos con la boca. En vez de usar para ello trozos de piedra, inventaron una forma ideal de cristal: Éste. — Señaló la pila de ellos colocados sobre el banco.

—Entonces su escritura era más parecida al surco de un disco, o la parte magnetizada de una cinta —Cathy movió la cabeza entusiasmada—. Con la magnífica ventaja de que se podía leer inmediatamente.

—Todavía más. No tuvieron, entonces, que inventar un sistema de relación sonido-símbolo. Éstos eran un reflejo directo de un proceso que se estaba efectuando en su sistema nervioso o sea, la escritura indica la experiencia real, tal como si ésta se estuviera verbalizando. Por supuesto, presumiendo que el sentido electromagnético fuera el utilizado en vez de los sonidos en nuestra especie. Y todo parece indicar que así fue. Le pedí a Lucas que la próxima vez que su gente estudie una colonia de animales, determinen también las modificaciones de los campos eléctricos, en vez de limitarse a observar.

Cathy alzó las cejas en un gesto de asombro.

—¡Muy interesante! Creo que veo otras consecuencias que todavía no mencionaste.

—¿Cuáles?

—Bien. ¿Cómo se las arreglaban para mentir?

—Eso es muy importante —dijo Ian después de un silbido de admiración—. Probablemente tengas razón. No veo cómo podrían ser deshonestos. Tal vez esto explique cómo llegaron a su luna en tan poco tiempo ¿crees tú?

Y antes de que ella pudiera contestar, chasqueó los dedos.

—Sin embargo, deben de haber tenido alguna forma de comunicación no real. Si ésta estuviera limitada a la experiencia y al estado mental del momento, no hubiera podido expresar hipótesis.

—¿No podría haber cierta forma de diferenciación? —preguntó Cathy—. Quiero decir, nosotros sabemos lo que recordamos y lo que imaginamos. Tal vez existían formas de hacer la misma distinción en su forma de comunicación.

—Ajá... —dijo Ian mientras se acariciaba la barbilla. Estaba tratando de dejarse crecer la barba, pero por el momento era muy escasa—. Creo que puedes estar en lo cierto. Lo investigaré cuando llegue el momento. Ahora perdóname mientras termino de calibrar estos cristales. Tenía toda la intención de terminar ayer de noche, pero no pude.

—¿Qué es lo que buscas exactamente? —le preguntó Cathy—. Aparte de la secuencia temporal que mencionaste. ¿En qué forma se podría comenzar a entender

un lenguaje no humano?

Ian emitió una risita seca, desprovista de humor.

—Ésa es una buena pregunta. Te diré que, básicamente, se comienza buscando la repetición de ciertas estructuras en contextos similares. Te mostraré.

Tomó el cristal situado más cerca, lo colocó en un aparato y apretó un botón. Inmediatamente apareció, en una gran pantalla que se hallaba enfrente, conectada con una computadora, un «dibujo» complejo, que se parecía a la transformación de los sonidos de una orquesta sinfónica, en siete colores.

—Los colores corresponden a niveles de impregnación —explicó—. No me refiero a niveles físicos, sino a grados de intensidad. Por supuesto, también pueden hallarse parámetros físicos. Tocó otro botón, y la distribución de los colores cambió si bien la forma básica del «dibujo» permaneció inalterada.

—Ahora puede pasarse arbitrariamente a considerar varios parámetros temporales: leer en secuencia de izquierda a derecha, de arriba hacia abajo, de esta cara hacia la otra... En términos topológicos, la lectura de todos los cristales en la misma orientación deberá producir una serie de variables suficientes para determinar si los complejos que se repiten son aislables, tal como el equivalente de las unidades fonéticas.

—¡Ay! —dijo Cathy moviendo la cabeza—. Esto es demasiado para mí.

—Bien. Supongamos que cuando haya terminado de calibrar cada uno de los cristales hallados en una zona determinada, tarea que tomará mucho tiempo si no imagino una forma de automatizar el proceso, supongamos, digo, que hallamos un tipo de «dibujo» posible de aislar en cada unidad. Ahora bien, esto es esperar demasiado, pero se han programado las computadoras para determinar cuáles son las inscripciones que se hallan más de una vez por cristal. Investigando entonces esas inscripciones, habrá que ver si alguna se repite literalmente con *mayor* frecuencia. Entonces trataremos de ver qué significa.

—¿Por ejemplo?

—Primeramente, podría ser la forma de referirse a la existencia de cada miembro de la especie. Para decirlo en términos humanos: «él es», «ella hizo» «ellos estaban», algo así, por ejemplo. Luego habría que tratar de buscar las correspondencias y asociaciones. Para esto se programarán las computadoras. Podría buscarse una frase de la estructura: «él es XYZ» y tratar de compararlo con «ellos son XYZ». Luego se podrían comparar todas ellas con otras frases, en la misma forma general. Como ves, no trato de encontrar una traducción, cosa que sería ridícula, sino una gramática. Una vez que se hallan tales reglas el resto se puede llenar por ensayo y error.

Dubitativamente, Cathy preguntó:

—¿Qué quieres decir por «gramática»? ¿Lo que me enseñaron en la escuela?

—¡Oh, no! A menos que hayas tenido mucha suerte. ¿Dónde fuiste educada?

—Unos años en Dublín y luego en Atenas.

—¡Ay! ¡En ese caso es un milagro que hayas podido llegar aquí! —dijo Ian alzando los brazos—. Son dos lugares de enseñanza lingüística verdaderamente empantanados en los idiomas clásicos, con un criterio reaccionario aún después de generaciones y generaciones de ideas renovadoras acerca de lo que el lenguaje es y hace... Perdóname, pero este tema me apasiona. Pero tú no has sido elegida para esta misión por tus conocimientos sobre lingüística... —aquí se interrumpió—. ¡Oh! A veces pienso que soy la persona de menos tacto del mundo. Quiero decir... conozco bien tus trabajos con Soper y Dupont sobre los lugares vikingos en Nueva Escocia.

—Realmente, lo que me hizo ganar la selección fue el color de mis ojos —dijo ella—. ¡Tonto! —y le tiró un beso, añadiendo—: Continúa ¿quieres?

—Bien. La gramática no es lo que te han enseñado a ti: una serie de reglas que dicen que esto está dicho, esto está mal, esto es un solecismo, pero está permitido... —se pasó la mano por el cabello—. No, es más bien como un sistema de relaciones topológicas. De hecho, gran parte de la gramática moderna toma prestados algunos de sus conceptos, como el de invariabilidad, por ejemplo. No es un asunto de «sucedido A se supone que luego sucederá B», tampoco nada como «el adjetivo debe coincidir con el sustantivo en género, número y caso», sino más bien «sucedido B se puede deducir que anteriormente ha sucedido A, siempre que A y B pertenezcan al mismo tipo». Algo así como un problema de retroalimentación.

—Creo que entiendo lo que quieres decir —Cathy frunció el ceño—. Pero imaginemos que esto es así en los idiomas humanos. ¿Cómo puedes pensar que también sucederá en la forma de comunicarse de los habitantes de este planeta?

—Bueno, Igor considera que es posible que no hayan existido distintos idiomas, sino, a lo sumo, el equivalente a dialectos... Esto sería, por otra parte, un buen punto de partida para cualquier situación del universo, si lo pensamos. Se ha comprobado que todos los idiomas humanos tienen una estructura básicamente similar.

—¿Cómo dices?

Ian pareció sorprendido.

—¿Qué otra cosa cabía esperar, siendo que todos caminamos en dos piernas y hacemos ruidos con una abertura situada en la parte anterior de nuestra cabeza? La estructura fundamental es la asociativa; la yuxtaposición y la secuencia en el tiempo son casos perfectos de invariabilidad en el sentido gramatical del término. Tú dices algo acerca del suceso A y del objeto B, componiendo una frase que conecta el símbolo acordado de uno con el del otro. Si un idioma merece el nombre de tal, entonces tiene que tener tal característica fundamental, no importa la decoración que se le agregue después. Seguramente te habrán enseñado que el lenguaje de los niños, sea cual fuere el idioma, es gramaticalmente lógico.

Cathy movió la cabeza negativamente, algo asombrada.

—Pues bien, es así. Una madre japonesa, una madre alemana o una madre maorí usan la misma gramática cuando le enseñan a hablar a sus niños. Siempre la misma estructura de dos unidades que utilizamos tú, yo y cualquier otra persona para empezar a hablar.

Todavía con aspecto dubitativo, Cathy movió sin embargo la *cabeza* en señal de asentimiento. – De todos modos, aunque puedas establecer este tipo de esquema, ¿adónde te llevará? Lo que quiero decir es ¿cuándo puedes empezar a traducir, que es realmente el nudo de la cuestión?

Ian se echó hacia atrás, suspirando. – Oh, una vez que pasemos la etapa de análisis inicial. Será algo así como lo que Ventris hizo con «Linear B», excepto que él tenía algunos idiomas conocidos para guiarse.

—¡Quiero saber los detalles!

—Te enseñaré cómo averiguarlo con las computadoras. Realmente, todo el asunto es verdaderamente fascinante, algo así como un trabajo de detectives. Resultó que lo que poseía como base era griego antiguo, escrito en forma que se adecuaba a un tipo de idiomas distintos. También los monjes españoles cometieron errores al tratar de leer los escritos de los indios americanos porque sólo conocían una escritura fonética, y no tenían idea de cómo era un silabario simbólico. – Suspiró otra vez, ahora más ruidosamente.

—Querido Ian —dijo Cathy inclinándose hacia él—. No me digas todas las cosas que te preocupan, porque puedo imaginármelas. Quisiera que me contaras cómo piensas solucionarlas.

—Lo, siento —trató de sobreponerse y ensayó una risita, sin demasiado éxito.

—Verás —comenzó a resumir—. La próxima etapa consistirá en la aplicación de ciertas presunciones *a priori*. Igor mencionó unas de las más importantes cuando nos enfrentamos con Ordoñez-Vico en aquella primera ocasión. La mayoría de los idiomas humanos, aunque no todos, hacen diferencias entre el masculino y el femenino, especialmente en el sustantivo y en el pronombre. Por supuesto, muchos idiomas extienden el concepto de género más allá de lo habitual en los que se hablan en Europa. De tal manera, una buena forma de comenzar sería tratar de hallar una diferenciación estructural que pudiera corresponder al cambio de sexo de los nativos. Tal vez no sea posible, tal vez no hallemos nada tan simple como «él hace XYZ» versus «ella hace XYZ» puesto que... bueno, las unidades de palabras pueden ser absolutamente diferentes para la fase masculina activa, y la femenina, pasiva. Así, es posible que «él come» se transforme en «ella devora» pero el principio es, por el momento, el único que conocemos, así que si la búsqueda de indicadores sexuales falla, deberemos continuar eliminando todas las posibilidades en sucesión. Es indudable que una criatura como las que hemos hallado aquí debe respirar, comer, excretar, comunicarse, relacionarse con sus pares y demás, así es que deberemos

tratar de determinar tales unidades de palabras y establecer su repetición y su invariabilidad.

Echó una mirada al cristal enfrente de él.

—¡Oh!, esto estuvo aquí suficiente tiempo —dijo, retirándolo y colocando otro. Pero Cathy había estado mirando la pantalla mientras Ian realizaba esta maniobra, y exclamó—: ¡Escucha! Cuando lo tocaste, el «dibujo» se modificó.

—Bueno, por supuesto —le contestó Ian— soy un conductor, y tú también.

—No, no es eso a lo que me refiero. —Se bajó del banco—. Fue más bien como si... Estoy segura de que los indicadores dieron un salto. ¿Has buscado efectos piezoeléctricos?

Ian se quedó inmóvil durante unos instantes. Luego le tomó la mano y depositó un beso en su palma.

—¡Genial!

—¿Qué dices?

—Sí, sí, como dice el proverbio: El genio ve lo que sucede, pero quien demasiado se afana sólo ve lo que él cree que sucede. ¡Ay, ay, ay! Aunque esto signifique que debo recalibrar cada uno de los cristales, creo que acabas de darme la forma de determinar la dimensión tiempo. ¡Espera un poco!

Dejó el cristal nuevamente en su lugar, y esta vez, en lugar de mantenerse sin tocarlo, ejerció presión sobre él, primero suavemente y luego con fuerza en aumento, hasta que el dibujo de la pantalla se disolvió en un borrón.

—¡Eso es! —gritó Ian—. Cathy: ¡Eres maravillosa!

—¡Director! ¿Puedo hablarle un momento?

Valentín Rorschach no detuvo el paso que lo llevaba alrededor del perímetro de la base, a medida que crecía el crepúsculo. Contestó a la llamada que le hacía Ian desde la ventana del depósito de piezas arqueológicas.

—Sí, siempre que no te dirijas a mí en forma tan formal. Sal y caminemos un poco juntos. Has estado demasiado tiempo encerrado allí adentro.

Un minuto después, respirando anhelosamente por haber corrido, Ian se le reunió, y se mantuvo caminando a su lado.

—Espero no interrumpirlo —dijo— pero...

Ahora fue Rorschach el que interrumpió, con cierta malicia.

—Te estás exigiendo demasiado, Ian. Siento decírtelo, pero he visto suceder esto antes, y no quiero pedirle a Lucas que te empiece a administrar sedantes. ¡Estás obrando sin perspectiva! Has logrado más cosas, en tan corto tiempo, que ningún otro miembro de la base, por lo menos en lo que se refiere a darnos ideas para que investiguemos. ¿Por qué no te calmas un poco? ¿Tienes miedo de perder a Cathy si no eliminas toda posible competencia?

Ian quedó muy sorprendido por la pregunta. Se detuvo, y lo mismo hizo Rorschach, que giró para mirarlo de frente.

—Ian, Ian, *Ian*. Tú tenías una idea de cómo era yo antes de que vinieras aquí, ¿verdad?

Ian asintió. Parte de la preparación para este viaje, como también costumbre habitual en el entrenamiento de todos los que reemplazaban al personal que rotaba, era la confrontación asidua con inteligentes actores enseñados a duplicar el comportamiento de los miembros de la expedición. En tal forma los recién llegados se familiarizarían con sus defectos así como con sus virtudes, y cualquier debilidad peligrosa de su parte quedaría al descubierto.

—Bien, me imagino que habrán reparado en todos los detalles menos en esta calvicie mía, recién adquirida. —Rorschach se pasó una mano por la cabeza—. En forma similar, desmenuzaron tu personalidad, y me advirtieron que tenías tendencia a tomar las cosas con demasiada vehemencia. Así que... me alegro de que me hayas llamado y de que estemos hablando a solas puesto que de otro modo tendría que haber pensado en alguna excusa para mantener una charla en privado.

Ian parpadeó.

—Oh, no, para hacerte objeto de una reprimenda —Rorschach hizo un gesto para demostrar que el pensamiento lo molestaba— sino para advertirte que estás exagerando tu celo, y que no hay necesidad de ello.

Ian se pasó la lengua por los labios, y fijó su vista en las formas, ahora distantes,

de los edificios; en las largas sombras que arrojaban sobre la base de vidrio, los rayos del sol que se hundía en el horizonte, con su halo de delgadas nubes... y dijo finalmente. – Sabe usted, por un momento iba a ofenderme porque pensé que quería invadir mi vida privada. Pero no tendría sentido, ¿verdad?, si pusiera mi propia persona por encima de la tarea de develar la historia de los primitivos habitantes.

—Cuando se te induce a hacerlo, logras una admirable visión interior —dijo Rorschach en tono sereno—. Por supuesto, no me refiero a la competencia profesional. Has probado esto sin lugar a dudas. He felicitado a Igor por su excelente idea de proponerte para formar parte del equipo. No, me refiero a... —se volvió y miró hacia el sol poniente—. Pienso en lo que recién dije: el apuro que experimentas por seguir adelante. Es indudable que sería maravilloso si pudiéramos resolver el misterio de los alienígenas antes de la vuelta de la nave, pero ¿qué podemos hacer aquí que determine si la nave va a volver o no?

Estas palabras hicieron que Ian sintiera un escalofrío. Luego de una pausa de reflexión tranquila, preguntó:

—¿Piensas... piensas realmente que tal vez no vuelva más?

Rorschach hizo un gesto de impotencia con las manos.

—Es una posibilidad que debo tener en cuenta como director de la base. Y eso es todo, creo... ¡Ah!, no. Quiero decirte algo con respecto a Cathy y a ti.

—¿Qué cosa?

—En todos estos años, como director, he tratado de que no nos perturben las cosas que solían hacerlo cuando estábamos en la Tierra. Una de las más importantes de la lista son los celos, por supuesto. ¿Te has puesto a pensar que son más corrosivos cuando se producen en lo que, por otra parte, podría haber sido una relación estable, inmune a las interferencias del exterior? No te preocupes en contestarme. Tal como te dije, puedes tener una admirable visión interior cuando se te lleva a ello. Pero alguien tiene que llevarte, y eso es lo que estoy haciendo ahora. Lo que quiero decir es que Cathy ya había estado aquí dos años antes de que tú llegaras, y actualmente nadie se resiente por el hecho de que haya tomado la decisión de mantener una relación permanente contigo. Realmente, poco asombra este hecho, puesto que eres muy talentoso. Pero la situación es precaria, y si alguien concibe la sospecha de que estás sobrecargándote de trabajo porque temes que Cathy pueda dejarte por otro, en vez de pensar que lo haces porque deseas averiguar qué pasó con los primitivos habitantes... Bueno, creo que no tengo que decirte más.

Ian permaneció en silencio durante un largo rato. Luego dijo:

—Valentín, ahora comprendo porqué te han elegido para director. Creo que no se habría podido plantear toda la situación en forma más cautelosa. Pospondré el pedido que pensaba hacerte.

Rorschach emitió una risita.

—Hazlo, de todas formas —dijo—. La respuesta será no, pero quisiera tener el dato en el archivo, como quien dice, para no ser tomado luego por sorpresa.

—Bien —dijo Ian. Se subió el cierre de la chaqueta, pues había refrescado a la caída del sol, y distraídamente siguió caminando. Rorschach se mantuvo a su lado. Mirando hacia abajo, continuó—: Estuve pensando en algo que, según creo, hizo la diferencia entre el éxito y el fracaso cuando estuve en las ruinas de Zimbabwe.

—¿Cuándo probaste que lo que se consideraba una simple decoración era realmente escritura?

—Así es —afirmó Ian, comprendiendo que era inútil que tratara de actuar modestamente acerca de esto, pues si no hubiera sido así, Igor no lo habría llegado a conocer, y jamás hubiera podido llegar aquí—. Recuerdo que antes de asignar, digamos... niveles de prioridad a los distintos significados posibles de la escritura, si es que de esto se trataba, debía procurar ponerme en el lugar del hombre que hizo esta inscripción. Fue así que durante un mes viví tal cual como él lo habría hecho: comiendo lo que podía atrapar o recoger, durmiendo en el suelo y bebiendo de pozos de agua en los cuales también abrevaban los animales. Siempre con la esperanza de poder sobrevivir a las enfermedades que pensaba encontrar. Poco a poco me fui despojando de las ideas que había tenido al principio y remonté la línea del tiempo hacia las sensaciones primitivas: hambre, sed, calor, frío, oscuridad y luz. Tuve una grave quemadura de sol. Pero logré lo que me había propuesto: la comprensión del hombre que había inscripto esos misteriosos símbolos.

Rorschach emitió un silbido de admiración:

—¿Quieres repetir eso aquí? Pero ¿cómo sería posible para un ser humano establecer un sentido de identidad con los draconianos?

Ian se acarició la barba recién crecida en un gesto de frustración.

—Es imposible —respondió—. Pero tal vez pueda tratar de captar lo que fue para ellos la realidad. Nosotros vemos los colores, por ejemplo. Presumimos que ellos también porque todas las especies importantes de este planeta tienen órganos similares a ojos. Pienso que lo que nosotros concebiríamos como coloración tonal, en otras palabras, la respuesta subjetiva que ellos tenían frente al *tono* de un campo electromagnético, es lo que realmente contaba para los draconianos. No lo puedo afirmar sin sombra de dudas, pero apuesto a que así era.

—Aun presumiendo que así fuera —dijo Rorschach luego de una pausa—, ¿me estás pidiendo, o mejor dicho, me hubieras pedido si yo no hubiera manifestado antes que no pensaba aceptar, que te permitiera instalarte en una de las ciudades de los nativos y tratar de vivir como pudieras, hasta alcanzar una especie de revelación divina? —Emitió una risita—. El hambre, la sed y las infecciones subclínicas generan, indudablemente, las más sorprendentes actitudes hacia el universo, pero dudo que muchas de ellas sean válidas.

—No exactamente —dijo Ian—. Lo que tenía en mente pedir eran los recursos necesarios para comenzar a reconstruir un simulacro del cuerpo de uno de estos nativos.

Habían estado caminando uno al lado del otro. Ahora, súbitamente, Rorschach se detuvo como si hubiera tropezado con una muralla de cristal.

—Repite eso lentamente —pidió—. Y dame todos los detalles que se te ocurran.

—Bien... verás... —Ian hizo varios movimientos vagos— estaba pensando en una especie de caparazón, de tamaño suficiente para contener a un ser humano, con todos los movimientos que sean necesarios, basándonos en los principios que se usan para las prótesis modernas. Pienso que los datos imprescindibles para diseñar un artefacto de ese tipo deben hallarse almacenados aquí puesto que la información médica es muy detallada, ¿no es así? Realmente, creo que sería muy útil llegar a sentir los procesos corporales del extraño ser. No sé hasta dónde será posible avanzar en lo que respecta al cambio sexual, que considero crucial, desde la etapa masculina activa a la femenina, pasiva. Tal vez también haya medios para simular algo así. Por lo menos, si la forma de visualizar el medio que los rodeaba fuera igual... Por ejemplo, supongamos que reducimos la visión al blanco y negro, pero afinamos la percepción del sonido, gracias a una unidad de sonar, hasta el punto en que esto, combinado con una mayor sensación táctil, nos ofrezca buenos datos sobre la información que se podía tener del entorno... si le asignamos una variedad adicional que nos sugiera el tipo de percepciones electromagnéticas que presumimos poseían estos seres... —Hizo un gesto, tratando de encontrar las palabras adecuadas—. Por lo que respecta a la revolución hormonal... bien... No se necesita ser mujer para hallar analogías al proceso de embarazo y parto, si bien es necesario dejar un montón de prejuicios en el camino.

Vaciló.

—¿Sería esto posible? —dijo, finalmente.

—No solamente sería, ¡es! —dijo Rorschach, muy convencido—. De hecho, pienso que puedo sugerir una forma para transformar los impulsos táctiles en algo más importante para quien lo usa. Si se explota la sensibilidad de la retina a los campos magnéticos en alteración, se podría... pero ¡maldición! —Se enfrentó con Ian—. ¡Esto es absurdo!

—No comprendo.

—No, claro. Pero yo debería haberlo hecho. ¡Tengo ganas de pegarme! —En vez de esto, Rorschach golpeó en el suelo con el pie—. ¡Sí, sí, sí! Tenemos todos los recursos necesarios para meternos dentro del pellejo de otras especies, y hasta el momento, nunca lo habíamos hecho. ¿Es que estamos locos? ¿Es que hemos perdido el seso?

—Si realmente quieres que te conteste, y si esta pregunta no es exclusivamente

retórica...

—¿Qué dices? Sí, por supuesto que quiero que me contestes. —Rorschach había subido la voz casi hasta gritar, pero ahora volvió a su tono normal—. Te lo digo en serio, Ian. Este proyecto tuyo pudo haberse puesto en práctica mucho tiempo antes de llegar tú. Las técnicas existen, o pueden desarrollarse a partir del mismo tipo de elementos que utilizamos para ayudar a los ciegos, a los lisiados, a los sordos... ¡Dios mío! Ese detector de mentiras de Ordoñez-Vico posee un sentido que la mayoría de los seres humanos no tiene, puesto que puede analizar las secreciones del cuerpo humano y compararlas con una norma, que luego relaciona con el perfil de la voz del que habla. Si realmente tenemos ese don, es muy por debajo del nivel consciente.

Ian movió la cabeza a uno y otro lado. — No. Estás apresurándote a sacar conclusiones, creo. La verdad es ésta: este plan no pudo nacer hasta que nos convencimos que los primitivos habitantes eran completamente distintos a nosotros, jamás mientras pensáramos que teníamos algo en común. Hasta entonces ninguno de nosotros, ni yo, ni Igor, ni tú podíamos concebir algo similar. Si realmente logramos éxito, lo que contará no es lo que podamos entender de los alienígenas, sino más bien lo que ellos podrían haber comprendido de nosotros, de habernos encontrado frente a frente.

Con el esfuerzo pintado en el rostro cada vez más ansioso se inclinó hacia Rorschach, temiendo no haber sido claro.

—Tienes razón —dijo el director—. Y también tenía razón Igor cuando sugirió que te mandáramos llamar. Has planteado, en palabras adecuadamente comprensibles, más aún, en forma de un plan practicable, algo que habíamos intuido, tanto Igor como yo, según creo... pero acerca de lo cual no habíamos hecho nada. Porque no concebíamos la forma de lograrlo.

Le dio una palmada a Ian en el hombro.

—Creo que este mes voy a quebrantar una de mis propias reglas. Vamos. Vamos a hablar de estos planes, aunque esté prohibido. ¡O yo no conozco a la gente del equipo, o esta proposición tuya va a inflamar la imaginación de todos, como cuando se enciende un cohete!

Sentados informalmente en el refectorio, tomando vino, cerveza o buenas imitaciones de jugos de frutas, los miembros del equipo escuchaban los informes rutinarios con los cuales comenzaban las conferencias mensuales. Luego de oír a los otros y de dar su breve informe, Rorschach le pidió a Ian que describiera su nueva idea.

Igor y Cathy ya se habían enterado de todo, formulando interesantes y entusiasmadas sugerencias, pero la impresión que causó en el resto de la gente fue verdaderamente sorprendente. Cuando terminó de hablar, se produjo un largo y pensativo silencio; luego, uno tras otro, todos comenzaron a menear las cabezas, fijando sus miradas en torno.

—Creo que todos pensamos en cómo colaborar —dijo Rorschach finalmente—. Veo docenas de formas en que esta idea va a generar nuevas proposiciones, completamente revolucionarias. Ante todo, veamos un problema urgente. Karen: ¿puede hacerse?

La regordeta ingeniera civil se hallaba recostada en la silla, con una expresión soñadora y pensativa en el rostro. Al oír su nombre, se agitó.

—¿Cómo?... ¡oh!, lo siento, Valentín... Sí, no veo por qué no. Si bien todo depende del grado de elaboración que se dé a las... digamos las ilusiones sensoriales.

Lucas Wong se inclinó hacia adelante. El bajo y fornido biólogo y médico, mitad americano y mitad chino, era más parecido a su padre que a su madre, y raramente hablaba sin reflexionar, cuando se trataba de un problema importante. Ahora estaba entusiasmado como pocas veces.

—¡Oh, hay muchas formas de encarar el problema sensorial! Ian ¿sabes si eres un buen sujeto para ser hipnotizado?

Ian hizo chasquear los dedos.

—No lo sé. Nunca se me probó. Pero ¿no existen drogas que pueden emplearse para hacerlo a uno más susceptible?

—Lo averiguaré —dijo Lucas, frotándose las manos con entusiasmo—. Ésta es una magnífica idea ¿verdad?

—Tendremos que construir el aparato de mayor tamaño —advirtió Nadine Shah—. Poder meter a un hombre adentro... Bueno, en lo que respecta a la realización, creo que podremos lograrlo con cierta facilidad. Estoy segura de que poseemos suficientes datos acerca de las propiedades físicas de los tejidos de los primitivos habitantes, de la articulación de los miembros, así como de las características de su sistema nervioso. Achmed ¿qué hay de la interacción entre la máquina e Ian?

—No veo problemas al respecto —contestó Achmed—. Especialmente si puede ser hipnotizado. Podemos utilizar sensores microminiaturizados con alguna forma de

estímulo nervioso aferente directo, similar al que usan actualmente en los brazos y piernas postizos. Estoy seguro de que los detalles deben hallarse en las computadoras que conservan los datos médicos.

Ruggiero Bono miró a Rorschach.

—¿Valentín, puedo preguntarte algo? Podrá parecerle trivial, pero... Ian, ¿qué esperas obtener, exactamente, de este aparato? Indudablemente es un proyecto fascinante, y seguramente nos hará plantear problemas que de otra forma no se nos hubieran ocurrido jamás, pero... afrontemos el hecho: un ser humano no es un draconiano, y nunca lo será.

—Ya habrás visto, gracias al informe de Igor, cómo, siguiendo una idea de Cathy, descubrí la forma en que, probablemente, los primitivos habitantes «leían» sus cristales impresos, deformándolos manualmente para amplificar lo que en ellos estaba grabado, que de otro modo sería de muy poca intensidad. Lo lamentable —y aquí Ian hizo un gesto de frustración— es que precisamente por el efecto piezoeléctrico de su estructura, el sobrepeso debido al apilamiento de los elementos, en los lugares donde hemos encontrado «bibliotecas» ha distorsionado mucho lo que estaba grabado. Es asombroso, en realidad, que hayamos podido encontrar tantos cristales bien conservados.

Abrió las manos.

—En consecuencia, en vez de tornarse más fácil mi trabajo se ha vuelto más y más difícil de lo que jamás soñé. No creo que sea posible finalizarlo si no tomo un atajo y logro llegar a una presunción de porqué los draconianos usaban estos cristales. Cathy ha señalado, correctamente, que es muy poco probable que pudieran mentir...

—¿Por qué no? —preguntó Sue Tennant—. Ian dio una descripción de las razones por las cuales se pensaba eso, y la muchacha hizo un gesto de asombro mientras se reclinaba en el respaldo de su silla, totalmente convencida.

Ian prosiguió.

—De manera que es muy improbable que podamos hallar nada semejante a una ficción. Por otra parte, poseían una ciencia muy avanzada, así que es probable hallar el equivalente a los libros de texto en las bibliotecas. Y poseían un agudo sentido estético, de simetría, de proporción y de ritmo natural. Una mirada al mapa de sus ciudades nos confirmará esto. Los cristales podrían, entonces, ser una obra de arte, algo así como nuestra música o nuestra poesía. Si tal cosa sucediera, nunca podremos hacer más de lo que hasta ahora hemos logrado: amplificar y exponer lo que está inscripto en ellos.

—Sin embargo, existe otra posibilidad. Traten de pensar, por un momento, lo que sería la forma de comunicación de un ser que constantemente experimenta un aura cambiante, pulsante y vibrante, a la cual todos los otros miembros de la especie contribuyen por el mero hecho de existir. ¿No dependería su lenguaje de referencias

sobre los sucesos realmente existentes, más bien que de símbolos arbitrarios tales como las palabras de los seres humanos? Permítanme dar un ejemplo de lo que quiero decir. El individuo A quiere saber si el individuo B tiene hambre. ¿Genera una serie de señales completamente independientes del hecho? Cuando le digo a alguien «¿Quiere comer algo?» no hay nada que tenga que ver con la comida o con el hambre en la pregunta ¿verdad? Un draconiano podría, o por lo menos supongo que podría, imitar el «dibujo» asociado con la falta de alimentos y modularlo imponiéndole otros «dibujos» que definieran el hecho de que es una pregunta, dirigiendo finalmente la interrogación al individuo deseado por imitación del «dibujo» correspondiente al otro...

—¡Hablaban con ideogramas! —dijo Lucas Wong, chasqueando los dedos.

—¡Exacto! ¡Exacto! —Cada vez más excitado, Ian se levantó de la silla y comenzó a pasear de un lado a otro, haciendo gestos—. No he tenido tiempo de coordinar todo en mi mente, pero creo que las cosas comienzan a tomar forma. Tal como la escritura de los chinos evolucionó a partir de pictogramas estilizados, el lenguaje de los draconianos podría haber partido de una serie de conceptos básicos relativamente simples, probablemente asociados con estados orgánicos. Claro, es natural que posteriormente se fuera complicando más y más, y de la misma manera en que actualmente es muy difícil determinar la forma originaria de «hombre», «casa» o «sol» partiendo de un símbolo chino contemporáneo, tendremos muchos problemas cuando intentemos analizar estos «dibujos» impresos. Pero suponemos que tenían hambre, que se sentían cansados, que experimentaban deseos sexuales, y demás.

Ruggiero movía la cabeza afirmativamente. Luego dijo:

—Has contestado mi pregunta magníficamente. Pero tengo otra para plantearte. Suponiendo que puedas llegar a sentir en parte como un draconiano, y que tal vez existan lo que podríamos llamar libros de texto, ¿cómo piensas extraer de ellos ciertas conclusiones? El método de ensayo y error nos puede llevar desde hoy hasta el juicio final.

—Sin mencionar —agregó Achmed— que si bien tenemos miles y miles de cristales, tal vez los que más necesitemos sean los más estropeados. Si los draconianos hubieran tratado de dejar un mensaje para la posteridad, en el cual figurara su historia, lo habrían hecho más evidente, si su deseo era que alguien se enterara de su contenido.

—Tal vez haya algo más importante que libros —dijo Igor pensativamente. Apoyó su barbilla en la mano y se quedó mirando al suelo.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Rorschach.

—Oh... —Igor hizo un gesto casi desesperado—. Tal vez bancos de experiencias. Imaginemos lo que ocurriría si pudiéramos ir a un lugar y oír... percibir

directamente... los pensamientos de un genio fallecido hace muchos años. Esto condensaría el tiempo necesario para pasar desde un villorrio primitivo a la conquista de una luna ¿no es así?

Por un momento, todos quedaron embargados por la grandiosidad del concepto. Luego Achmed sacó una calculadora del bolsillo, accionó rápidamente los dedos sobre ella, miró el resultado y meneó la cabeza negativamente.

—Lo siento, Igor. Es una idea ingeniosa, pero no explica nada. La capacidad es inadecuada por un factor de varios miles. En las bibliotecas del tamaño de las que hemos descubierto hasta ahora se podrían almacenar solamente dos personalidades.

—Creo que dos si sé tiene suerte —agregó Ian.

Igor se encogió de hombros y se echó hacia atrás.

—¡Es una pena! —dijo con su habitual sonrisa—. Me pareció que tenía una inspiración brillante.

—En cierto modo, así fue —admitió Ian—. Supongamos una comunicación directa de las experiencias, más una inteligencia extremadamente alta, de acuerdo a nuestros *standards*, y agrega una honestidad total... ¡Nadine!

La especialista en biología comparada lo miró.

—¿Sí?

—Respecto de los colgajos negros que hallamos asociados al telescopio, y que decidimos denominar sistema bioelectrónico... ¿hay otros objetos similares sobre este planeta?

—Nada que hayamos podido identificar sin lugar a dudas —contestó Nadine—. Lo cual no sorprenderá, puesto que pueden haberse descompuesto con el tiempo, o pueden haber sido comidos.

—Claro, claro, supongo que puede haber sido así —suspiró Ian.

Igor saltó.

—¡Comido! Díganme, ¿puede ser que el compuesto similar al arn que hemos hallado, se hubiera transmitido hasta el presente? ¿Dónde leí acerca de las moléculas con memorias impresas?

—Por lo que sabemos —dijo Nadine— podemos haber visto descendientes directos de los draconianos, sin hablar de los descendientes de las criaturas que se hubieran podido comer los circuitos orgánicos. ¿Nunca pensaron en eso?

Igor asintió con la cabeza.

—Sí, recuerdo haber hablado de esto cuando llegué, un viaje antes que ustedes. Te refieres a la posibilidad de una mutación dominante negativa, que los hubiera privado de la capacidad de razonar y de comunicarse.

—Si esa fuera la explicación de su decadencia —dijo Lucas— luego de cien mil años de reproducción sin mentalidad superior, habría que considerar a los descendientes actuales como una especie totalmente distinta, sin lugar a dudas.

—De acuerdo —dijo Nadine—. Sin embargo, es necesario considerar el hecho de que existen literalmente cientos de animales supervivientes, lo suficientemente parecidos a los draconianos como para ser sus primos. Esto es, presumiendo que los escasos remanentes físicos que hemos hallado sean una guía fidedigna, y no hayamos inadvertidamente compuesto un cuadro que sea defectuoso por excesivas comparaciones con la fauna contemporánea.

—De todas maneras —dijo Ian— no veo como una mutación tal puede haberse diseminado entre las distintas especies con tanta rapidez, de no existir la biología aplicada.

—Tienes razón —dijo Olaf Mukerji— no puede haber sucedido a menos que se hiciera deliberadamente, y esto nos lleva nuevamente a la idea de una guerra, o a la decisión de cometer un suicidio racial. Y cuando nos encontramos con un presupuesto del cual hemos hablado hasta el cansancio, pienso que será juicioso dejar de dar vueltas al asunto y tratar de llegar a una decisión. Propongo formalmente que Ian sea apoyado y que reciba todo lo que pide. Creo que la idea es admirable y pienso que los resultados serán extraordinarios.

Sin embargo, no fue Ian quien causó la próxima sensación de asombro en el equipo.

Diez días después de haber comenzado el período de trabajo siguiente, se hallaba hablando con Lucas Wong y Nadine Shah acerca de ciertos problemas del primer diseño para la confección de la imitación de un draconiano. Agrupados alrededor de la pantalla de una computadora se hallaban probando las distintas analogías derivadas de las especies supervivientes que permitirían al futuro ocupante habitar el caparazón con el máximo posible de comodidad. En el otro extremo del salón de computadoras y comunicaciones, Achmed Hossein se hallaba ocupado en realizar una serie de controles de rutina en los equipos de las comunicaciones por satélite.

La conversación se tornaba acalorada; ninguno de ellos notó cuando Achmed interrumpió su trabajo profiriendo una exclamación y se inclinó para escuchar una de las comunicaciones que unían a la base con los lugares de investigaciones arqueológicas.

Pero unos segundos más tarde los llamó, interrumpiendo su charla.

—¡Escuchen! ¡Es Cathy! ¡Ella e Igor han descubierto algo increíble en Carbón!

—¿Cómo dices? —preguntaron al unísono los tres.

—Cathy dice que es indescriptible, pero tan importante que deberíamos dejar lo que estamos haciendo y dirigirnos hacia allá inmediatamente.

—¿No nos puede enviar una fotografía? —preguntó Ian.

—Cathy dice que Igor está demasiado entusiasmado como para preocuparse en preparar las cámaras, y de todas formas quieren tratar de desenterrar la cosa todo lo que sea posible antes de que caiga la noche. — Achmed accionó una llave y envió una

señal a Rorschach, quien poco después contestó por su aparato personal.

Se decidió en el momento que oyó las noticias.

—Si Igor dice que es importante, es mejor que prestemos atención al asunto. Comuníquenle a todos la noticia. ¿Está allí Lucas? Pregúntenle si le importaría quedarse solo por un tiempo corto.

—Me importa y mucho —contestó Lucas— pero vayan y tráiganme algo de recuerdo cuando vuelvan.

Llegaron a Carbón antes de la caída del sol, y desde el mismo momento en que arribaron a la colina adyacente a la cual se hallaban las máquinas desenterrando las piezas, pudieron observar cuán acertado había estado Igor.

El enorme pozo era diez veces más profundo que cuando Ian lo había visto por primera vez, y las máquinas excavadoras se concentraban en el centro.

Los grandes artefactos parecían pequeños en comparación con la extensión de la zona, pero no si se los comparaba con un ser humano. Cathy e Igor aparecían empequeñecidos por la altura de las paredes del pozo, y en el fondo...

Cathy vio a los recién llegados en el momento en que bajaban de las máquinas aéreas, y se apresuró a correr para saludarlos, atravesando un sendero que bordeaba la parte superior del pozo. Igor, sin embargo, sólo les dedicó un alegre saludo con la mano y un grito de bienvenida. Ambos estaban cubiertos de barro hasta las rodillas, debido al agua lanzada por las máquinas para arrastrar las capas de tierra que cubrían las piezas.

—¿No es fantástico? —dijo Cathy alegremente mientras rodeaba el cuello de Ian con los brazos—. ¿No es verdaderamente fantástico?

Los otros estaban demasiado asombrados como para hacer algo más que movimientos de asentimiento con la cabeza.

Lo que estaba apareciendo era un edificio bajo, formado por una base hexagonal de unos veinte metros por lado, de altura indeterminada porque aún las máquinas no habían llegado a la base de sus murallas. Pero la altura no tenía importancia. Lo que sí llamaba la atención era lo que había en su techo reluciendo a la luz del sol, y no solamente por el agua de las máquinas sino por los vívidos colores que la adornaban: azul, rojo, verde, amarillo, en hexágonos que alternaban regularmente, grandes en las partes de atrás, pequeños y regulares en la parte media y mucho más pequeños y menos nítidos, pero siempre bien regulares hacia abajo...

Una estatua. Sin lugar a dudas, una estatua de un draconiano. Pero por lo menos de ocho veces el tamaño natural.

—¡Maravilloso! —dijo Rorschach, en un susurro.

—¡Y tan increíblemente similar a las reconstrucciones que habíamos hecho! —dijo Nadine, con evidente placer—. Aparte del tamaño, por supuesto. Y tampoco me hubiera imaginado jamás que tenían tan bellos dibujos en la piel.

Cathy tomó a Ian del brazo y lo guió, orgullosamente, hacia la plataforma que sustentaba la estatua, desde donde Igor dirigía la labor de las máquinas. La muchacha dijo:

—Nos dimos cuenta de la forma del edificio, por supuesto, y ésa fue la razón por la cual elegimos este lugar para excavar, pero al comienzo pensamos que sobre el techo había solamente un cúmulo de tierra. Quién sabe con qué elementos se ha construido, pues esta superficie presenta propiedades eléctricas muy extrañas y nos daba reflejos sumamente engañosos. Pero no has oído ni siquiera la mitad de la historia.

—Exactamente —dijo Igor mientras se limpiaba la transpiración de la frente y ajustaba cuidadosamente uno de los aparatos que enviaban agua a gran presión, por control remoto—. Aquí enterrados, pienso que en *esta parte*, y en *ésta* y en *esta* otra —señaló a las paredes estratificadas y seccionadas del pozo— hay otros tres edificios aparentemente idénticos al que estamos excavando, y cada uno parece tener una estatua similar en el techo.

—Puedo casi imaginarme —dijo Ian— a los fantasmas de los draconianos sonriéndose por la forma en que nos dan una sorpresa tras otra.

Los misterios se acumularon sobre los enigmas en una forma sin precedentes aun para este mundo lleno de insolubles problemas. Inmediatamente, Rorschach resumió la situación y dio órdenes que se ajustaban a las recomendaciones de Igor: por el momento todos los recursos se concentrarían en este lugar en especial, mientras el resto de los trabajos se realizaría gracias a las máquinas automáticas supervisadas por control remoto desde la base.

También instruyó a Karen acerca de la necesidad de lograr comodidades temporarias y enviarlas a esta zona por medio de naves aéreas cargueras, así como de obtener conexiones especiales para la enorme masa de datos que comenzaría a inundar a las computadoras.

En un lapso de cinco días todos se habían trasladado a la zona de exploración donde se realizaran los nuevos hallazgos y solamente unos pocos miembros se mantenían en la base.

A pesar de contar con todo el personal para encargarse de los trabajos, se hallaban asombrados, deslumbrados y confundidos frente a la plétora de nuevos descubrimientos.

Era indudable que la brillante idea de Ian de fabricar un caparazón de draconiano iba a tener que posponerse indefinidamente. Pero a éste no le importaba eso. En realidad, su proposición había sido un intento de encontrar una salida a un problema que temporalmente parecía no tener solución. Ahora existía la posibilidad de que surgiera otra nueva forma de encarar los enigmas.

Trabajando furiosamente, y sin atreverse casi a descansar por miedo a que las máquinas descubrieran algo fundamentalmente importante mientras dormían, Igor, Cathy, Sue y Olaf, conjuntamente con el resto del grupo de arqueología, expusieron los cuatro edificios, con conmovedora minuciosidad. Mientras tanto, Nadine Shah y Lucas Wong estudiaron las estatuas con la ayuda de Ruggiero.

Había, efectivamente, cuatro: una por edificio, y en todo lo que podía verse eran idénticas, si se exceptuaban los daños ocasionados por el largo tiempo de enterramiento. ¿Por qué, por qué, *por qué* tenía que suceder que la primera estatua verdaderamente representativa del aspecto normal de los draconianos se había hallado en escala monumental? Estas piezas no tenían precedentes, pues hasta el momento no se habían encontrado muñecos ni ningún otro tipo de representación de la forma de los primitivos habitantes.

Y luego siguieron presentándose enigmas sin solución.

A medida que las máquinas prosiguieron su excavación hasta llegar al nivel del suelo comenzó a aparecer una superficie comparable a los pavimentos habituales en la Tierra. Actualmente agrietada y deformada, dejaba ver sin duda que alguna vez

había estado completa, en una pieza; y los materiales constitutivos eran una capa de cascajo unida por resinas químicamente similares a las epóxicas, formando así una base sólida como el cemento. En ella se encontraron varias máquinas bastante armadas, virtualmente primitivas, entre las que se contaban una rueda, con una barra de metal que sugería un eje, otro resto que parecía ser un punto de apoyo, diseñado para articular alguna otra pieza, un fragmento en cruz, parte de algo así como unas angarillas, que pudo descubrirse gracias a los restos metálicos, puesto que la mayoría de sus componentes, tal vez madera, se habían descompuesto por los años hasta dejar sólo trazas de elementos aislados en el suelo; y una especie de trineo, capaz de transportar una carga por arrastre, sin una sola rueda...

¡Tan poco acompañados con la extraordinaria tecnología desplegada en los edificios, sin mencionar la sensibilidad artística revelada en las estatuas!

La entrada al primero de los edificios era similar a los otros hallados: sin puerta. Ian e Igor habían enunciado la teoría que podía explicar tal situación. Suponiendo que algo sólido, tal como lo que nosotros llamaríamos una puerta, pudiera aislar a sus ocupantes de la interacción de los campos eléctricos del exterior. Tal situación se les haría, entonces, intolerable, en forma similar a lo que nos sucedería a nosotros si habitáramos en un receptáculo que aislara completamente los sonidos y no dejara pasar la luz: sin ambos estímulos nos volveríamos locos. Tal vez algo debía obturar esas entradas para mantener las viviendas calientes, pero debería haber sido delgado y suave, por lo tanto fácilmente destructible.

Una vez adentro, hicieron una serie de descubrimientos verdaderamente asombrosos.

Primero, hallaron un gran cristal impreso, de diez metros de largo, que emitía, muy débilmente pero en forma indudable, un único «dibujo» de resonancia. Luego, más allá, se abría un amplio salón claramente iluminado por la luz del día, puesto que, como luego se vio, la estatua era de un material transparente, que dejaba pasar la luz coloreándola, tal como sucede con nuestras vidrieras de colores.

En este salón se hallaron innumerables objetos: cristales, bloques de un tipo de plástico, y otra serie de cosas distribuidas al azar. Pero lo más importante fue el hallazgo de una gran cantidad de cadáveres de draconianos en buen estado de conservación, que incluían desde una hembra sedentaria y añosa, hasta un niño, no mayor que el antebrazo de un hombre.

Lucas y Nadine dieron exclamaciones de entusiasmo frente a este tesoro, y se dedicaron inmediatamente a examinarlo.

Al día siguiente ya se hallaban preparados para determinar categóricamente que, por primera vez, los investigadores humanos habían llegado a los restos de la fase de decadencia, preterminal, de la vida de los draconianos.

—Pero ¿cómo pueden estar seguros en tan poco tiempo? —preguntó Ruggiero

cuando sostuvieron sus opiniones aquella noche, luego de la comida. Aquí no existían los lujos que se disfrutaban en la base: comían sentados en bancos, con los platos apoyados en las rodillas, y lo único que los separaba del frío de la noche era una doble capa de plástico que formaba una tienda, confeccionada rápidamente por Karen y su gente.

A nadie le importaba, sin embargo.

—Hay tres razones fundamentales: primero, si bien los órganos internos fueron destruidos rápidamente por las bacterias en putrefacción, tal como hubiera sucedido en nuestro caso, algo interrumpió el proceso antes de que el tegumento exterior fuera afectado, y la armazón esquelética está virtualmente intacta. Hemos hallado lo que podríamos denominar deformidades congénitas. Por ejemplo, anquilosis de articulaciones, tal como sucede en el niño, que presenta la fusión completa de una de las articulaciones de los miembros superiores, y otras dos en los miembros de la locomoción.

»Segundo, los artefactos asociados. Uno de los cuerpos aferra aún lo que puede reconocerse como una pieza de Tipo H-2, pero que se ha afilado hasta lograr lo que llamaríamos un cuchillo. O un arma cortante, para ser más amplios.

—Perdón —dijo Karen— olvidé lo que era un artefacto Tipo H-2.

—Vidrio con una inclusión de sustancias aparentemente orgánicas, de unos diecinueve o veinte centímetros de largo.

—¡Ah! Sí. Comprendo. ¿Dices que ha sido afilado?

—Efectivamente. Sobre una piedra lisa. —Nadine se desperezó y reprimió un bostezo—. Todavía pueden verse trazas de la misma en los surcos microscópicos paralelos que convergen hacia el extremo afilado.

—Pienso que todo esto es muy convincente —dijo Rorschach— pero ¿cuál es la tercer *tazón*?

Lucas siguió hablando:

—Se han preservado hasta los dibujos de la piel. Debes haber notado eso cuando entraste, Igor —dijo mirando al arqueólogo—. Y son difusos. Irregulares. Hasta podríamos decir deformados. Mientras que los de las estatuas son perfectamente regulares.

—Esto no me convence —dijo Igor—. ¿Por qué no pensar que idealizaron sus estatuas? Nosotros lo hicimos.

—Lo que es más importante —dijo Olaf Mukerji— ¿por qué *solamente* hallamos estatuas monumentales?

—Creo que puedo contestar eso —dijo Ruggiero súbitamente, chasqueando los dedos—. ¡Sí! Ian, tú eres la persona indicada para plantearle esta idea. He estado determinando las propiedades de la sustancia con que están hechas las estatuas, y puedo decirles sin lugar a dudas que es extremadamente sofisticada. No se comporta

en forma predecible en ninguna banda del espectro salvo la luz natural. No me refiero a los rayos X o a los gamma, obviamente. Más bien a, digamos... campos eléctricos ambientales. Produce efectos que no creí fueran posibles. – Apartó el plato y se inclinó hacia adelante.

—¿Pudo suceder que no hicieran estatuas hasta alcanzar un desarrollo tecnológico lo suficientemente avanzado como para crear una sustancia que..., que emitiera las mismas señales que un draconiano verdadero? En otras palabras, ¿hasta que la estatua fuera igual a su original no sólo en cuanto a la forma sino también en cuanto a los campos eléctricos?

—Es una buena idea —dijo Ian—. ¡Gracias Ruggiero! Veré si hay correspondencias entre la señal del cristal gigante y...

—¡Mañana! —protestó Rorschach cuando Ian se levantaba de su puesto—. Todavía falta un año y medio para que la nave regrese.

Ian sonrió melancólicamente y volvió a su asiento.

—Y hay algo que yo me propongo hacer mañana —dijo Igor. Todos lo miraron. Prosiguió—: Como ustedes saben, los draconianos gustaban de las zonas de alta humedad, tal como es lógico esperar, ya que el aire húmedo es un buen conductor eléctrico y el aire seco, no. Por lo tanto, no solían habitar las áreas tales como la árida meseta en que está la base. Pero me pregunto si existirán suficientes datos como para determinar las pautas meteorológicas de hace cien mil años. Lo que dijo Ruggiero me recordó este punto; lo había pensado hace unos años pero entonces los datos eran insuficientes, y luego lo olvidé. ¡Nadine!

—¿Sí?

—Hasta ahora se han dedicado al estudio de la vida animal, pero presumo que también han hecho sus investigaciones sobre vida vegetal, ¿no es así?

Nadine vaciló unos instantes, y Lucas se apresuró a responder:

—Sí, por supuesto. Desde los primeros tiempos fue necesario hacerlo para asegurarnos cuáles eran las especies más adecuadas para ser transformadas en alimentos y plásticos.

—Bien. Yo no sé nada a este respecto —dijo Igor inclinándose hacia adelante—. Pero si no recuerdo mal he leído que un... un bosque puede llegar a modificar el clima local. ¿Es posible averiguar si los draconianos pueden haber cambiado deliberadamente el clima para facilitar su expansión?

Ian silbó y se palmeó la rodilla. Alguien detrás de él batió palmas.

—Deberíamos poder establecerlo —dijo Lucas con una sonrisa de placer—. ¿Tú te refieres a investigar si las plantas que se asocian con los asentamientos de ciudades forman un continuum?

—Más o menos —dijo Igor.

—Pero en algunos casos sabemos que así fue —respondió ahora Nadine—.

Hemos presumido que cuando una especie de plantas fue llevada de un continente a otro, la idea principal estaba en que sirviera de alimento. Hemos hallado en esta zona semillas que pertenecían a especies de vida comunes en otro continente. También encontramos frondas bien preservadas.

—Pero no hemos indagado específicamente si eligieron un tipo de plantas por su capacidad de aumentar la humedad del aire —dijo Lucas—. Es un buen enfoque, ¿verdad?

—¡Oh, así es! —dijo Nadine—. Programaremos una computadora para seguir esta propuesta.

Luego se hizo una pausa, interrumpida por una risita de Rorschach.

—¿Quieren que les diga una cosa? Los quiero mucho. Me gusta enormemente trabajar con ustedes. Cada vez que llegamos a una nueva serie de hallazgos, habitualmente rumian las ideas durante un corto tiempo, y luego comienzan a generar una serie de posibles líneas de investigación, casi sin interrupción. Lucas, me parece que esta noche va a haber varios casos de insomnio. Tal vez sea mejor que preguntes si necesitan algún tranquilizante. Por mi parte, estoy cansado. Voy a darles las buenas noches, y quiero ser el primero que reciba su dosis de sedante, por favor. Mi cerebro bulle como una turbina.

Media hora después, en la agradable oscuridad de la tienda que ahora compartían, Ian le dijo, somnoliento, a Cathy:

—¿Sabes?, eres un sedante mucho mejor de los que vienen en comprimidos.

Ella le dio un codazo amistoso.

—¿Así que por eso me haces el amor?

Él se rió entre dientes y la atrajo hacia mí. Apoyando la mejilla contra su suave cabello, le dijo:

—En cierto modo, sí. Ése es el porqué.

—¿Qué quieres decir?

—¡Oh! —hizo un gesto con la mano que no tenía apoyada en el hombro de ella—. Lo que quiero decir es que has logrado una magnífica transformación en mí. Cuando llegué aquí estaba asustado, preocupado y casi diría aterrorizado, en un nivel muy profundo de mi mente. Ahora ya no. A veces me siento muy frustrado, pero porque tú eres como eres, y has decidido que me quieres, soy capaz de digerirlo, recuperarme y seguir adelante. —Vaciló—. Lo que quiero decir es que creo que te amo.

A esto siguió un momento de silencio. Luego, con voz cambiada, Cathy dijo:

—Yo también estoy empezando a amarte, Ian. En una forma como nunca había experimentado antes, excepto con Dugal. Me siento cerca de ti. Hay entre nosotros una agradable intimidad. «Huesos de mis huesos, carne de mi carne» salvo que pienso que es más «mente de mi mente», si comprendes lo que te quiero decir.

—Así es —dijo Ian, y la estrechó fuertemente.

Por el momento, pareció que cualquier otra cosa que dijera estaría fuera de lugar, y Ian pensó que Cathy se habría adormecido, cuando la sintió preguntar:

—¿Supones que los draconianos se enamorarían?

—No sé —dijo Ian, sorprendido—. Tal vez... Pero no, pensándolo bien, lo dudo. Si realmente estaban en constante comunicación, lo más probable es que las relaciones fueran similares a las que existen entre hermano y hermana, o más bien, dado que todas las hembras eran de edad mayor, entre madre e hijo. Tú querías mucho a Dugal, pero nunca te enamoraste de él.

—Comprendo lo que quieres decir —dijo ella—. Lo mismo solía suceder en los «kibbutz», ¿no es así? Por lo menos de acuerdo a ciertas autoridades.

—Es verdad. También he oído lo mismo. Los niños criados juntos, como miembros de una gran familia, tendían a ser reflexivamente exógamos. Lo más común era que se casaran fuera de la comunidad. Y si realmente sucedió que los draconianos se expandieron a partir de un punto focal, entonces todos pertenecerían a una misma comunidad. La situación no parece conducir a lo que nosotros llamamos enamoramiento.

—¡Pobrecitos! —dijo Cathy—. No saben lo que se perdieron.

Un minuto más tarde estaba completamente dormida.

Poco a poco, los nuevos descubrimientos siguieron el proceso habitual: surgían con la fuerza de un volcán, y brillaron y florecieron durante un tiempo, si bien más prolongado que cualquier otro desde que los seres humanos llegaron al planeta, pero signados por el mismo destino de caer en la gris y obstinada masa de los problemas insolubles.

Sin embargo, alcanzar esa etapa insumió medio año. Al llegar a la mitad del tiempo de estadía, Ian se mantenía constantemente alerta gracias al estímulo de las nuevas sugerencias.

En los otros tres edificios idénticos no se hallaron cadáveres bien preservados, pero sí restos esqueléticos, lo mismo que en otros lugares, muchos de ellos con deformidades. Además, siguieron desenterrando más construcciones primitivas, bajo capas más y más superficiales, a medida que se alejaban del centro. Pasados dos meses, todos estaban de acuerdo en que ése podía haber sido el lugar en que los últimos sobrevivientes de la especie se reunieron para esperar la extinción.

Una de las razones que apoyaba tal hipótesis fue el hallazgo del esqueleto de una hembra añosa, con un embrión atrozmente deformado dentro de su cuerpo. No había rastros de órganos internos, y un predador, o un devorador de carroña, había estropeado bastante los huesos; pero quedó lo suficiente como para que la situación pudiera ser reconstruida por las computadoras.

—¿Será posible —preguntó Rorschach a Igor e Ian— que consideraran esas estatuas con algún tipo de pensamiento mágico? Tal vez, al verse morir a causa de una grave mutación negativa, erigieron las estatuas como una última y desesperada rogativa a poderes superiores. Algo idealizado, hermoso, lleno de encanto...

Ian se pasó la mano por la barba.

—Es una buena idea —admitió—. Pero no se adapta a la impresión que tengo de la psicología de los draconianos.

Igor lo miró.

—¿Por qué no? Hemos establecido que esos enormes cristales impresos, situados uno a la entrada de cada uno de los edificios, que puedes llamar templos si así lo deseas, resuenan con una misma intensidad, muy elevada. Para los draconianos, esto debe haber sido tan ensordecedor como una sirena.

—Así es, el «dibujo» es muy simple y claro —concedió Ian—. Pero la secuencia de su evolución parece contradecir esta hipótesis. Según todos los indicios, habían imaginado un fabuloso plan, se mantuvieron fieles a él durante tres milenios, y de repente su civilización sufrió un colapso en forma tan abrupta que en un abrir y cerrar de ojos estaban de vuelta usando los más simples y primitivos artefactos. No, realmente no puedo creer que si hubieran estado perturbados por creencias en seres

sobrenaturales, hubieran llegado a lo que hicieron. Realmente, me suena a falso la posibilidad de que a último momento aparecieran las ideas de dioses o como quieras llamarlos.

—A menos que tuvieran convicciones religiosas desde el comienzo, luego las descartaran y éstas quedarán en la memoria de su existencia como una curiosidad histórica —dijo Rorschach—. Eso explicaría porqué aparecieron en la última etapa.

—Siiii... podría ser. —Ian dudaba—. Lo agregaré a las hipótesis que manejan las computadoras, a ver si ellas pueden dar alguna señal al respecto. Pero no puedo, para ser honesto, asignarle prioridad.

—Ni yo te lo pido —murmuró Rorschach—. Lo que pasa es que por primera vez desde que descubrimos Ceniza, tengo tiempo para pensar. La gente está tan ocupada que no crea problemas administrativos.

—Más vale así —gruñó Igor—. Sería superfluo ponerse a plantear conflictos entre nosotros, dada la cantidad de enigmas que han volcado sobre nuestras espaldas los draconianos.

Continuaban apareciendo, de vez en cuando, destellos de interés inmediato. Nadine vino, encantada, a informar acerca de los resultados obtenidos al investigar las opiniones de Igor acerca de las plantas y su posible utilización para elevar el grado de humedad ambiente.

—Hemos revisado cuidadosamente todos nuestros datos sobre la vegetación —anunció— y no solamente tu teoría concuerda con lo hallado, Igor, lo que nos permitió determinar algo que había estado bajo nuestras narices todo este tiempo, sino que además tuvimos una sorpresa agregada.

La muchacha se les había acercado mientras estaban esperando impacientemente que las máquinas excavadoras extrajeran otra capa de un metro de tierra que cubría las piezas. A esta profundidad, la materia vegetal en descomposición se hallaba tan comprimida que se había transformado en un elemento similar al lignito, en su camino hacia la metamorfosis que daría carbón. La tarea, por lo tanto, proseguía lentamente.

—Bien. Cuéntanos. — Invitó Igor, reclinándose contra el riel que rodeaba el pozo, ahora enorme.

—Primero, descubrimos que hubo una explosión genética en la vida vegetal, hace algo así como cien mil años. — Nadine hizo una pausa.

—¿Quieres decir —aventuró Cathy— que por alguna causa la vida animal y vegetal mutó?

—No, eso sería aventurarse demasiado. Lo que sí creo es que hay buenas pruebas de que los draconianos practicaban el crecimiento selectivo de determinadas cosechas. Era de esperarse, dado el uso que hacían de la bioelectrónica, pero por alguna razón no buscamos antes rastros semejantes. Igor, te estamos agradecidos.

Éste hizo un gesto con la mano, como para alejar el cumplido. Ian dijo:

—¿Ustedes se refieren a algo así como el proceso que hizo evolucionar al pasto hasta llegar al trigo?

—Exactamente, pero a algo más también. Déjame continuar. Es algo más que la prueba de una cosa que debimos buscar antes. En los cadáveres hallados aquí había todavía suficiente sustancia inalterada como para investigar algo —Nadine Había hecho un gesto indicador hacia los edificios que ahora recibían el nombre de «templos» a pesar de las opiniones en contra de Ian— y hemos realizado estudios comparativos entre el plasma germinal de los draconianos y el de la fauna contemporánea. ¿A que no adivinan lo que hallamos?

Los otros intercambiaron miradas inexpresivas. Ian sugirió:

—¿Pruebas de crianza selectiva de animales? Pero seguramente ustedes esperaban hallar algo así. Sabemos que los draconianos eran fundamentalmente herbívoros, pero eso no impide que criaran animales domésticos, o lo que podría asemejarse a nuestras vacas lecheras.

—¡Sí, por supuesto que hallamos pruebas de eso! —Nadine hizo un gesto de impaciencia—. ¡Pero ahora sabemos que deliberadamente modificaban las plantas y los animales para usarlos como herramientas!

Esto produjo un asombrado silencio entre los que escuchaban. Finalmente Ian dijo:

—¿Cómo pudieron...?

Me temo que la explicación va a ser excesivamente técnica —admitió Nadine—. Dejé a Lucas tratando de pensar cómo se puede lograr que una persona no especialista en este campo entienda todo esto, Porque queremos que Igor sea el primero en tener noticias de este descubrimiento. Básicamente, sin embargo, lo que quiero decir es que en distintas especies, tanto animales como vegetales, hemos hallado órganos que parecen tener poco o ningún propósito evolucionista. Ustedes ya saben que tenemos aparatos que toman muestras del agua automáticamente, y que se desplazan con las corrientes oceánicas, para estudiar la vida acuática. Hemos analizado los datos lo suficiente como para tener una buena idea de cómo funcionó aquí la cadena de evoluciones: a veces en forma sorprendentemente similar a la nuestra, a veces tomando inesperados atajos o desvíos, en otras, saltando una etapa que en la Tierra dio origen a todo un complejo de formas vivas. Bien, se me ocurrió —y aquí Nadine tosió modestamente— comprobar si estos órganos anómalos, que no aparecen en formas más primitivas en los embriones, podían ser sensibles a los campos eléctricos. Lo son. Tenemos toda una variedad de diferentes plantas en el laboratorio, y ahora mismo Lucas está sometiéndola a la acción de «dibujos» derivados de los impresos en los cristales, Ian, y reaccionan.

—¡Eh! —fue la exclamación de Ian—. Salgo para allá ahora mismo. Ustedes

avísenme si encuentran algo igualmente importante. No. ¡Por lo menos diez veces más importante!

—Sí —dijo Lucas en tono didáctico—. Nadine tiene razón. Parecería como si estas plantas que aquí vemos fueran tal vez descendientes de la primitiva contrapartida del sistema bioelectrónico que hallamos en la Luna.

Señaló la gran muestra de plantas que se hallaban sobre la mesa del laboratorio, en el extremo del cuarto. Éstas, colocadas en simples envases de plástico, eran una colección poco exótica de especies comunes, pero dos aparatos electrónicos se deslizaban por un riel situado por encima de ellas, en forma similar a la que se moverían los extremos de grabar y escuchar en una grabadora a cinta, mientras ésta permaneciera quieta. Una computadora situada en la otra pared permitía ver claramente lo que sucedía. El primero de los aparatos emitía un campo eléctrico sobre las plantas, de acuerdo a un «dibujo», elegido al azar de los cristales impresos. El segundo, que pasaba un minuto después, detectaba que el campo había sido impreso en las plantas y resonaba en los misteriosos órganos, no relacionados con ninguna necesidad evolucionista que Nadine había mencionado antes.

—Muy interesante —dijo Ian pensativamente y se acercó para mirar más de cerca. Lucas le advirtió:

—¡No! Por favor, mantente a distancia. No puedes verlo desde aquí, pero estamos rociando el conjunto de plantas con una fina cortina de agua, algo así como una niebla en miniatura para mejorar la conducción. No quiero que un pilar de dos metros de líquido cause interferencias en el campo.

Ian sonrió. Luego de una pausa, dijo:

—Dime, ¿has pensado qué utilidad se le habrá dado a estas plantas?

—Sé razonable —le contestó Lucas—. Acabamos de descubrir que este fenómeno existe, es todavía demasiado pronto como para comenzar a hacer deducciones acerca del mismo.

—Me preguntaba para qué podían servir los nichos que hemos encontrado en las paredes, en las ciudades. Todos tienen restos orgánicos. ¿Podían tener algo que ver estas plantas?

Lucas hizo un gesto reflexivo. — Es una buena idea —dijo—. Nadine, querida ¿podrías hacerme el favor...?

Pero la muchacha ya estaba manipulando la computadora.

Dos minutos más tarde, tenía la respuesta. — Tendríamos que hacer que algunas muestras se descompusieran, o secarlas en una estufa, o algo así para simular el proceso de envejecimiento. Pero si me pides que te aventure una posibilidad, pienso que hay buenas probabilidades de que plantas como éstas se hubieran colocado en tales nichos.

—¡Ajá! —Lucas miró a Ian con respeto—. Me han dicho una y otra vez que

tienes extraordinarias ideas, pero ésta es la primera vez que me has favorecido con tu talento. Estoy realmente impresionado. ¿Qué fin te parece que perseguirían?

Ian hizo un gesto con las manos, sonrojándose... en contra de su voluntad, por supuesto, pero le parecía que éste iba a ser un reflejo que lo acompañaría hasta el fin de sus días.

—Se me ocurren miríadas de posibilidades. Por lo que respecta a las del interior, por ejemplo... bueno ¿qué te parece la idea de usarlas como amplificador de señales naturales? Tal vez necesitaran sistemas de comunicación, o de procesamiento de datos, tal como nosotros usamos los teléfonos, por ejemplo. Ahora bien, las situadas en el exterior podrían ser detectores del tiempo, o indicadores viales, o señales para las personas que visitaban la ciudad. Tal vez identificaran una determinada dirección, o dieran noticias de importancia general, o... —Se interrumpió, sonriendo—. Sigue tú, ¡por favor!

Lucas se rió entre dientes.

—Sí, veo bien lo que quieres decir. No debemos apresurarnos a sacar conclusiones... Pero de todos modos tenemos algo realmente concreto para trabajar. Sería magnífico si pudieras descubrir algo acerca del lenguaje. —Echó una mirada aguda a Ian—. ¿Estás haciendo algunos progresos en ese campo?

—Me temo que no. He dejado esa tarea a las máquinas ¿sabes? Revisar cada uno de los cristales que se hallan en buenas condiciones, para tratar de hallar el tipo de «dibujos» que pudieran darnos una clave al presentarse en contextos idénticos sería trabajo difícil para un grupo de cien expertos. ¡Para mí, trabajando virtualmente solo, es casi ridículo! Pero hay algo que se torna más y más claro. —Frunció el ceño.

—¿Qué? —preguntó Nadine, parándose a su lado.

—Existen asombrosas semejanzas entre los cristales. Casi se podría creer que eran originariamente idénticos, y que sólo los ha alterado el paso del tiempo.

—Pero yo creía... —dijo Lucas, y se interrumpió, mordiéndose el labio.

—¿Creías que había grandes variaciones entre uno y otro? ¡Yo también! —dijo bruscamente Ian—. Lamentablemente parece que gran parte de las diferencias se deben, o por lo menos, parecen deberse, al efecto piezoeléctrico, que ya conoce creo.

Ambos asintieron con la cabeza.

—La presión constante de distintos pesos, ha superpuesto una serie de señales en cada cristal. Ahora bien, una vez que he podido programar a las computadoras para que eliminaran esta situación no deseada por los draconianos, todas las aproximaciones me colocan más y más cerca de la identidad subyacente. ¡Es verdaderamente enervante! Prueba una cosa: no nos hallamos frente a libros, ni a música. Pero ¿frente a qué, entonces? ¿Se les ocurre alguna idea? Lo consideraría un buen intercambio.

Lucas y Nadine se miraron. Finalmente, Nadine dijo:

—Pero si originariamente eran idénticos, ¿por qué tantos?

—¡Eso me preocupa!

Lucas sacudió la cabeza. — No, no se me ocurre ninguna idea. Todo lo que puedo ver actualmente es mi propio problema.

—Creía que acababas de solucionarlo —dijo Ian con una sonrisa.

—Bueno, tal como sucede siempre, tenía otro bien sujeto por la cola. — Lucas se apoyó en el banco más cercano, y sus rollizas nalgas se deformaron al presionar contra el metal.

—Hasta ahora, la más factible de las teorías sobre la suerte corrida por los draconianos es que fueron exterminados por una mutación negativa ¿verdad?

—Realmente, así es —dijo Ian.

—En tal caso, y dado lo que acabamos de demostrar sobre sus conocimientos de genética: su capacidad de modificar los animales y las plantas para usarlos como instrumentos científicos ¿cómo pudo ocurrir que no fueran capaces de controlar una mutación en su propio plasma germinal, que fuera obviamente capaz de exterminarlos?

Lucas sacudió la cabeza, con una expresión de incredulidad.

—¡Para mí, esto no tiene sentido! ¡Ni el más mínimo!

La lava ardiente de las nuevas ideas se había solidificado en una masa triste y gris, aproximadamente para la misma época en que comenzó la estación de las lluvias. Hubo que levantar una triste y enorme carpa inflable sobre Carbón. El ruido de la lluvia, que caía constantemente, y que duraría por lo menos cuarenta o cincuenta días, no era bienvenido, pero era inevitable. Parecía el ruido de los tambores en los funerales.

Rorschach determinó, por lo tanto, que era tiempo de volver a la base, y de mantener allí la conferencia mensual, en el sol candente del cual tanto se habían quejado, pero que por lo menos no los llenaba de melancolía.

Tal como era habitual, su apreciación de la situación fue correcta. Cuando se reunieron para la primera sesión de conferencias, todos parecían estar más contentos gracias a los pequeños lujos que no tenían en la base temporaria, tales como las máquinas limpiadoras ultrasónicas, que evitaban que tuvieran que lavar la ropa a la antigua, con jabones y detergentes; camas más cómodas que los colchones inflables y una variedad mayor de platos para elegir que los que proveían las máquinas conversoras portátiles.

En este contexto, tan familiarmente similar al de la lejana Tierra, los informes iniciales de progresos parecieron más impresionantes. Era como si en el sitio de excavación la sensación dominante fuera la del pasado. Aquí se podía descubrir una esperanza de futuro.

Ian aguardó hasta que llegara el momento de presentar su informe, y luego repitió lo que ya dijera a Nadine y a Lucas. No le pareció mejor que antes, pero trató de conformarse con el hecho de que aún los conocimientos negativos eran útiles.

Cuando todos terminaron de decir lo que pensaban, Rorschach bebió un sorbo de cerveza de un jarro que Karen, en un momento de entusiasmo, había mandado hacer al descubrir que esta conferencia coincidía con su quincuagésimo quinto cumpleaños, y dijo, divertido:

—Cuando los escucho, hay algo que me llama la atención.

Todos lo miraron, expectantes.

—Hablan como si hubieran llegado a un callejón sin salida, en todas las áreas. Esto me asombra. A mí me parece, más bien, que están continuamente haciendo nuevas proposiciones.

—Valentín —llamó Igor con un ademán.

—¿Sí?

—Tal vez tengas razón. —El arqueólogo jefe se inclinó hacia adelante, haciendo un gesto como quien sostiene una copa en las manos—. Naturalmente, como resultado del descubrimiento de esos espléndidos edificios, que por consideración a

Ian no llamaré templos... Como decía, como resultado de esto, hemos realizado grandes progresos, pero...

Tomó un sorbo de vino antes de proseguir.

—*¡Pero!* —volvió a repetir— nos hallamos en un círculo vicioso. Es verdad que sabemos mucho más de los draconianos que hace seis meses atrás, y que podemos decir que hemos tenido suerte, lo que equivale a afirmar que mantuvimos nuestros ojos y nuestras mentes bien abiertas, respondiendo adecuadamente cuando algo aparecía. Por otra parte, sin embargo, precisamente porque hemos llegado a registrar tantos datos nuevos, nos hallamos frente a una enorme serie de nuevas posibilidades. Cada uno de nosotros, a nuestra manera, enfrentamos el mismo problema que Ian: mientras nos limitemos simplemente a recoger datos, sin un marco adecuado donde colocarlos, vamos a sentirnos más frustrados que contentos. Por lo tanto, deseo proponer que replanteemos el plan de Ian para construir un draconiano simulado, y veamos si ello nos ayuda a hallar una buena hipótesis de trabajo, de acuerdo a sus recomendaciones, para confrontarla con los datos que actualmente poseemos.

—*¡Apruebo la moción!* —dijo Cathy sentada al lado de Ian.

—Antes de invitar al resto del grupo a comentar esta idea —dijo Rorschach—, ¿qué piensas tú, Ian?

Ian se mantuvo un rato en silencio antes de responder. Luego dijo:

—Estoy de acuerdo, si el resto del equipo no piensa que nos va a llevar mucho tiempo, distrayéndonos de los trabajos en Carbón.

Ruggiero levantó la mano. — No veo cómo podría suceder eso —dijo—. Igor tiene razón: acumular una pila de datos es ridículo. Pienso que ahora tenemos suficientes como para empezar a armar un esquema coherente. La idea de Ian me parece la única válida.

—¿Hay alguien que se halle completamente en contra? —preguntó Rorschach, y cuando nadie habló, continuó—: Está resuelto, entonces. Achmed, Karen ¿pueden encargarse de determinar qué logros se han realizado en nuestra idea de diseñar un nativo simulado, e informarnos mañana? Podemos constituirnos en forma de comité de medios y significados, para estimar cuánto puede tardar el proyecto. Ian ¿cuánto piensas tú que deberás permanecer con... con tu disfraz?

Ian se encogió de hombros. — Tal vez un mes o dos, tal vez más. Pero si abandono es porque realmente no veo salida posible. Literalmente, no tengo idea de qué puedo hacer después. Cuanto más estudio los cristales impresos más me convenzo de que si no fueron absolutamente idénticos desde el comienzo, el tiempo ha borrado las informaciones importantes. Así que es mejor que diga que deberé tomarme todo el tiempo que sea necesario.

—Lamento contrariarte —dijo Lucas suavemente— pero no deberás aislarte de nosotros por tiempo indefinido. Lo siento, simplemente no puedo permitirlo. Serás

sometido a constante control y examinado médicamente a intervalos regulares y frecuentes. Por lo menos, digamos, una vez al mes. Y, desde donde estés, deberás hacernos señales diariamente. Por otra parte ¿adónde irás? Es indudable que en Carbón hay demasiado alboroto.

—Sí, por supuesto —dijo Ian—. Iba a elegir Ceniza. Se halla igualmente bien preservada, y hace bastante tiempo que no se efectúan allí hallazgos de importancia, así que no *habrá* problema en retirar las máquinas por un tiempo. Sí, creo que iré a Ceniza.

—Pienso que tal vez debamos construir dos simulacros —dijo Cathy—. Ian ¿no será más fácil así? Quiero decir... esta gente interactuaba constantemente unos con otros, y estando solo...

—¿Contigo adentro del otro aparato, quieres decir? —Ian se interrumpió. Movi6 negativamente la *cabeza*, mientras sonreía—. No, lo siento. Si algo puede sacarse de esto, cosa de la cual no estoy seguro, tendré que lograrlo solo. Si tengo a otro «draconiano» simulado cerca, que está pensando en términos humanos, puedo llegar a perturbarme. Y particularmente si eres tú, bueno... eso puede llevarme a muchas distracciones.

—Lo siento —dijo Cathy, recostándose en la silla—. Pero veo lo que quieres decir.

Cuando se llamó a todos por los nuevos descubrimientos en Carbón, se había llegado a un plan en base a los datos de las computadoras, que estaban programadas para compilar todos los nuevos *hallazgos* y realizar el simulacro. Por lo tanto, ya habían incorporado las nuevas informaciones basadas en las cuatro estatuas y cuando esto se incluyó en los resultados, hallaron que el diseño estaba completo, salvo uno o dos toques finales. Inevitablemente, debía limitarse a la fase masculina, pues la reconstrucción, hecha por computadoras, de la hembra añosa recientemente hallada, reveló lo que Nadine sospechaba desde hacía largo tiempo: cuando se encontraba fertilizada y grávida se tornaba virtualmente inmóvil, capaz de desplazarse sin ayuda solamente a cortas distancias. Gran parte de la fauna contemporánea siguió el mismo camino, así que esto era poco sorprendente.

Indudablemente, había todo tipo de interesantes implicancias en lo que Ian planeó averiguar cuando se lanzó a su aventura solitaria para internarse en la mente de otra raza, extinguida desde hacía largo tiempo.

Gradualmente el simulacro comenzó a tomar forma; primero construyeron el esqueleto con sus articulaciones ingeniosamente unidas, y luego colocaron dentro una especie de cuna, para que sirviera de apoyo a Ian, y una fuente de energía en miniatura, capaz de hacerla andar indefinidamente, siempre que recibiera por lo menos cuatro horas de sol directo por día. En esto no pudo ayudar Ian, salvo probarse el artefacto de vez en cuando, tal como se haría con un uniforme. Las semanas

siguientes pasó la mayor parte del tiempo siendo repetidamente hipnotizado por Lucas; primero con una droga y luego sin la ayuda de ella. Resultó ser un buen sujeto.

Luego hubo que enfrentar el problema de la interacción máquina-ser humano. Era muy difícil idear una forma de hacer sentir a Ian el movimiento de seis miembros en vez de cuatro, pero Nadine sugirió una solución. Hablando en términos de evolución, los apéndices para manipulación de los draconianos no eran piernas, sino más bien labios, alterados más o menos en la misma forma en que la nariz del elefante llegó a transformarse en una trompa. Nadine sugirió que las extremidades anteriores, si bien mecánicas, se pusieran en relación con la cara y la barbilla de Ian, proposición que él aprobó rápidamente.

Esto sin embargo significaba que los cuatro miembros de Ian estarían inmóviles y eso preocupaba mucho a Lucas. Se angustiaba por la posibilidad de una atrofia, de heridas, de calambres. Había soluciones para todo, pero no disponibles en cualquier momento.

Fue Ian mismo quien sugirió que en los sensores que iban a estar en comunicación con su piel, para informar acerca del frío, del calor y de otros datos táctiles, se incorporaran pequeños estimuladores basados en aquellos que se usan para mantener el tono muscular en las personas permanentemente paralizadas. Las pruebas demostraron que eso era posible. Durante un período de cuarenta y ocho horas, se mantuvo un buen tono y una excelente circulación. Emergió del aparato algo envarado, pero, por otra parte, muy satisfecho.

Luego hubo que solucionar el problema de lograr que reaccionara a los campos eléctricos en una forma similar a un animal nativo. Ruggiero pasó mucho tiempo cuidando ese aspecto, y produjo triunfalmente una maravilla de la tecnología: sensores y generadores que literalmente bañaban a Ian en su propio campo y lo hacían sensible a todas las cosas visibles pero ignoradas, como nuestra nariz, por ejemplo; estos aparatos iban combinados con pequeñas almohadillas chatas diseñadas para descansar sobre su piel desnuda, señalando la presencia de corrientes del ambiente en forma de presión.

La precipitada idea de Rorschach de hacer uso de la respuesta magnética de la retina se descartó, considerándola potencialmente muy peligrosa, pero desde el descubrimiento de las cuatro estatuas fue evidente que los draconianos poseían un agudo sentido de los colores y que lo consideraban muy importante. Fenómeno tal vez paralelo a la forma en que los humanos sentimos el tono y el timbre: no el más importante pero sí uno de las principales modos de obtener información del medio que nos rodea.

Cada vez que Ian se «colocaba» el simulacro, informaba a Lucas acerca de la forma en que respondía a los estímulos sensoriales, y Lucas seleccionaba los aspectos

que podía reforzar por medio de la hipnosis. En poco tiempo, menos de tres meses, Ian comenzaba a soñar de un modo que jamás había experimentado antes. Al despertarse, recordaba no las imágenes visuales sino sensaciones de calor, frío, presiones cercanas al dolor, que sin alcanzarlo constituían un contexto muy perturbador. Y muy interesante, además.

La noche antes de que el simulacro se sometiera a la prueba final: la permanencia en Ceniza durante un mes, Cathy le dijo a Ian, en la intimidad de la oscuridad en que estaba sumido el cuarto que compartían:

—Ojalá pudieras hacerme comprender qué es lo que sientes. Te estoy teniendo envidia.

—Si pudiera explicártelo, lo haría —le respondió Ian—. Espero de todo corazón que dentro de un tiempo seré capaz de describirte lo que siento. Por ejemplo, ya puedo hacer ciertas analogías.

—Cuéntame, por favor.

Ian vaciló, y luego se rió entre dientes. — No sé si lo que voy a decirte puede experimentarlo también una mujer, lo que me hace pensar que todo mi proyecto pueda ser ridículo, puesto que pretendo sentir como un draconiano y no soy capaz de imaginar algo muy simple sobre el otro sexo de mi propia especie.

—No te vayas por las ramas ¿quieres? —le dijo Cathy, pellizcándole el brazo.

—¿Me creerías si te digo que ese pellizcón se siente sólido, permeable y de una masa de ochenta kilogramos, a diez centímetros de distancia?

La muchacha silbó en silencio:

—¡Ay, ay, ay! ¿Hablas literalmente? ¿Así es como tú lo sientes?

—Sí. Sin haber sido puesto en trance hipnótico.

Cathy vaciló un rato, y luego dijo:

—Estaba hablando de ti con Karen, los otros días. ¿Es verdad que cuando la encontraste por primera vez le dijiste que tu mente parecía una casa embrujada?

—Así es. No en forma terrorífica, sin embargo. Digamos más bien que puedo sentir los medios tonos. Los ecos. Las distintas implicancias. —Hizo un gesto vago como para incluir numerosas posibilidades—. Pero nunca soñé que pudiera hacer tantas asociaciones cruzadas de un sentido a otro, tal como puedo hacerlo con el simulacro de draconiano.

—Te creo —murmuró la muchacha—. ¿Qué era lo que dijiste que no sabías sobre las mujeres?

—¡Oh! —Ian rió francamente—. Cuando tienes que esperar un largo rato antes de alcanzar el placer, ¿sientes algo así como un dolor al revés, cuando finalmente llega?

—¡Sí! —Cathy se sentó súbitamente en la cama—. ¡Entiendo lo que quieres decir! «Dolor al revés». Nunca lo hubiera podido expresar de esa forma, pero es exactamente así. ¿Quieres que te diga una cosa?

—¿Sí?

—Si eres capaz de captar una sensación tan agudamente, en una excelente descripción como la que acabas de dar... Bueno, creo que no tengo más de que preocuparme —dijo pensativa—. Tal vez sea una injusticia; de hecho, en realidad, sé que lo es, pero me intrigaba cómo harías para explicarnos los resultados de tus experimentos si realmente comenzabas a pensar como un draconiano. Pero me has dado un buen ejemplo. Estoy realmente contenta: esto me ha quitado un peso de encima.

—Ese «dolor al revés» —dijo Ian— indica la presencia de una masa tremenda con bajo magnetismo alrededor, tal como sucede en un edificio grande. Lo he sentido muchas veces muy intensamente en el refectorio... ¡Demonios!, ¿qué hago pensando en todo esto? Debería estar haciendo algo que no voy a tener oportunidad de hacer en varios meses. Algo enteramente diferente.

Se acercó a ella. Un rato después, Cathy le dijo al oído:

—Por lo menos, estoy segura de algo. No importa cuán eficiente sea el simulacro de draconiano, no me vas a dejar por alguna viuda draconiana, ¿no es así? De todas maneras, trata de ver si hubo algo que pudieran haberle enseñado a los humanos a este respecto.

Penetró en un universo totalmente diferente.

Durante un tiempo se mantuvo expectante, elaborando la impresión que le causaba el medio circundante, en el lugar llamado Ceniza.

Pero no se llama así. No tiene nombre. Más aún, yo no soy Ion Macauley. Yo soy «Yo» pero en cierto sentido, menos que eso. Otros fluyen hacia mí e interactúan, aunque no estén presentes.

Trató de hacer que su mente evitara la contemplación de todo lo que se relacionara con lo humano (si bien un draconiano no tenía, *a priori* concepto alguno sobre otro tipo de inteligencia, por lo que consideraría lo que nosotros llamamos humano como parte de sí mismo) y pasó varios minutos explorando sus alrededores sin moverse. Estaba casi oscuro, sin embargo sabía exactamente lo que había. Con sorpresa vio que las paredes y el piso producían sensaciones, mientras que el techo no.

¡Ajá! ¿Por qué? Ah, ya entiendo: trazas de hierro en el material usado para la construcción.

Cuidadosamente evitó pensar *qué utilizaron para la construcción*. Todo el propósito de este experimento era erradicar de su pensamiento los elementos en relación a una especie determinada que no visitaría este planeta hasta los próximos cien mil años.

Cuando comprobó que, a pesar de la poca luz reinante, sabía la localización de las paredes y la entrada, con una aproximación de un centímetro, o algo así, cerró los ojos y halló la entrada a esta última sin ayudarse con el tacto, sino gracias a las sensaciones de cosquilleo y suave presión que llegaban a su piel y nervios por medio de los aparatos miniaturizados de su... *cuerpo*.

La práctica que había hecho en la base fue muy útil. Su tamaño era un poco grande, en comparación con el de los desaparecidos habitantes de la ciudad, pero se mantuvo en un rumbo preciso a través del umbral de la puerta, donde hizo un alto para obtener otra investigadora captación de todo lo que lo rodeaba. No chocó con las paredes, ni siquiera levemente, aún con los ojos cerrados.

Éste era su talento especial; lo que él podía hacer mejor tal vez, que cualquier otro ser humano: aprender otra forma de pensar. Pero hasta el momento, todas esas otras formas habían sido, básicamente, humanas, y consecuentemente no lejos de sus habituales procesos mentales. Podría ser un pensamiento lleno de dioses y de espíritus perversos, también de erróneas nociones sobre la naturaleza, pero se alcanzaban por un simple proceso de despojamiento de la sofisticación moderna, sustituyéndola por una ingenuidad artificial. Todavía existían manos, ojos, barriga, gónadas.

Ahora era necesario desprenderse de todo y encontrar, en su lugar, sentidos, placeres y displaceres totalmente extraños. Tal vez eso fuera imposible.

De todas maneras, el comienzo era bueno.

Había salido de un edificio pequeño, cuya utilidad se desconocía, situado hacia el lado Oeste de un gran espacio abierto. Tal vez hubiera sido un mercado, porque bajo la capa de residuos volcánicos se habían hallado rastros de sustancias vegetales. Uno podía imaginarse la existencia de algún tipo de mostrador, sobre el que se exhibieran plantas... ¿para la venta?

Ésa es una buena pregunta. ¿Cómo organizaba esta gente su intercambio? ¿Comerciarían? Parece probable. Aquí, en el centro de una ciudad, con pavimentos de pegamento y cascajo, tenían que conseguir la comida. Comían vegetales. Pero no se pueden hacer crecer plantas para alimentar a un millón de personas, aproximadamente, hasta una distancia de varios kilómetros...

Corrigió su pensamiento. Un kilómetro era una medida sin significado ahora. Se debería sustituir por algo así como «la distancia que puedo recorrer en un cuarto de jornada de camino» o algo por el estilo.

Sus ojos estaban cerrados todavía, pero podía distinguir el cambio desde el interior al exterior. Por sobre su cabeza, nada; pero abajo de él había otra superficie, con sensaciones distintas a las que recién había experimentado. (Pensó en un despertar, puesto que los draconianos debían dormir, ya que los animales contemporáneos lo hacían. Lucas lo había entrenado exhaustivamente sobre la inevitable incidencia del sueño entre las criaturas con sistemas nerviosos organizados en forma muy complicada).

...Un momento. ¡No existe nadie que se llame Lucas!

Cerca de su espalda se hallaba la pared del edificio por cuyo portal había pasado. Hacia la derecha, izquierda y enfrente había otras paredes, también con portales, que daban a calles o callejuelas, que podían recorrerse (y aquí trató de imponerse conscientemente la noción de cuatro miembros inferiores, en vez de dos). Recibía de todo esto, permanentes sensaciones, parecidas al radar, pero diferentes en que no eran pulsátiles, con diferencias entre emisión y recepción, sino una simple sensación de existencia continua.

Pensó, maravillado: *¡Oh!, han hecho un magnífico trabajo.*

Y luego abandonó la idea, conjuntamente con todo tipo de recuerdo de los seres humanos.

Más tarde se planteó un problema difícil.

¿A quién debo agradecer el haber sido creado así?

Pero era demasiado pronto para comenzar a investigar los aspectos más sutiles y menos conscientes. Había trascurrido muy poco tiempo como para preocuparse por las relaciones filiales. Era suficiente tratar de imaginarse lo que pasaría en este

mercado.

Mucha gente. En vez de la señal de la pared distante, la presión del movimiento y del cruzarse... ¡bien! Debe de haber sido algo así. (Sintió un estremecimiento en la mente, que se relacionaba con un cosquilleo en la piel, en un contexto que tenía algo de comprensible). ¿Alguna referencia al hambre, tal vez? Si aquí se vendían alimentos ¿vine para interrumpir el ayuno de la noche?

Consideraré esto como perfectamente posible, pero no comprobado.

Ahora, habiendo completado el cuadro imaginario, abrió los ojos a la realidad presente: una extensión blanco grisácea de terreno, que recibía de pleno la luz del sol. Soledad.

Sin embargo, no inactiva. En los alrededores, en esta estación, el tiempo era clemente: la humedad alta, la conductividad excelente. No habían tensiones eléctricas en las nubes, a baja altura. En una palabra: bueno.

Comenzó a moverse y, al azar, eligió salir del espacio abierto en dirección Sur. Después de un rato se dio cuenta de que se dirigía hacia abajo, hacia un nivel en donde las excavaciones habían revelado la presencia de lo que alguna vez fue un río. Los draconianos solían tener un río corriendo dentro de sus ciudades. Mientras caminaba, trató de imaginarse las plantas modificadas, colocadas en los nichos, que le señalaban... ¿direcciones? ¿Le daban noticias? Información de algún tipo, posiblemente.

Pero ahora el río estaba seco. Su curso había sido alterado por la lava del volcán... ¡un momento! *Eso no sucederá hasta dentro de siglos. Ahora es un río, es agua. Tengo impulsos correctos porque estoy seguro, absolutamente seguro de que no teniendo necesidad de hacer otra cosa, me dirigiría hacia una zona húmeda.*

Y luego, una pregunta que más tarde se tornó crucial:

¿Cuándo no tendría necesidad de hacer otra cosa?

Otra sutileza que debía dejarse para otro momento de su experimento.

Los días pasaron, y gradualmente su concepto de la vida, como draconiano, se redondeó, se llenó de detalles, se tornó colorido. Fue capaz de descartar palabras de su pensamiento y reemplazarlas por «sensaciones cosquilleantes iguales a...» pero en general no se daba cuenta de que esto estaba sucediendo, excepto durante una hora, todas las noches, en que por órdenes poshipnóticas, regresaba a su «hogar», comía alimentos humanos, y utilizaba un aparato propio para comunicarse y aclarar que estaba bien y se sentía feliz.

No hablaba, ni siquiera entonces. Simplemente apretaba un botón que activaba sensores remotos de su cuerpo, y un control general de sus impulsos llegaba a la estación del satélite, y de allí a la base.

La más importante de las preguntas, luego de pasados los primeros diez días, aproximadamente, era simple pero increíblemente difícil: *¿Qué haré?*

Inicialmente aceptaba que los draconianos pensaban, reflexionaban, consideraban e inventaban más que (mejor reprimir este pensamiento) los seres humanos. Tal vez debería entonces tomarse tiempo para pensar en un plan, tratar de llevarlo a cabo y ver si lograba éxito a la primera prueba.

Pero otras sensaciones adicionales se conglomeraron formando un conjunto y aparecieron nuevas ideas.

¿Aparecieron?

En todos los lugares donde, obviamente, había existido una intensa actividad (¿mercado? ¿laboratorio? ¿librería?...) trató de recordar que existían machos activos, hembras pasivas y...

(Cada vez podía recurrir menos a las palabras; la transición a símbolos que no eran símbolos, pero que traían a la conciencia sensaciones físicas reales, iba progresando lentamente y la experiencia era extraña pero muy interesante).

Y yo mismo voy a lograr ese cambio.

¿Amigos? Sí, por supuesto. O sea, personas cuya actividad electromagnética me es conocida. Quince días, casi veinte (si bien creo que debo contar con base dos) y nunca hablé con nadie: ¡simplemente interactué!).

Una noche de terrores, de horrible, inexpresable soledad.

Sé quién soy. Súbitamente estoy seguro de quién soy yo. Soy neutro. No es extraño que mis amigos no me quieran hablar en este período.

He vivido la parte activa de mi vida. Todo lo que podía hacer con completa movilidad, está hecho. Cada vez estoy más lento y más torpe en los movimientos (siento que me desplazo con dificultad, experimento dolores profundos, en mis huesos, que me penetran como cuchillos), a pesar de...

¿Lo traté de retardar? Sí, creo que sí. Actualmente existe una medicina moderna y eficaz, practicada solamente por mis amigos, los machos activos. Antiguamente se consideraba que había que padecer sin escapatoria todos estos problemas de la transformación. Ahora, nada es sin escapatoria. Hemos llegado a la Luna, realizamos lo que podrían considerarse milagros, pero que han sido científicamente planeados.

Sí, pero a pesar de todo, existe un límite. ¿Y luego, qué?

Se extrañó ante estos pensamientos. Los consideró y finalmente se sintió tan frustrado que hubiera deseado llorar... sólo que no era llorar. Las lágrimas eran de importancia secundaria. En vez de llanto, una manifiesta alteración del campo electromagnético. ¡Causa de que otros se apartaran! ¡Sí, sí! ¡Cólera!

Pero, una vez más: ¿Qué cabía esperar? Indudablemente, algo: algún consuelo. (¿Qué era eso? ¿Compensación...? Algo así como un cosquilleo en el cerebro: ¡uno no se puede rascar aunque se muera de ganas!).

Observó que el uso de «uno» en vez de «yo» resultaba mucho más apto.

Si bien estaba resignado a completar su vida en una forma rígidamente sésil,

pasaba largas horas a la vera del río seco, entre plantas extinguidas hacía largo tiempo que se aferraban a sus asentamientos en el lodo; sintiendo, gracias a un esfuerzo de la voluntad, la suave caricia de la corriente, acercándose lentamente hacia la aceptación de la senilidad... si bien no completamente aún. Entre este momento y ese devenir debería existir algún clímax, alguna gratificación por el sacrificio de la actividad, alguna recompensa, algo...

A menudo se sentía mareado, desorientado, perdido. Hasta que fue adecuadamente tratado, había sufrido migrañas durante su infancia. Conocía, por lo tanto, la repetición obsesivo-compulsiva de una frase, sin significado especial, que se asociaba típicamente con el comienzo de su aura. Ahora se sentía furioso por una serie de conceptos que revoloteaban alrededor de un centro: recompensa, compensación, retribución, justo precio, mirar hacia atrás y sentirse satisfecho (una mezcla de seguridad y aprehensión, en extraña combinación).

¿Seguridad?

Frustración, no debido al cambio de vida que es la suerte común a todos, sino a que no tomé las debidas precauciones.

¿?

Estos sentimientos parecían escapársele, como un pez resbaladizo se escurre de las manos, como la insensata búsqueda del jarro de oro que se supone existe donde termina el arco iris. (¿Jarro de oro? No tiene sentido. Sé lo que es un jarro, pero el oro es para usar: es un espléndido conductor, pero no me importa que sea amarillo, porque lo básico es que siento su esencia íntima). O como esas extrañas criaturas en forma de globo, que se dirigen tierra adentro con la brisa matutina, y retornan a la costa luego de la puesta del sol.

Frustración que se prolongaba días y días, y que llevaba a pensamientos de: competencia, estar acabado, ser manejado... pero ¡un momento! Nosotros no hacíamos eso ¿no es verdad?

¿No lo hacíamos?

Veamos una vez más, por más que el recomenzar nos duela: Empezamos como niños, llegamos a machos activos, pasamos por un estado neutro que dura alrededor de un año, luego sigue un lapso mucho más corto de hembras fértiles, después: la senilidad y finalmente...

¡AHORA COMPRENDO!

Pero aparecieron extrañas criaturas frente a él, y se alejó aterrorizado. Cosas como plantas que se movían: seres de posición vertical, horribles, con pocos miembros, balanceándose en forma extraña sobre dos tallos que se apoyaban y levantaban alternativamente, acercándose *a él* a pesar de que trató de huir. Lo alcanzaron, rodeándolo, produciendo extrañas vibraciones atmosféricas sin sentido y...

Se hallaba en la enfermería, en la base, y Cathy estaba a su lado... al lado de la cama en la cual descansaba, y en la puerta (qué forma tan rara de bloquear una entrada con un objeto sólido) Lucas Wong. También vio a Rorschach.

—¡Ha despertado! —exclamó Cathy.

Y antes que los otros pudieran decir nada, gritó:

—¿Por qué no me dejaron? Estaba *¡tan cerca!*

—De lo que estabas cerca —dijo Lucas Wong— es de la muerte.

—Pero yo... ¿Qué dices? — La palabra atravesó la muralla artificial en la que había tratado de encerrar su mente.

—Casi te mueres —le dijo Lucas—. Enfermaste de una infección local, una de las pocas que afectan a los seres humanos. Cuando fuimos a buscarte te hallamos ardiendo de fiebre, sin haber probado bocado en tres días. Estabas delirando. Has estado inconsciente durante casi una semana.

—¡Pero me faltaba tan poco! —se lamentó Ian—. Estaba empezando a ver claro. ¡Me tienen que dejar volver, ahora mismo!

—¡No! —dijo Rorschach, acercándose a la cama—. ¡Y esto es una orden! Es demasiado peligroso, Ian. ¿De qué serviría todo si mueres igual que los draconianos?

—Pero no fue una enfermedad —exclamó— fue... fue...

No pudo recordar más y cayó en un sueño tumultuoso, lleno de sombras.

En el cuarto de revisiones médicas de la base, reinaba gran tranquilidad. Alrededor, en todo el planeta, existían criaturas que rechinaban, zumbaban y se arrastraban, como si fueran insectos terrestres. Pero en la alta meseta desértica no existían.

La luz del sol entraba a raudales por las ventanas, brillando sobre las estanterías metálicas y los muebles, pero la silla donde se hallaba Ian estaba en la sombra. Frente a él, Lucas Wong, en un banco alto, se inclinaba hacia adelante, mientras en otra silla, Valentín Rorschach esperaba impaciente el resultado del experimento.

Lucas había dicho:

—Es verdad que Ian se hallaba al borde de un grave colapso cuando lo fuimos a buscar, pero pienso que tiene que ver con lo que asoció cuando se hallaba en estado hipnótico. Entre las ventajas de esta técnica se incluye la posibilidad de mejorar la memoria. Cuando Ian se encuentre mejor, lo volveremos a poner en hipnosis y trataremos de averiguar lo que pasó.

Hoy era el día en que se iba a cumplir tal plan.

Rorschach miraba curiosamente mientras Lucas pasaba la mano frente a los ojos abiertos de Ian, fijos en el reflejo de un espejo, que daba sobre la pared opuesta. Cuando estas sesiones se realizaban como preparación del mes que Ian pasó en Ceniza, dentro del simulacro, se había hallado demasiado absorbido por los detalles técnicos de la confección del «draconiano» como para estar presente en una de las sesiones de hipnosis. Pero ahora los trabajos estaban, si bien no detenidos, retardados muy manifiestamente, como si el tiempo hubiera aquietado las expectativas del equipo. La confianza seguía depositada en Ian como la persona indicada para revelar la respuesta al misterio de los draconianos.

Estaba muy preocupado.

—Los párpados te pesan —decía Lucas—. Sientes sueño, muuucho sueeeño... Cuando cuente hasta tres te relajarás completamente, sentirás que te alejas, no escucharás otra cosa que mi voz...

Continuó en el mismo tono soporífero. Rorschach pensaba ahora en la forma en que Ian se angustiaba, durante toda su convalecencia, debatiéndose en la frustración, casi hasta llegar a la rabia, por no poder recapturar la fugaz comprensión que había logrado.

Durante una semana o más había discutido, asegurando que iba a poder resistir el esfuerzo de la hipnosis, pero Lucas se mantuvo en la negativa, respaldando su opinión en las evidencias reveladas por las computadoras.

Rorschach se hallaba también casi tan entusiasmado como Ian. Recordaba una y otra vez su conversación con Rudolf Weil, cuya opinión tanto respetaba. El coronel le

había asegurado que ésta era la persona indicada para descifrar el lenguaje de los draconianos.

¿En tan corto tiempo?

Pero no había sido tan corto, en realidad. Era necesario recordar que, en la Tierra, Ian había estudiado todos los cristales impresos disponibles, había revisado todos los datos traídos por la *Stellaris*, o sea, que había estado trabajando en esto mucho antes de que Igor presentara el pedido que lo trajo a Sigma Draconis. Un hombre con gran capacidad de generar conceptos lógicos dentro de un esquema en que la mayoría de personas sólo vería una serie de datos imposibles de conectar. Sí, era enteramente posible que hubiera podido llegar a descifrar el enigma.

¡Apúrate, Lucas! ¡Por favor, no pierdas tiempo!

Por supuesto que esto sólo lo pensó. No se hubiera atrevido a hablar, por miedo a perturbar el proceso de la hipnosis.

—Bueno —dijo Lucas, secándose la transpiración de la frente con la manga—. Se halla en hipnosis profunda, pero llevó más tiempo que antes. Esto es una mala señal.

—¿Por qué?

—¡Oh! —hizo un gesto vago—. Podría querer decir que lo que quiere recordar, conscientemente, es en realidad muy doloroso, y por lo tanto, está reprimido. O también, que, subconscientemente, sabe, tal vez, que lo que considera una brillante inspiración no fue nada más que una ilusión causada por la fiebre alta. ¿No te sucedió alguna vez tener un sueño en que considerabas haber llegado a una idea maravillosa, y al despertar darte cuenta de que sólo era un pensamiento ridículo?

Rorschach asintió con la cabeza:

—Te comprendo. Pero no te pongas pesimista. Tal vez estés equivocado.

—¡Por supuesto! ¿Quieres que probemos?

—¡Sí, por favor!

Lucas le dio la espalda.

—Ian: ¿puedes oírme?

—Te escucho muy bien. – Su voz parecía llegar de lejos, apenas movió los labios.

—Ian: piensa, por favor. Piensa y recuerda. Trata de captar los pensamientos que tenías poco antes de que te fuéramos a buscar a Ceniza. ¿Estás tratando de recordar? Era cuando tú pensabas como un draconiano, habías vivido en la ciudad durante un mes, te hallabas dentro de un cuerpo con cuatro patas y sentías los campos magnéticos cambiantes a tu alrededor. ¿Recuerdas, Ian?

—Sí, recuerdo.

—Cuéntanos cómo te sentías cuando tu cuerpo tenía cuatro patas, cuando recogías las cosas con tus labios largos y duros, cuando sentías las presiones y la textura de las paredes y del suelo, y las corrientes de aire. El tono de Lucas no tenía altibajos: mantenía siempre la misma modulación sedante y casi sin inflexiones, tal

como cuando comenzó la sesión.

—Era... diferente.

—¿En qué forma era diferente?

Rorschach ahogó un suspiro y se acomodó en la silla. Esto iba a llevar un buen rato.

Poco a poco fueron sondeando la memoria de Ian, rebuscando los datos molestos, mientras un micrófono registraba cada palabra, que luego sería estudiada por las computadoras. Laboriosamente fue más allá de las preguntas superficiales: ¿comerciaban? Sí, de otro modo no hubieran podido alimentarse en medio de una ciudad; de todas maneras, deberían tener algún tipo de división del trabajo, infinitamente más sutil, que tal vez no se adaptara al lenguaje humano.

En este momento, Rorschach no pudo contenerse más. Musitó:

—¡Es increíble! Parece haberse metido dentro de la piel de los draconianos.

Pálido, Lucas le contestó:

—Por el momento estoy más... —Musitó—: ¡Es increíble! Parece haberse metido vieras completamente quieto y callado.

Y así siguieron, a través de las capas superficiales de la sexualidad, cada vez más y más profundo, aproximándose a los eventos centrales de la existencia de un draconiano: la fase neutra, marcando el límite entre la masculina y la femenina, activa una, pasiva la otra.

La voz de Ian se tornó ronca; se tomaba más y más tiempo entre una y otra respuesta, tratando de encontrar las palabras, repitiéndose y luego diciendo que estaba equivocado, y en una oportunidad, dando imágenes surrealistas durante cinco o seis minutos. Mientras tanto, su cara tomó una expresión de extremo dolor, mientras las lágrimas corrían por sus mejillas.

—¿Qué es lo que le produce tanto dolor? —susurró Rorschach, cuando Lucas le había dicho a Ian que se relajara un poco luego del largo y cansador relato.

—Es demasiado pronto para saberlo —dijo Lucas, también en voz baja—. Creo que hemos dado con un problema emocional personal, sin relación con los draconianos, sino que atañe a Ian personalmente. Tal vez esto fue lo que le dio la clave que buscaba, o bien, a lo mejor coloreó una alucinación y le dio un aire falso de racionalidad.

—¿Qué tipo de problema personal?

—¿Sexual? ¿Social? No sé. Habría que adivinarlo. Recuerda que quedó huérfano cuando tenía ocho años. Tal vez el estar solo en Ceniza, sabedor, no importa cuáles fueran sus deseos de no hacer caso de estos pensamientos, de que la ciudad estaba condenada a perecer. Podría suceder también que su forma especial de ser lo haya transformado en un solitario y esto lo hace sufrir. No importa cuál sea la causa, el hecho es que obtuvo un notable grado de identificación con los draconianos, o por lo

menos, con nuestra versión hipotética de ellos. Parece encontrarse mejor. Voy a volver a probar.

Pero poco después tuvo que interrumpir el interrogatorio porque Ian cerraba con fuerza los puños, diciendo que se iba a morir, que todo había sido un fracaso, que había sido muy estúpido como para sobrevivir y...

Lucas lo tranquilizó, volviéndolo a sumir en sueño profundo y le ordenó que descansara hasta que pudiera despertarse naturalmente. Luego le dirigió a Rorschach una triste mirada.

—¿Bien?

—Lo último que dijo —añadió Rorschach melancólicamente—. No suena nada bien, ¿verdad?

—No. Por supuesto que es prematuro hablar así, pero pienso que nuestras esperanzas no se van a ver realizadas. Es como si lo que imaginara ser una visión interior del destino de los draconianos no fuera nada más que una comprensión renovada, dentro del contexto de esta nueva personalidad artificial, de que la especie realmente se veía destinada a extinguirse.

Lucas se estiró. Estaba envarado de tanto mantenerse sentado frente a Ian.

—Por supuesto, voy a seguir probando. Lo voy a volver a poner en hipnosis una docena de veces más antes de darme por vencido.

Rorschach se levantó y fue hasta la ventana. Mirando hacia afuera, con los ojos entrecerrados por la intensidad de la luz solar, dijo, dándole la espalda a Lucas.

—Dime ¿piensas que las cosas no van bien desde que fuimos a buscar a Ian?

—Exactamente eso —contestó Lucas.

—¿Y qué te parece?

—Es difícil de decir pero... sobre todo creo que me siento fatigado. Cuando empezamos, siempre había ideas nuevas, siempre había algún descubrimiento que nos hacía bullir de excitación y siempre algún concepto interesante que surgía en las conferencias mensuales hacía que la gente volviera a su trabajo ansiosa de comprobar una nueva teoría. Eso ha cambiado, inevitablemente. Nos hallábamos al borde de la melancolía cuando Cathy e Igor descubrieron los cuatro templos, o lo que fueran esos edificios. Fue un empujón de entusiasmo. Pero ese descubrimiento verdaderamente espectacular no nos dio todo el estímulo que necesitamos. Estamos otra vez en lo mismo, comparando datos y datos en forma rutinaria. Actualmente, con tanta información, las posibilidades van en aumento y estamos cada vez más y más cansados sin poder evitarlo.

Rorschach asintió. — Sí, verdaderamente pasa mucho de lo que tú dices. Ahora vemos que, dado que Ian había sido quien generó las nuevas ideas, todos comenzaron a poner sus esperanzas en él. Sin que Ian lo supiera, por supuesto. Y cuando dijo que iba a probar fortuna en Ceniza, el resto del equipo comenzó lentamente a depender de

él, como si esperaran que fuera a volver con la solución... También hay otro factor importante.

Lucas vaciló. Finalmente dijo:

—El hecho de que hemos pasado la mitad del tiempo de estadía.

Rorschach suspiró, aliviado. – Menos mal que no soy el único que lo ha notado. No me atrevía a mencionarlo porque tenía miedo que fuera una ilusión. Después de todo, en los viajes previos no habíamos tenido ninguna sensación de... de desastre, si comprendes lo que quiero decir.

Lucas se sentó en un banco situado cerca, con las piernas colgando.

—Así es. Pero nunca antes había sucedido que la nave trajera a una persona con poder de cerrar la base y abolir el fondo de Viajes Interestelares.

—Pero ya hemos solucionado eso —dijo Rorschach vehementemente—. Gracias a Ian... —se interrumpió, mientras sus labios formaban, silenciosamente, una o.

—Por eso es que todo el mundo depende de Ian —dijo Lucas—. No solamente de sus ideas, a pesar de lo originales y útiles que son. Todos se dan cuenta, aun sin pensarlo permanentemente, de que Ian, sin intención, fue el que logró la diferencia entre la continuación de los trabajos y el cierre de la base y la evacuación a la Tierra. Este sentimiento de dependencia se vuelve más notable a medida que pasa el tiempo.

Rorschach permaneció callado un largo rato. Finalmente dijo:

—¿Y si la nave no regresa...?

—No sé —dijo Lucas, mordiéndose el labio—. Pero te apostaría a que tú y yo no somos los únicos en preocuparnos. Yo... me hallaba revisando unos datos en la computadora los otros días, y vi que estuviste examinando todo lo existente sobre los programas de supervivencia a largo término.

Rorschach dijo, a la defensiva. – Pensé que podía ser un buen momento.

—Así es. No habían sido revisados desde el fin del primer viaje ¿verdad? Me refiero, haciendo exclusión de todo lo concerniente a los datos sobre los nuevos viajes. Y debo decir que incluso con tus nuevos agregados, no parecen demasiado prometedores.

—No, en verdad no lo son —gruñó Rorschach—. Primero, fueron diseñados para mantenernos vivos si le pasaba algo a la nave, y el retorno se demoraba por un largo tiempo, algo así como dos años más. Pero tratar de transformar todo esto en datos para una colonización permanente del planeta por seres humanos es un verdadero problema. Por ejemplo, nuestras posibilidades genéticas, consideradas de acuerdo con las mujeres fértiles del equipo son... —se interrumpió, evidentemente enojado consigo mismo.

Lucas se levantó y pasó el brazo, amigablemente, alrededor de los hombros de Rorschach.

—Alguien tiene que enfrentarse a los hechos antes o después, Valentín. Alguien

tiene que hacer los fríos cálculos que la máquina puede poner a nuestra disposición y usarlos para que logremos enfrentarnos a la posibilidad de que la nave nunca vuelva. Como director, creo que va a ser tu trabajo. Comprendo lo que esto significa para ti, y cuenta conmigo para ayudarte en todo lo que pueda.

Detrás de ellos, Ian se movió. Se dieron vuelta a tiempo para verlo levantarse, pasándose la lengua por los labios.

—¿Pudieron...? —preguntó, y la voz le faltó, mientras los miraba esperanzadamente.

—Lo siento —dijo Lucas— todavía no. Pero volveremos a probar mañana.

—¿Qué habrá pasado? ¡Sé que la solución me pareció completamente clara cuando estaba allí!

—Sí, pero... —Lucas vaciló, buscando las palabras—. Tal vez tenía sentido en draconiano. Lo que tenemos que hacer es buscar la forma de traducirlo al lenguaje humano ¿verdad? —Sonrió, tratando de inspirar confianza—. Probaremos nuevamente mañana ¿no te parece?

—Creo que será mejor —dijo Ian, con tristeza— Si alguien me necesita, me encontrará en el refectorio. Necesito tomar algo.

Ian estaba sentado, melancólicamente, en el banco del edificio donde se guardaban las piezas arqueológicas, mirando hacia la pantalla de la computadora. En ella se veían los signos hallados en su última búsqueda entre los distintos dibujos de los cristales.

Eran fundamentalmente idénticos. Cuando se realizaron los controles diseñados para eliminar los ruidos causados por el peso del apilamiento, que activaban el efecto piezoeléctrico, se halló, en vez de mayores diferencias, que los dibujos eran en realidad similares. También era evidente que donde podría haber habido diferencias entre uno y otro cristal, éstas eran tan pequeñas que el paso del tiempo las había eliminado. ¡Es cosa de locos! —dijo, hablando solo—. ¡Miles y miles de ellos, todos iguales como si fueran arvejas! ¿*Por qué?* Nosotros hacemos muchas cosas idénticas: herramientas, monedas, vestimentas, objetos prácticos necesarios para infinidad de personas. Si un arqueólogo buscara en la Tierra las encontraría esparcidas desde uno a otro polo, no almacenadas exclusivamente en grandes depósitos. ¡Y estuve tan cerca de saber para qué se usaban!

Se interrumpió, dándose cuenta de que era poco serio hablar solo en la forma en que estaba haciéndolo, pero aún tentado. Resistió la tentación durante unos pocos segundos, luego dio un suspiro y apretó un botón de una de las computadoras, para borrar lo que aparecía en la pantalla, y activó un grabador.

Nuevamente, por décima o duodécima vez, oyó la grabación de su última sesión bajo hipnosis con Lucas, la que lo había llevado a un estado tal de histeria que Rorschach le prohibió que volviera a probar.

Volvió a escuchar su voz, dura por el enojo y acre por la pena, balbuceando cosas sin sentido. ¿Qué pudo querer decir con eso de: «Nos encogimos hasta que no tuvimos más lugar» o, todavía más raro: «Nos pusieron una multa, ése fue nuestro final»?

Detrás de él vio una luz. Apretó el botón nuevamente y el grabador paró, pero era demasiado tarde. La recién llegada era Cathy, visiblemente molesta.

—Ian ¿cuándo vas a dejar de hacer esto? —preguntó—. Has escuchado tu grabación hasta saberla de memoria, y sin embargo, cada vez que te veo, estás pasándola una vez más.

Sin mirarla, le dijo:

—No me crees, como no me creen los otros. No me creen que, por una fracción de segundo, llegué a entender qué fue lo que exterminó a los draconianos.

—Por supuesto —dijo Cathy—. Ya te dije que te creía, ¿no es así?, pero hasta que no...

Ahora Ian se había dado vuelta para mirarla, con los ojos echando llamas.

—¡Me estoy cansando de la forma en que la gente me trata! —explotó.

Aparentemente asustada, la muchacha retrocedió un paso.

—¿Qué quieres decir? —preguntó.

—¡Sabes muy bien lo que quiero decir! O deberías saberlo. Es muy simple, ¿verdad? – Se puso de pie de un salto y comenzó a pasearse de arriba a abajo, golpeándose la palma con el puño para dar más énfasis a sus palabras.

—¡Todo el mundo actúa como si... como si los hubiera traicionado! Sólo porque Lucas no es lo suficientemente hábil como para volverme, con hipnosis, al estado que alcancé cuando fue lo bastante tonto como para venir a buscarme, sacándome de Ceniza. ¿Es culpa mía que me hayan interrumpido justamente en el momento más importante? ¿Es culpa mía que Rorschach no quiera dejarme volver, con el simulacro de draconiano? Bien, contesta, ¿es culpa mía?

La miró enfurecido.

Tímidamente, Cathy contestó:

—Ian, estás dejando que todo esto te obsesione. Estoy segura de que nadie piensa que nos has defraudado.

—Eso es lo que piensas ¿no? ¡Pues más vale que vayas abriendo los ojos y destapándote los oídos! ¡No quiero que me consueles! ¡No quiero que trates de calmarme! ¡Date cuenta de lo que realmente está pasando, para cambiar!

Cathy lo miró con tranquilidad, se había puesto pálida.

—Ian ¿por qué es que cada vez que quiero tratar las cosas contigo racionalmente caes en estos estados de histeria?

—¡No es así!

—Mira lo que estás diciendo. Grábalo en el aparato, y luego escúchate. Estás, desilusionado, es natural, pero en vez de hacer cosas para que la situación mejore estás haciendo que empeore. ¡Deberías estar consultando a esa gente, en vez de insultarlos!

Él se le acercó, con un largo paso, y la abofeteó. El ruido fue como el de un pistoletazo.

Instantáneamente deseó haberse cortado la mano. Se quedó paralizado, mirando cómo la palidez de su mejilla se tornaba roja, en el lugar en que él la había golpeado. Cathy hizo casi un ademán como de tocarse la cara. Pero se controló y bajó la mano.

Con tono medido, dijo:

—Ian, no eres el mismo hombre que aquel de quién me enamoré. Cuando lo seas, avísame. Pero por el momento, no quiero saber nada contigo.

Giró sobre sus talones y salió, caminando rápidamente. La puerta se cerró de un golpe. Cuando corrió detrás de ella, gritándole, lo ignoró, y cuando volvió al cuarto que habían compartido, vio que se había llevado todas sus cosas.

—¿Ian?

Una voz suave atravesó la noche. Estaba sentado solo, en una roca, a media milla de la base, en el borde del disco de vidrio, formado por los descensos de la nave sobre la arena. No se dio vuelta. Estaba mirando, sin ver, hacia las distantes estrellas.

Hacía frío. Aquí, como en la Tierra, hacía frío de noche en el desierto. Pero no prestaban atención a eso.

La voz era de Igor. Poco después vio aparecer al arqueólogo, que venía desde donde estaba la base, haciendo ruido al caminar.

—No te pienso preguntar si quieres que te haga compañía, pues pienso hacerlo de todos modos.

Cerca había otra roca, de altura conveniente para sentarse en ella. Se movió allí, y se sentó. Luego hizo un movimiento que Ian no pudo distinguir. Abruptamente, una llama iluminó el paisaje, se oyeron sonidos de aspiración, y llegó hasta Ian el aroma del tabaco.

Preguntó involuntariamente:

—¿Una pipa?

Igor se rió entre dientes.

—¡Ah! —dijo— no has perdido la lengua... Sí, es una pipa. La traje de la Tierra más como un recuerdo que para usarla. Supongo que ésta es... la cuarta vez que la enciendo desde que estoy aquí.

El resplandor rojizo de la pipa fue suficiente para mostrar sus facciones agudas, cuando la acercaba.

Mmmm... —comentó luego de una pausa—. Sintético, tal vez, pero sabe muy convincentemente a tabaco. Un poco áspero, como tú.

—Habrás estado hablando con Cathy, ¿verdad? —dijo Ian amargamente.

No. Cathy no habla con nadie, ahora —murmuró Igor—. En lo que a mí respecta, lo que sucedió entre ustedes no es asunto mío. Lo siento mucho, pero eso no me da el derecho a intervenir. A menos que tú, como amigo, me invites a hacer de mediador... cosa que me dará una gran alegría, por supuesto. Me puse muy contento cuando ella y tú comenzaron a tener relaciones estables.

Ian no contestó. Luego de chupar una o dos veces más su pipa, y de apisonar el tabaco con una piedrita, Igor siguió hablando. — Sin embargo, eso no es la razón por la que vine a hablar contigo. De repente, deseé preguntarte porqué te interesaste por la arqueología.

—¿Cómo dices?

—¿Suenas demasiado tonta mi pregunta? Tal vez lo sea... Pero últimamente he estado pensando mucho acerca de mis motivos. ¿Sabes que tarde o temprano, tendremos que enfrentarnos al hecho de que la *Stellaris* puede no volver? Es muy posible que algo haya sucedido en la Tierra que haya destruido la... ¿cómo se llama? ... la infraestructura en la cual se apoya. Pensando en la posibilidad, demasiado real,

de que pueda morir aquí, sin volver jamás a mi hogar, comencé a preguntarme qué me llevó a otro planeta.

Siguió fumando, pensativamente.

—¡Casi me dedico a la mineralogía!, ¿sabes?, y no a la arqueología. Prácticamente había completado mis estudios, cuando sucedió el accidente en que perdieron la vida mi mujer y mi hijito. La tragedia me produjo un estado de shock tan grave que tardé tres años en recuperarme.

—¡No sabía nada de eso! —exclamó Ian, saliendo de su apatía.

Igor suspiró. — Sí, les pedí que no incluyeran estos datos en las grabaciones que se usan en el centro de vuelos espaciales. Ha pasado ya mucho tiempo, treinta años, y no soy la misma persona que fui. Pero, como te iba diciendo, durante mucho tiempo pensé que ésa era la razón por la cual me pasaba a la arqueología. Pensaba que tal vez deseaba recuperar el pasado, ese pasado que me había sido arrebatado. Solamente después de un largo tiempo aquí me di cuenta de que el impulso era mucho más profundo y sutil.

La pipa quemaba mal, buscó en el suelo el guijarro que recién había usado y volvió a apisonar el tabaco.

—¿Cuál era? —preguntó Ian lentamente.

—El hecho de que yo soy polaco —contestó Igor—. Ciudadano de un país que durante siglos no existió. Sin embargo fue, finalmente re-creado, y continúa existiendo actualmente. Creo ahora que mi razonamiento inconsciente fue el siguiente: Para mis antepasados, orgullosos de su herencia, existió un tiempo en que temieron que su hogar desapareciera. Sin embargo, se resistieron a aceptar tal hecho y trabajaron hasta que se probó que eso no sucedería. En mi caso personal, me imaginaba que no había razón para seguir viviendo. De hecho, una vez hice un intento de suicidio. Entonces comprendí que era absurdo. Podía llevar una vida nueva y feliz, dedicándola a... ¿cómo lo definiría? A la creación de un lazo entre el pasado y el futuro, ese lazo que tan a menudo parece interrumpirse y que de hecho nunca se corta, por más empeño que se ponga.

—Creo que puedo comprender —dijo Ian, luego de meditarlo un rato.

—Pienso que sí. Con un nombre como el tuyo, creo que tus antepasados han sido escoceses, si bien tú has nacido muy lejos de allí.

—Sí, por supuesto.

—Yo estuve en las islas escocesas, en las Hébridas. En realidad, fui allí antes de embarcarme hacia aquí. ¿Has estado en las Hébridas alguna vez?

Ian estaba realmente asombrado. Dijo, entusiasmado:

—¡Sí, y por... por la misma razón!

—La idea fue «plantada» en tu mente. Yo me ocupé de que así fuera.

—¿Cómo?

—Nunca te había visto, pero estaba seguro de que alguien que se siente tan comprometido con el pasado se impresionaría profundamente por ese espectáculo: los edificios abandonados, la tierra desierta, los campos que antes habían sido arados y sembrados, invadidos por las malezas... —Igor hizo un gesto con la mano que sostenía la pipa—. Fui allá porque quería sentir cómo era caminar entre ruinas dejadas por personas que pensaban poco o nada en los registros escritos, y que vivían sus vidas simplemente, desvaneciéndose en la oscuridad del anonimato. Elegí entre una serie de islas en que había sucedido lo mismo, pero me decidí a favor de aquellas descritas por los historiadores clásicos como sumidas en el oscuro y nebuloso extremo del mundo, donde el mar y el cielo se funden, confundiéndose sin que se pueda distinguir entre uno y otro. Pensé que podía impresionarte en la misma forma, más todavía, tal vez, puesto que eres descendiente de escoceses. ¿Sientes como si te hubieran manejado?

Ian vaciló. Súbitamente, estalló en ronca risa.

—En cierta forma sí, pero no me molesta. Siento que te admiro más aún por lo que me acabas de decir.

—La admiración es mutua —dijo Igor—. Y no está afectada en absoluto por lo que tú insistes en considerar como tu reciente fracaso. En realidad, fue un éxito fantástico, verdaderamente colosal. Yo no podría haber hecho nada igual. Ninguno de nosotros podría haberlo hecho.

—¡No fue un éxito! —dijo Ian con rabia—. Podría haberlo sido si sólo...

—Si sólo alguien no hubiera sido lo bastante estúpido como para salvarte la vida. —Igor dijo estas palabras con la precisión con que un cirujano clava el bisturí—. ¡Ciego! ¿De qué nos hubiera servido que, luego de descubrir tu secreto, te lo hubieras llevado a la tumba?

—Yo... —Ian se mordió los labios—. Ya veo —dijo, moviendo la cabeza afirmativamente.

—¡Bien, ahora sí estamos razonando adecuadamente! Me doy cuenta de tu problema. Yo mismo he tenido que enfrentarlo muchas veces, no con respecto al lenguaje, porque ése no es mi campo, sino en conexión con artefactos. ¿Qué significará este corroído muñón metálico? A ver... a ver... creo que... ¡Ah! Sí... ¡un momento! Y luego el momento se transforma en semanas, meses, a veces años, y un día, cuando ya creía haber olvidado todo el asunto...: ¡click! ¡Por supuesto! Ese ridículo pedazo de metal en forma de Y debe de haber sido ideado para sujetar los mangos de un arado, de ramas de árboles. Este ejemplo que te he dado lo he sacado de una experiencia real. Otro que me enorgullezco en referirte, sucedió cuando comprendí que un fascinante artefacto desenterrado en una excavación en Creta era realmente perteneciente a una expedición arqueológica de la época victoriana.

—¿Estás bromeando?

—No, nada de eso. Pero nunca lo hubiera pensado a no ser por el hecho de que pude reconocerlo gracias a un dibujo que había visto en un anuncio de un periódico de 1898. — Igor rió entre dientes, chupó su pipa por última vez y la vació golpeándola contra la roca en que había estado sentado.

—Lo que quiero decirte, Ian, es que tengas paciencia. Nunca te había mencionado el hecho de que fui yo quien hice que te sugirieran la idea de ir a las Hébridas, pero ahora quiero impresionarte con lo que yo diría es mi... bien, mi *derecho* a aconsejarte. Pienso que lo que debes hacer es ir a tu habitación, dormir bien, y por la mañana hacer las paces con Cathy, porque ustedes dos trabajando juntos rinden más que la simple suma de las partes y deja de imaginarte que eres infalible simplemente porque eres mucho más inteligente que nosotros seis juntos.

—Yo nunca...

—Sí, pensaste eso. Y deja de hacerlo.

Ian se pasó la lengua por los labios.

—¿Es ésa la impresión que causo en la gente?

—Solamente cuando te enojas mucho contigo mismo. Y ahora no hay razón, créeme. Por favor, regresemos juntos.

Igor tomó a su joven amigo por el brazo, y caminaron bajo su guía.

Hablar con Igor era como lograr que la niebla que nublaba su mente se disipara gracias a la brisa. Cuanto más pensaba en eso, más comprendía que su amigo tenía razón.

¡Muy bien, recién llegado tuve una serie de buenas ideas! Pero también los otros las tuvieron. Y no hay duda de que todos desean ser los primeros en resolver el misterio.

Buscó a Cathy y le llamó la atención el ver que podía disculparse en unas pocas y sinceras palabras. Muy a menudo, cuando trataba de expresar lo que sentía se iba por las ramas. La respuesta de ella fue muy directa.

—¡Perfecto! Me alegro mucho. Te veré esta noche.

Como si la niebla mental le hubiera velado los hechos, que debió haber visto claramente desde el principio, se halló súbitamente capaz de pasar revista a una serie de posibilidades que podían llevarlo a una comprensión humana de las vivencias olvidadas que había experimentado en Ceniza. Se sentó a confeccionar una lista detallada de temas, y luego, sistemáticamente, se puso a interrogar a sus colegas.

Nadine Shah se hallaba atareada en el biolaboratorio, efectuando una serie de estudios comparativos sobre material genético obtenido en uno de los cadáveres draconianos embalsamados por el ambiente anaeróbico en Carbón. Controlaba los equivalentes genéticos uno por uno, relacionándolos con una serie de células obtenidas de la fauna contemporánea. Pero la mayor parte del trabajo era realizada por las computadoras, así que se sintió muy contenta de poder pasar un rato charlando con Ian.

—He estado pensando en el resumen de nuestras hipótesis sobre los draconianos, que Igor le planteó a Ordoñez-Vico —comenzó diciendo Ian—. No tuve demasiado en cuenta todo eso en aquel momento, puesto que la paleobiología no es mi campo, pero ahora tengo una duda.

—Tú dirás.

—No mencionó la posibilidad de que una de las razones de extinción fuera el proceso de control de la cantidad de población.

Nadine sonrió tristemente.

—Pienso que esto no es sorprendente —dijo—. No creo que hayas investigado tanto en los datos como para saber que, por supuesto, una de las primeras ideas que se sometieron a estudio fue la de un colapso de la población, cuantitativamente hablando. Pasé mis primeras ocho semanas, luego de llegar, revisando los estudios que Ruby Ngola había realizado sobre las fuerzas aplicadas al control de la natalidad. —Nadine se refería a unos de los miembros del equipo que había rotado en el último viaje de la *Stellaris*—. A pesar de lo atractivo de la idea, tuvimos que descartarla,

categoría y definitivamente. Todo lo que hemos averiguado desde entonces confirma nuestra opinión. Si quieres que te detalle el problema, haré que una computadora te lo ilustre, pero me temo que las ecuaciones que utilizamos sean un poco difíciles para gente no especialista.

—Dímelo directamente, entonces.

—Oh, lo esencial es muy simple. Si descartamos los posibles cambios de clima o la aparición de alguna mutación, la población animal de este planeta es muchísimo más estable que la nuestra, por ejemplo. Existe una increíble armonía entre la cifra de retoños nacidos en un buen año y la de nacidos en un mal año. Cuando hay mayor disponibilidad de alimentos, mayor cantidad de machos activos compiten por las hembras; pero por la misma razón, también son más capaces de alejar a los competidores. Cuando los alimentos disminuyen, los machos se tornan menos activos, y resulta que el número de las hembras preñadas es similar. Mientras en la Tierra las fluctuaciones pueden ser de varios cientos por ciento, alternándose los períodos de abundancia con los de escasez, aquí el tamaño de los rebaños es generalmente limitado. Indudablemente, los draconianos interfirieron con el orden natural, pero se ha probado que se han expandido en forma estable, trasladándose a nuevos territorios a una velocidad que se corresponde muy bien con el máximo aumento del número de animales en las especies existentes. De tal modo, a menos que haya sido algún tipo de shock... —sonrió francamente.

Pero Ian fruncía el ceño. — Ya veo. No ocuparon siquiera todas las regiones del planeta posiblemente habitables, ¿verdad?

—Así es. A menos que ciertas áreas no pudieran ser habitadas por alguna extraña razón, desconocida para nosotros, como enfermedades endémicas, por ejemplo, hubieran tenido alimentos suficientes como para doblar el número de habitantes sin sentirlo. Por otra parte, cuando digo que ya no pensamos más en eso, no quiero decir que lo ignoramos: tenemos un monitor especialmente programado, que constantemente incorpora nuevos datos en caso de que un día nos demos cuenta de que es necesario cambiar de opinión. Pero ya han pasado... cinco años desde que esa idea fue investigada y resultó una falsa alarma.

—Muchas gracias —le dijo Ian, y se levantó para irse.

El próximo en ser consultado fue Ruggiero Bono, puesto que era la máxima autoridad en paleotecnología draconiana. Ian lo acorraló en el refectorio luego de la comida de la noche, preguntándole si los nativos, conociendo y utilizando tan frecuentemente aparatos bioelectrónicos, podrían haber desarrollado algún tipo de especie que se autoperpetuara y emitiera una señal tan intensa que interfiriera con sus percepciones sensoriales, impidiéndoles pensar.

—Mmmm... —dijo Ruggiero mientras se frotaba la barbilla—. Tú te refieres a algún tipo de hierba que pudiera... ¿ensordecerlos?

—Más o menos ésa es mi idea.

—Espera un segundo. — Ruggiero sacó su calculadora de bolsillo y pasó sus dedos sobre ella, frunciendo el ceño. Finalmente meneó la cabeza.

—Lo siento, no. Es una idea muy inteligente, pero imposible. No es factible acumular una energía tal en un organismo vegetal. La pobre planta se enroscaría, marchitándose sus bordes. De cualquier modo, si ésa fuera la explicación, dime porqué quedarían afectados todos a la vez, incluyendo los que estaban demasiado lejos como para que un problema recién surgido pudiera perturbarlos, antes de que llegaran a solucionarlo.

—Tienes razón —dijo Ian tristemente—. Ahora dime ¿has hallado alguna pieza, algún artefacto que pudiera indicar que cambiaron los aparatos orgánicos por inorgánicos? Me imagino que una radio humana, o muchos otros de nuestros utensilios y artilugios podrían haber vuelto instantáneamente loco a un draconiano.

—¡Oh, eso es perfectamente cierto! —dijo Ruggiero—. Una potencia de veinte vatios, aproximadamente, podría haberlos perturbado enormemente. Pero no necesito referirme demasiado extensamente a este problema, luego de tu permanencia en el simulacro. Por desgracia, la respuesta es no, una vez más. Siento desilusionarte. Hasta ahora, nuestros conocimientos nos dicen que su máximo logro fue visitar su luna y construir su telescopio allí. Si aún utilizaban la bioelectrónica, entonces podemos afirmar que no cambiarían empleando aparatos inorgánicos.

—Un momento —dijo Ian—. ¿Sería posible que estos artefactos bioelectrónicos fueran capaces de emitir señales lo suficientemente poderosas como para oírse desde aquí?

—Me doy cuenta de lo que quieres decir —musitó Ruggiero, fijando sus ojos en la lejanía—. Eso supondría la existencia de una señal muy poderosa, con lo que estaríamos otra vez como al principio ¿no es así? Pero... Bueno, si tú quieres revisaré los datos existentes en las computadoras, pero me inclino a sospechar que, como primera premisa, es posible hacer cosas en el vacío que no pueden lograrse en una atmósfera húmeda como la de aquí. Segundo, que probablemente fueran y vinieran recogiendo datos. Considera lo siguiente: una sola máquina aérea; un único barco hundido. Me parece que todo esto es más consonante con su comportamiento habitual, como para presumir que tenían una única nave espacial, que iba y volvía, cometiendo errores que sólo sucedían en el primer viaje, y que luego se solucionaban para siempre. No hemos encontrado nada que parezca ser un espaciopuerto.

Vaciló, mientras meditaba, y luego dijo:

—Curioso, nunca lo había pensado: tenían solamente una única nave capaz de llegar a su luna, y no la hemos hallado. Nosotros tenemos solamente un vehículo interestelar. Y tal vez nunca regrese.

—Pienso que estás mostrando tendencia al pesimismo. Ven, bébete otro vaso de

vino —dijo Ian.

La próxima persona interrogada fue Achmed Hossein. El árabe esbelto, de nariz aguileña, consideró seriamente la pregunta que le planteó Ian acerca de si a la luz de la teoría de la información, era posible obtener una interacción entre los miembros de la especie de los draconianos que llegara a ser lo suficientemente alienada como para afectar a todos los representantes de la raza.

Achmed pensó un momento y luego le dijo:

—Ian, tengo que felicitarte. Nunca dejas de probar ¿verdad? No sé si puedo contestarte con toda certeza, pero por lo menos es una idea totalmente nueva y estamos terriblemente necesitados de ellas.

Hizo girar su silla y comenzó a manipular las teclas de la computadora cercana.

Durante un buen rato no se oyó otro ruido que el leve zumbido de las máquinas.

Luego, estudiando las cifras que aparecieron en la pantalla le dijo a Ian:

—Lo lamento. Literalmente no hay una posibilidad en un millón de que se desparrame una psicosis tan contagiosa por esa forma de contacto. Ni siquiera si la persona que perdió el juicio tuviera un carisma inigualado en todo el tiempo y el espacio conocidos. Conocemos el límite efectivo del sentido electromagnético de las especies contemporáneas, y eso es lo que investigué primero; luego sabemos la magnitud de un probable factor de atenuación, en cuanto a una determinada señal; además, estamos al tanto de otros hechos de importancia. Lo que emerge de todo esto es algo así como un gráfico de diseminación epidémica; puesto que la afección es capaz de infectar una especie, deberá suponerse también que ciertos individuos poseen anticuerpos que les conceden por lo menos una resistencia parcial. Siempre existirán supervivientes, y todo habla a favor de que una cantidad de representantes permanecerán inafectados. Todo esto puede aplicarse a la idea de una forma contagiosa de locura. Una vez que se hubiera filtrado por unas cuantas docenas de contactos, se atenuaría. Cada vez estaría mezclada con una mayor cantidad de actitudes normales. Esto podría llegar a destruir a una pequeña comunidad, pero jamás a toda una raza.

Se echó hacia atrás. — Además, el tipo de psicosis ultraviolenta como la que tú describes, probablemente haría que la víctima no fuera viable. Sucedería, por ejemplo, que se olvidaría de comer.

Ian dijo, muy serio:

—Había pensado en algo así, dado que consideramos que los draconianos se comunicaban externalizando vivencias que corresponden a estados internos. Pienso que tal vez no trataran las enfermedades mentales, y que simplemente se limitarían a alejar al afectado. Por tal razón te vine a plantear la pregunta sobre posible contagio. Tal como tú dices, las posibilidades están a favor de que una persona tan enferma no podría funcionar adecuadamente. Esto podría matar a unos pocos individuos, no a

todos. ¡Bien...!

Achmed hizo un gesto con la mano. – Lamento haberte desilusionado. Pero si llegas a tener alguna idea interesante, te pido que me lo hagas saber. Las cosas se están poniendo muy aburridas, ¿verdad? Pienso que tú eres el único que funciona con toda su capacidad.

Cuando Cathy volvió nuevamente de su lapso de veinte días de trabajo en Carbón, y después de la placentera expresión del amor, permanecieron acostados uno junto al otro, sin hablar.

—Estás muy callado —le dijo finalmente Cathy.

—Tú también.

—Sí... pero es que no pasa nada de nuevo en el lugar de trabajo ¿sabes? Seguimos eliminando la capa de tierra e inspeccionando lo que hallamos por debajo, y realmente no aparece nada tan sorprendente como los templos, para que podamos entusiasmarnos.

—No han pensado ninguna nueva explicación para esos raros lugares ¿no es así?

—No. Cuatro misterios metidos dentro de cuatro adivinanzas y de cuatro enigmas. ¿Y tú?

—Me parece que estoy volviendo a tener buenas ideas —dijo Ian—. Achmed me confesó que soy la única persona que las produce, actualmente. He estado interrogando a la gente, una por una, mientras imagino una serie de posibilidades, algunas de ellas ridículas, otras prometedoras, pero ninguna exitosa... Sin embargo, debo decirte que no he llegado al final de la lista. Todavía tengo esperanzas.

Una vez más quedaron en silencio. Finalmente Cathy dijo:

—Hablando de esperanzas, Ian. ¿Crees que hay posibilidad de que la *Stellaris* regrese?

Quedó tan sorprendido que se semiincorporó apoyándose en un codo, y se quedó mirándola a pesar de que el cuarto se hallaba en la oscuridad.

—¿Por qué lo preguntas? —preguntó.

—Porque... —aquí Cathy vaciló—. Porque si no vuelve, serán las mujeres las que deberán preocuparse más, ¿verdad?

—¡Oh! —Ian parecía muy apesadumbrado—. Veo lo que quieres decir...

—Si la nave no vuelve —siguió diciendo Cathy, tenazmente— tendremos, presumiblemente, que elegir entre el suicidio o el intento de establecer una colonia permanente. No soy del tipo suicida, pero por otra parte no soy del tipo maternal. A veces, en el lugar de trabajo, he permanecido despierta durante horas tratando de determinar si soy capaz de enfrentar la responsabilidad de concebir y criar niños para que la humanidad pueda sobrevivir si, de acuerdo a lo que todos pensamos, no logró hacerlo en su propio planeta.

Tratando de bromear, él le dijo:

—¡Pero hablas como si estuvieras segura de que la nave no volverá!

—El tiempo pasa rápidamente —murmuró Cathy—. Pronto lo sabremos. ¿No sería terrible si pudiéramos llegar a saber lo que le pasó a los draconianos y luego tuviéramos que quedarnos aquí, esperando una eternidad, porque en la Tierra perdieron todo interés, o arruinaron las cosas en tal forma que no pueden enviar la nave a buscarnos?

—No va a suceder nada de eso —dijo Ian, tratando de parecer convencido—. ¡No hay ni que pensarlo!

Aun si hubiera una guerra, algo así, el solo hecho de que hay gente aquí esperando será suficiente como para que deseen volver a establecer contacto.

—¡Puf!

—¿Qué dices?

—Me refiero a un tipo de guerra que haga literalmente imposible el volver a tomar contacto con nosotros.

—Bueno... —Volvió a acostarse—. Bueno, sí, tal vez tengas razón.

—Claro que sí. Y no podemos hacer nada para que eso no suceda. Creo que es mejor que tratemos de dormir. Pero si sientes que me despierto gritando, te podrás dar una idea de con qué estoy soñando.

Ítem por ítem Ian fue tachando su lista, pero parecía permanecer del mismo tamaño que al principio; cada vez que tenía que consignar una idea al olvido, otra saltaba en su mente. Sería un verdadero milagro si un proceso así pudiera mantenerse muchos días más. De todas maneras, mientras durara, era reconfortante.

Fue a consultar a Karen a la oficina de los ingenieros, donde la muchacha se hallaba supervisando la fabricación de una nueva entrega de sostenes de metal, que deberían ser soldados entre sí a fin de sostener una pared de materia vegetal que amenazaba derrumbarse y enterrar las máquinas excavadoras.

—¡Hola!, ¿cómo estás? —le dijo Karen en un tono amistosamente burlón, cuando Ian entró a su oficina. Ésta tenía tres paredes de vidrio coloreado que le permitían a la ingeniera observar el proceso de la fundición del metal directamente, para poder controlarlo mejor con los sistemas electrónicos.

—Ya estaba pensando que no eras más mi amigo.

—¡Dios mío! ¿Estoy tan mal? —dijo Ian, con pena en la voz... Pero un segundo más tarde captó la intención, y sonreía cuando tomó asiento sin ser invitado por la muchacha, en una silla libre a su lado—. ¿Puedo interrumpirte?

—Puedes hablar todo lo que quieras. Esto va muy bien.

—Bueno, lo que me preocupa es lo siguiente: Acaba de ocurrírseme que mientras todo el mundo tiene teorías sobre el posible destino de los draconianos, tú no las has expuesto. Y no sólo estás aquí, sino que tu especialidad es muy importante para nosotros. ¿No tienes alguna idea que ofrecer?

—¡Ésa es una pregunta directa! —Giró en su silla y lo miró agudamente—. La razón principal por la que nadie me ha preguntado nada todavía es, según creo, que esas preocupaciones se hallan fuera de mi campo. Yo hago cosas. Soy práctica, no teórica.

—Entonces sugiéreme algo práctico.

Karen rió entre dientes. — Bueno, bien. Después de todo, he estado aquí tanto tiempo como tú, y ya es hora de que haya pensado en algo, si bien otros ya descartaron esas ideas, con el pretexto de que no valía la pena considerarlas... Creo que ya has revisado todas las posibilidades biológicas y psicológicas y ahora quieres ver si puedo pensar en alguna idea práctica, material e inorgánica.

—Realmente te lo agradecería porque no me siento cómodo en ese campo.

—En cambio yo sí. Bueno, pensando en qué forma una sal mineral u otro tipo de elemento que pudiera contaminar el agua hubiera sido capaz de afectar a los draconianos... Verás, una vez pensé en algo que no creo haya sido discutido en una de las conferencias mensuales, pero que estoy segura que no se le ha pasado por alto a Nadine o a Lucas.

—Te sorprendería saber todas las cosas que no hemos considerado. Aun aquellas que no resultaron importantes cuando finalmente llegamos a evaluarlas.

—Muy bien —Karen se estremeció, y su cuerpo, suave y grande, onduló como una laguna—. Una de las cosas que enseñan en nuestra especialidad es a determinar las razones por las cuales una ciudad en una región subdesarrollada puede haber hecho que las clases superiores de Roma fueran decadentes. No solamente trasportaban el agua en conductos de plomo, sino que hacían fermentar el vino en recipientes revestidos de plomo también, puesto que les gustaba el sabor dulce que adquiría. Si te has fijado en alguna obra química antigua, o de alquimia, probablemente habrás encontrado el término «azúcar de plomo», puesto que existe una sal de ese metal que, por extraño que pueda parecer, tiene sabor dulce.

—¿Quieres decir que los draconianos pueden haber permitido que algún tipo de elemento venenoso los fuera intoxicando?

Eso se lo tendrás que preguntar a un biólogo. Y ahora te voy a pedir que me dejes, puesto que el horno solar Número Nueve se ha sobrecalentado y está a punto de fundir lo que no debe.

Nadine y Lucas fueron amables, pero terminantes, y eso puso fin a sus esperanzas. Naturalmente, se habrían encontrado trazas de metales livianos, como el berilio, o incluso pesados, como el plomo o el mercurio, en los cadáveres desenterrados. Pero ninguno de ellos reveló signos de intoxicación. Los últimos intentos de mantener esa teoría se limitaron a ciertos venenos orgánicos como el DDT, que el tiempo podía haber dissociado en moléculas más livianas... pero entonces, esta teoría no podría probarse jamás.

Había que encontrar otra idea.

Mientras tanto, recibía permanentemente informes nada auspiciosos de la computadora programada para clarificar y analizar los «dibujos» impresos en los cristales. No importa dónde fueron éstos interpretados: en las excavaciones, en una «biblioteca» o en otra. Hasta trajo a la base dos de los cristales de una «biblioteca» (de las que había una por ciudad, por lo menos, pues en Carbón y en Ceniza había dos) en embalajes no magnéticos cuidadosamente dispuestos, pero siempre todo llevaba a la misma conclusión:

¡Maldición! Hicieron miles, tal vez millones de estas cosas, impresas con «dibujos» tan idénticos que actualmente son indistinguibles unas de otras.

Olaf y Sue habían delegado la investigación en Ceniza a las máquinas automáticas, cuando se descubrió una «biblioteca» en Sedimento. Ian pidió un transporte aéreo para dirigirse hacia allí y examinarla. No era de extrañar que no hubiera sido hallada antes; se había acumulado tanto peso sobre el edificio que el efecto piezoeléctrico había deformado la información hasta volverla prácticamente irreconocible. Además, cuando el lugar se hallaba bajo el agua, cosa que sucedió

durante quince mil años, los habitantes del mar, productores de campos eléctricos, también habían hecho su parte.

Llovía cuando Ian echó el primer vistazo a esa «biblioteca» recién hallada. Hilera tras hilera de cristales eran trasladados y acomodados. Preguntó al azar:

—¿Tienen alguna idea de porqué esta gente hizo tantas anotaciones idénticas, acumulándolas en un centro de información?

Lo miraron con sorpresa. Continuó diciendo:

—Verán, vine aquí a... a tratar de leer lo que está escrito allí. No tenía muchas esperanzas de lograrlo, pero no dejo de pensar que tal vez se pueda hallar alguna explicación para su existencia.

—Recuerdo lo que dijiste en una de las reuniones mensuales —dijo Sue— acerca de que eran tan parecidos unos a otros.

Olaf chasqueó los dedos:

—¡Ya sé dónde se encuentran muchos registros prácticamente iguales!

—¿Cómo dices? —Ian se entusiasmó tanto que casi abrazó a Olaf—. Cuéntame, ¡rápido, por favor!

—En una oficina pública ¿no crees tú? Por ejemplo, una central de cobro de impuestos, o de registros de nacimientos y defunciones... —Los ojos de Olaf se dilataron por el asombro que le produjo su propia astucia—. Pienso que di en el clavo ¿verdad?

—Creo que sí —dijo Ian—. Y comprendo que hay alguien a quien nunca perseguí con mis preguntas, cuando debería haberlo hecho.

Los otros lo miraron inquisitivamente.

—¡Valentín Rorschach! Él puede darnos respuestas importantes —dijo vehementemente Ian—. Nos hemos interiorizado de las funciones nerviosas y orgánicas de los draconianos, mientras olvidábamos el aspecto holístico de su sociedad. Nunca nos preguntamos si tenían un gobierno, y de ser así, cómo funcionaría.

—Es verdad —dijo Sue, asombrada—. ¿Por qué no vas a verlo y le dices que trate de aclarar estos posibles planteos para la próxima conferencia?

Rorschach pareció algo sorprendido cuando, luego de varios comienzos titubeantes debido a su excitación, Ian pudo explicarle lo que esperaban de él.

—Realmente, nunca se me había ocurrido antes algo así —le contestó Valentín—. Me eligieron para venir aquí como director, no porque sobresaliera en ninguna rama de la ciencia como Igor o Lucas. Pero es verdad que en este planeta, toda la habilidad que podamos aplicar es preciosa, y tal vez debiera haber utilizado mis conocimientos... Pero, por otra parte, ¿en qué forma un problema administrativo puede haber llevado a la extinción de la especie?

—No sé —admitió Ian—. Pero puedo decirte algo. Ningún otro planteo llegó a

impresionarme, volviendo a recrear esa sensación de destino fatal e inminente que experimenté cuando estaba explorando Ceniza en el simulacro draconiano.

Rorschach contestó:

—No sé si decirte que esto es interesante, que es un simple apoyo, o que puede indicar algo. Déjame estudiar el problema durante un día o dos. Revisaré todos los posibles datos que puedan tener importancia en cuanto hacen a una hipotética organización social, y veré qué puedo hallar.

—Magnífico —le dijo Ian, que se puso de pie para retirarse. Valentín lo detuvo con un gesto.

—Ya que estás aquí, Ian, quisiera aprovechar la oportunidad. Pienso... no sé bien cómo decírtelo, pero pienso que, como todos nosotros, has imaginado que tal vez la *Stellaris* no vuelva más.

Ian volvió a sentarse, lentamente. Luego de un rato, que pareció una eternidad, dijo:

—Así es. Cathy y yo estuvimos hablando de eso.

—Bien: podemos entonces saltarnos el preámbulo. Me doy cuenta de que esto es, aparentemente, demasiado calculador, pero es necesario que, si sucede lo peor, comencemos a pensar en nuestra reserva genética: uniones óptimas, Rh negativo...

—Lo que quieres decir —acotó Ian— es que deberemos tratar de hacer un plan para establecernos permanentemente.

—Los planes ya están trazados. Han existido desde que se creó la base. Siempre hemos estado alertados ante la posibilidad de quedarnos aquí abandonados. Ahora, sin embargo, esto ha llegado a calar hondo en la mente de muchos del equipo. ¿Lo has notado?

Ian vaciló. Recordó algunas afirmaciones casuales pero amargas, como la de Ruggiero. Asintió con la cabeza.

—Creo que es tiempo de que le advierta al resto de la gente que si la *Stellaris* no regresa no quiere necesariamente decir que el universo entero se acaba —dijo Rorschach, con tono aparentemente inafectado—. Tenemos excelentes posibilidades genéticas, y pienso que tú serías un magnífico padre, de acuerdo a tus genes. Lo mismo diría de Cathy. Sería muy bueno si...

Ian se le adelantó:

—Si cuando suceda el desastre, fuéramos los primeros en formar una familia, asegurándonos la continuidad de la especie.

Rorschach hizo un gesto afirmativo.

—Sí, como primera premisa. Pero hay otras. También deberás compartir tus genes, y tratar de que se difundan lo más posible en la próxima generación.

Ian lo miró durante un largo rato. Finalmente dijo, muy pálido:

—Sé por qué dices eso Valentín. Me parece que tiene sentido. Estoy seguro de que

Karen, Achmed, Olaf y Sue estarán también de acuerdo. Pienso que no habrían sido enviados a este lugar si su potencial genético no fuera también muy especial. Pero hubiera deseado que comenzaras tu pedido con la respuesta a una pregunta que no puedo evitar que me obsesione.

Rorschach asintió con un gesto.

—¿Qué sucederá a treinta personas, independientes y muy inteligentes, que llegaron aquí con un propósito definido y se hallaron exiliadas, sin poder hacer que la Tierra llegue a saber si se logró o no ese fin?

—También lo he pensado. No va a ser nada agradable ¿verdad?

—Así lo creo. —Por un instante, el director pareció envejecer, a causa de la ansiedad que se reflejaba en su cara—. Ian, recuerda que tal vez estamos siendo demasiado pesimistas.

—Sí, tal vez tengas razón.

—Verdaderamente, así lo deseo —contestó Rorschach—. Tratemos de conservar nuestras esperanzas.

—¡Ian! Valentín me dijo que le preguntaste acerca de toda una serie de nuevas posibilidades.

Igor dijo esto con la alegría pintada en su rostro, mientras se acercaba a Ian en el refectorio. Ambos habían arribado unos minutos antes, para estar presentes en las habituales reuniones mensuales.

—¿Cómo dices? ¡Oh! —Ian sonrió tristemente—. Realmente, fueron Olaf y Sue los que me dieron la idea. Y cuando Valentín y yo hablamos, salió a relucir un problema real, mucho peor que un misterio.

La cara de Igor se ensombreció, mientras se sentaba al lado de Ian.

—Sí, ya sé. Creo que todos nosotros pensamos en eso, aunque no lo comentemos abiertamente. Estoy seguro de que tratarás de tomarlo con tranquilidad, por lo menos al comienzo, aunque después, a la larga, resulte difícil de soportar. ¿Me equivoco si pienso que Cathy puede estar reaccionando en forma completamente opuesta?

La conoces muy bien ¿no es así? No —Igor meneó la cabeza—. Desde que me sucedió la tragedia que te mencioné, he sido muy reacio a trabar conocimientos o amistades demasiado cercanos con ninguna mujer. Pero creo que más o menos puedo darme cuenta.

Ian asintió con la cabeza, fijando sus ojos en los de Igor. Luego de una pausa dijo:

—Hemos hablado bastante de esto con ella. Cathy... —no pudo continuar.

—Sí ¿qué le pasa? —inquirió tozudamente Igor.

Ian inspiró profundamente. — Me dijo que pensaba que su primer niño debería ser tuyo. Puesto que tal vez, cuando sea tiempo de tener su segundo hijo...

—Yo sea demasiado viejo —se apresuró a completar Igor. Cuando Ian quiso decir algo, el arqueólogo jefe lo interrumpió—. ¡Oh!, no trates de conformarme. Privados

de nuestros contactos con la Tierra, es posible que nos hundamos en una rápida declinación. ¿Qué querías decirme?

—Nada, nada.

—Te aseguro que me siento muy honrado. Más tal vez, que nunca en mi vida. ¿No es curioso que tengamos que comenzar a pensar en nosotros como en... en productores de niños? Es verdaderamente *extraño*. Tener que desprenderse de miles de años de condicionamiento social. Pero es verdad que deberemos tratar de aprovechar al máximo lo que tenemos.

Se quedó mirando a Ian, cuyos ojos traducían una gran ansiedad, y cuya cara se había tornado pálida.

—¡Ian! —le dijo—. ¿Te pasa algo?

—Me pareció... —el muchacho sacudió la cabeza, como si estuviera mareado—. No sé, pero cuando dijiste eso pensé... ¡Oh, demonios! No me doy bien cuenta. Tenía algo en la punta de la lengua, pero ahora lo he perdido otra vez y...

En ese momento entró un grupo de unas doce personas, y ambos se distrajerón por el bullicio.

Lentamente fue pasando el tiempo hacia el momento de la esperada visita de la *Stellaris*. Se fueron atrasando, por etapas, los trabajos que se realizaban en los distintos sitios de excavación, y poco a poco se trató de determinar, revisar y digerir adecuadamente los descubrimientos realizados durante ese período de dos años, decidiéndose también cuáles eran los artefactos que deberían ser enviados a la Tierra. Indudablemente, uno de los más importantes objetos sería una estatua. Se eligió la segunda, de acuerdo al orden de conservación, desmontándola cuidadosamente. Se la cargó luego en uno de los trasportes aéreos, llevándola hasta la base.

Englobada dentro de un bloque de plástico transparente, a fin de proteger su delicado trabajo exterior, se la colocó cerca de los edificios de la base comparativamente pequeños, desde donde parecía burlarse sin palabras.

Ciertamente se habían producido algunos descubrimientos notables desde que la nave había partido, pero cada uno de ellos había hecho que el misterio se tornara más y más profundo. Las mentes de todos se hundían en una sensación de tristeza. Para asegurarse de que los viajes interestelares continuarían, para mantener en alza el decaído interés de la población en general, hubieran necesitado vastos conocimientos positivos. Sin embargo, después del tremendo trabajo, se daban cuenta que sólo podían dar datos negativos: esto no puede ser, por tal y tal cosa; esta otra teoría, tampoco, por tal otra y tal otra razón...

Deprimido y resentido, el grupo se reunió el día prefijado, y comenzó a esperar, con indecible ansiedad. El viaje pasado, cuando la *Stellaris* se retrasó doce días, habían sufrido mucho. Esta vez sería peor, aunque sólo se retrasara un día.

Rorschach, con la ayuda de Igor y Lucas, siguió tratando de mantener la moral de la gente, recordándoles lo que había prometido Rudolf Weil, en el sentido de dedicar todos los esfuerzos para asegurar algún tipo de contacto con la Tierra, manteniéndolo a toda costa. Pero esto no produjo mucho efecto. Primero se mencionó a Ordoñez-Vico al pasar, pero luego su nombre fue permanentemente parte de las conversaciones.

Las hipótesis volaban de boca en boca: ¿y si se hubiera producido una guerra mundial?, ¿y si algún grupo terrorista hubiera saboteado la nave, introduciendo una bomba junto con un envío de materiales necesarios?, ¿y si se hubiera producido una crisis financiera, que abarcara al mundo entero, y el Fondo Interestelar se hubiera quedado sin medios?, ¿y si las Naciones Unidas hubieran sufrido un colapso debido a las fricciones entre los intereses nacionalistas competitivos...?

Pasaron cinco días, luego siete; luego diez; y finalmente el tema de conversación había cambiado. Ahora se consideraban las formas de sobrevivir en este planeta. Nadie quería que sucediera eso; nadie quería establecerse permanentemente en Sigma

Draconis III, porque no habían venido aquí como colonizadores sino como investigadores. Frecuentemente se recordaba la experiencia de Ian en Zimbabwe: estuvo bien cuando todo se reducía a demostrar que el hombre moderno podía vivir todavía como lo hacía la tribu primitiva, pero ¿hubiera deseado pasar el resto de sus días condenado a beber agua en descomposición, comiendo lo que hubiera podido cazar gracias a una trampa o a una lanza, siempre a merced de los animales salvajes y de las enfermedades?

Se produjo una consumición inesperada de cerveza y de bebidas alcohólicas en el refectorio.

Luego, apoyados por las borracheras, comenzaron a encenderse los ánimos. Por primera vez desde que se había fundado la base, se produjo una pelea en que sus participantes llegaron a las manos, al décimo-tercer día de espera. Achmed hacía lo posible por mantener su autocontrol puesto que, como jefe de comunicaciones, era el foco de los vagos resentimientos del grupo, como si fuera culpable de que la señal de la nave no se divisara en la pantalla. Ese día le había propuesto a Nadine Shah la posibilidad de tener niños con ella, puesto que ambos eran de familias islamitas.

Habitualmente, los problemas relativos a la fe religiosa se soslayaban en los contactos entre la gente de la base, puesto que la mayoría, tal vez veinte, de ellos, no eran creyentes. Pero, claro está, cuando se trataba de criar a los hijos, con todo lo atinente a una tradición cultural, comenzaban a entrar en juego una serie de reflejos del inconsciente, y se tenían en cuenta esquemas que habían sido olvidados durante mucho tiempo.

Y cuando Achmed se enteró que Ruggiero, que era católico, le había hecho a Nadine la misma proposición: ¡explosión! Ruggiero terminó con la nariz rota, y Achmed perdió un diente.

Como asustados ante la posibilidad de perder el control, la gente comenzó a evitarse unos a otros. Mientras que la última vez, cuando aguardaban la nave, la mayoría pasaba el día en el salón de comunicaciones, charlando y confiándose sus esperanzas, ahora se apartaban, formando pequeños grupos. Si cinco o seis se hallaban en el lugar al mismo tiempo, pasaba poco rato antes de que un par de ellos decidiera que tenía algo que hacer en otro lado.

Aun a la hora de las comidas, el refectorio sólo estaba lleno hasta la mitad. Algunos venían más temprano, otros, si veían que diez o quince ya estaban allí, decidían esperar una media hora más. Por las noches, se dirigían a sus habitaciones en vez de reunirse para escuchar música o ver los programas de televisión grabados de que disponían.

Se hacía evidente que si hubiera que formar compulsivamente una colonia en este planeta, se fragmentaría antes de comenzar a existir.

El futuro era aterrador.

Algunos, entre ellos Ian y Cathy, no se contentaron con rumiar sus problemas, sino que trataron de concentrarse en el trabajo. Se podía controlar nuevamente la forma de catalogar los artefactos, era posible volver a estudiar los «dibujos» impresos en los cristales, con la esperanza de que en algunos de ellos hubieran persistido las débiles resonancias que, *a priori* pensaban que debían haber existido. Luego del decimoquinto día Rorschach comenzó a alentar a los otros a hacer lo mismo. Después del vigésimo, se mostró más categórico, llegando a dar lo que hubieran sido casi órdenes, pero en forma cuidadosamente calculada como para no parecer prepotente.

Esto ayudó un poco. Sin embargo, para algunos no había nada que hacer. En especial los ingenieros civiles que trabajaban con Karen hallaron que ya habían controlado y vuelto a controlar todos sus equipos, mientras que Achmed y el grupo de comunicaciones y computadoras se encontraron en una situación aburrida y frustrante, turnándose para tratar de descubrir la llegada de la nave, y no recibiendo más que desilusiones.

¿Hasta cuándo pospondrían la decisión de enfrentarse a los hechos? ¿Cuánto tiempo pasaría antes de que comenzaran a planear una reorganización racional, a fin de pensar en su asentamiento y abandonar las esperanzas de ser rescatados?

Ian le planteó esta pregunta una noche a Cathy, y la muchacha tembló al tratar de contestar.

—¡Ian, parece que estuviéramos en un callejón sin salida! Todos sabemos que luego de tan larga espera, es muy posible que nos tengamos que quedar aquí indefinidamente, pero cuando se llega a la decisión de planear la forma de establecer una base permanente, las dificultades son tan terribles que simplemente no queremos tratarlas. Hay problemas físicos ¿verdad? El tratar de lograr el máximo de nuestra reserva genética parece ser lo más desagradable, puesto que significa echar por tierra nuestras esperanzas, ambiciones, preferencias...

—Igor ya mencionó cuán extraño parece el tener que pensar en nosotros como en productores de hijos —murmuró Ian.

—¡A eso me refiero, exactamente! —respondió Cathy—. Además, hay otros problemas más sutiles. ¿Pueden los niños criarse sanos e inteligentes con dietas provistas por máquinas? ¿Podremos duplicar a las máquinas en sí, cuando la población aumente sobrepasando la capacidad de éstas? ¿Estamos seguros de que un niño no morirá de una enfermedad que a un adulto no llega a afectarlo? Además, existen problemas psicológicos; tuvimos un ejemplo de ello cuando Achmed lo atacó a Ruggiero. ¿Qué tipo de sociedad vamos a formar? Es una responsabilidad horrible, ¿verdad? ¿Vamos a tratar de formar una estructura tribal o vamos a caer en esquemas antiguos, debido a que nos son familiares? ¿Vamos a ser comunistas o capitalistas, igualitarios o individualistas? ¿Vamos a introducir el dinero, o algún otro tipo de escala comparativa de valores, deberemos evaluar a la gente y decir quién recibirá

más de lo que haya disponible?

—Parece que has pensado mucho en esto ¿no es así? —le dijo Ian.

—Y tú también. Y probablemente Valentín tiene todo más armado y detallado en la mente que ninguno de nosotros. Es indudable que si hubiera podido pensar en una solución, incluso una que fuera más o menos tolerable, no nos dejaría caer en lo que estamos actualmente: peleas, rencores, constantes rozamientos.

—Me pregunto cuánto puede durar.

—No mucho; habrá que hacer algo, y pronto.

Y así se pasó al trigésimo día de espera de la nave.

En ese entonces. Ian ya se había acostumbrado a la nueva situación, y su cabeza, que hace poco comparara con una casa embrujada, estaba otra vez rebosante de ideas. Era un verdadero alivio el tener otras preocupaciones. Pasaba largo tiempo cerca de la estatua del draconiano, embalada en su cubierta plástica, como si pudiera leer la respuesta en su curioso aspecto exterior, que producía tan distorsionadas respuestas eléctricas. Una y otra vez recordaba las mismas frases, con tenacidad obsesiva:

Retribución. División del trabajo. Logremos lo mejor con lo que tenemos.

Pero no estaba seguro de si eso se relacionaba con los desaparecidos habitantes, con su experiencia en Ceniza, dentro del simulacro de draconiano, o con los problemas actuales que enfrentaban los humanos.

Hasta que, súbitamente, cuando se despertó la mañana del trigésimo día de espera, vio claro en su mente. Saltó de la cama sin detenerse más que para ponerse algo, y salió corriendo del cuarto sin prestar atención a los gritos de Cathy.

¿Lo soñé? ¿Llegué a armar este esquema porque tantas veces pensé en él mientras estaba por dormirme? ¡No importa! ¡Todo lo que me preocupa ahora es ver si las máquinas están de acuerdo en que esto es lo que podía haber pasado!

Con verdadera fiebre, temblándole las manos en forma tal que apenas si podía apretar las teclas de la computadora, en el edificio donde se guardaban las piezas arqueológicas, fue averiguando dato por dato hasta formar un nuevo programa, dándole los parámetros necesarios en cuanto a tiempo, distribución geográfica, recursos genéticos, y demás.

—Ian ¿qué estás haciendo? —preguntó Cathy desde la puerta, acercándosele.

—¡Cállate! —le gritó, y siguió con su indagación: incidencia de variación en las plantas que se obtenían en Carbón, contrastes entre los equivalentes genéticos en los cadáveres más antiguos y los más recientes, con especial referencia a la hembra grávida, cuyo feto deformado jamás llegó a nacer...

—¡Ian!

—¡Cállate! —le volvió a gritar, y luego, más calmado, le dijo en un tono más grave—: No, por favor, no me interrumpas. Si quieres ayudarme, tráeme un bocado de algo y una taza de café del refectorio.

—¿Qué es lo que consideras tan importante? ¿Qué se te ha ocurrido?

—Puedes adivinar tres veces. Si tienes paciencia durante una hora o dos, te podré decir si tenía razón o estaba equivocado.

Se produjo un momento de silencio. Finalmente, ella dijo:

—Ian ¿lo solucionaste? Me refiero al lenguaje.

—No, pero creo que puedo decirte en qué me equivoqué. Apúrate, tráeme ese café. Es probable que me lleve un buen rato el poner esto a punto. Voy a estar aquí cuando vuelvas.

La muchacha giró sobre sus talones y se dirigió a la puerta.

Cuando volvió, lo halló ensimismado, y sin mirarla, le preguntó:

—¿Dije una o dos horas? Es probable que me lleve varias horas. Sigo encontrando cosas que pueden encajar bien en el cuadro, así que tendré que tenerlas en cuenta también.

Apartando lo que había sobre el banco, a fin de sentarse a su lado sin molestarlo, y acercándole la taza de café le dijo:

—Pero Valentín quiere que vayamos todos al refectorio ahora mismo. Planea discutir una serie de problemas.

—Bueno, comiencen sin mí —gruñó Ian—. Dejaré esto cuando esté satisfecho, ya sea por la negativa o... sabiendo que tengo razón.

—Pero...

—¡Ve a presentar mis excusas y déjame en paz!

Cathy se mordió los labios, vaciló como si fuera a decir algo, pero finalmente hizo, lo que Ian le decía.

La reunión no anduvo bien. En el aire flotaba un clima de resentimiento, y aun las propuestas mejor intencionadas encontraron objeciones triviales e irritadas. Era como si todos quisieran desahogar la ira que sentían contra la gente de la Tierra, que los había abandonado, y la rabia acumulada rebosara y se proyectara, si bien nadie podría culparlos demasiado por eso.

La ausencia de Ian fue otra razón de disgusto; más de una vez surgía algún rudo comentario, que recibía movimientos de cabeza de general asentimiento.

Hacia el mediodía, cuando Rorschach consideró que se debían interrumpir las conversaciones para comer algo, nada se había ganado, salvo que Sue Tennant había ofendido a Nadine Shah, Olaf Mukerji a Karen Vlady y Achmed Hossein a Lucas Wong, siempre inadvertidamente y como resultado de la fricción que surgía en el curso de una discusión. Cathy tembló. Éstos eran malos augurios para el futuro de la raza humana en este planeta.

¿Dónde estará Ian? Si no se hubiera rehusado a concurrir, si sólo hubiera mostrado algo de diplomacia, las cosas hubieran andado mucho mejor.

Y en el mismo momento en que todos los asistentes a la reunión se levantaban y

comenzaban a dispersarse, la puerta se abrió y apareció Ian, gritando entusiasmado, con los puños apretados por la tensión.

—¡Ya sé lo que les sucedió a los draconianos!

Se hizo un silencio asombrado. Luego, con un rayo de renovada esperanza, como si esto trajera una leve ilusión a la melancolía general, Rorschach preguntó:

—¿Qué fue? ¡Dinos!

Ian estaba sonriendo de oreja a oreja, y apenas se reprimía, pues parecía dar saltos alrededor de los presentes.

—¡Fueron víctimas de una bancarrota! ¡Quebraron!

—¡Pero esto es absurdo! —dijo Lucas luego de una pausa—. Tal motivo puede hacer que una civilización decaiga, pero no puede extinguir una raza.

—¡Sí que puede! —insistió Ian—. Nosotros nos preguntábamos si comerciaban entre ellos y decidimos que sí, que deben haberlo hecho, pero nunca se nos ocurrió el tipo de moneda que utilizaban.

Cathy se puso en pie de un salto:

—¡Los cristales impresos! —dijo.

—¡Eso no puede haber sido el equivalente al dinero! —dijo Karen—. ¡El dinero se encontraría por todas partes, no en grandes lugares de depósito solamente!

—Tal vez fueran el equivalente a los lingotes de oro, como sucede en Fuerte Knox, no realmente el dinero de uso diario sino un elemento que mantendría su valor.

—¡No, no, *no!* —dijo Ian—. Por favor, ¿podría alguien alcanzarme una cerveza?, porque esto me va a llevar un buen rato explicarlo, ¡pero luego verán como Lucas estaba equivocado cuando dijo que una bancarrota no podía ser causa de que toda una especie inteligente decayera!

—Pero ¿qué pruebas tienes de que las cosas... —dijo Achmed y fue interrumpido inmediatamente.

—Las computadoras consideran que tengo razón —dijo Ian—. Todas las teorías concuerdan con los datos que tenemos.

Igor tosió diplomáticamente.

—Pienso que sería una buena idea que todos nos buscáramos algo para tomar, y descansáramos un poco, ¿qué les parece? Estoy seguro de que Ian sabe bien lo que dice, pero ahora está un poco exaltado como para poder explicar las cosas con calma. Lo que no es en modo alguno sorprendente.

Diez minutos más tarde, con el ambiente más calmo, Ian hizo a un lado su vaso de cerveza y se recostó en un sillón, cruzando las piernas.

—Esto es lo que casi descubro en Ceniza —dijo—. Estuve luchando durante un mes para tratar de captar la pauta de la vida de una especie inteligente que cambia el sexo, pasando de machos activos en la juventud a hembras fértiles relativamente inactivas. El estado de hembra funcionante como tal es más corto que el estado masculino, en las especies contemporáneas ¿no es así? —Echó una mirada a Nadine, quien asintió con la cabeza—. Y luego viene el estado senil, infértil.

Vaciló. Impaciente, Achmed dijo:

—¡Sigue, por favor!

—Estoy tratando de imaginar la mejor forma de presentarles los argumentos. Bien, traten de pensarlo de la siguiente manera: ¿Qué podría un individuo determinado acumular durante el estado activo, que pudiera corresponder a lo que

nosotros consideramos riquezas?

Olaf silbó, admirativamente.

—Dime, Ian, ¿tenía razón cuando te dije que lo que habíamos llamado bibliotecas podían en realidad ser registros de datos oficiales? ¿Eran los cristales registros genéticos?

—¡Exactamente! —Ian todavía sonaba un poco alterado—. No en vano parecían virtualmente idénticos luego de tanto tiempo. Cada uno de ellos codifica, no la personalidad de un individuo, sino simplemente su herencia. Recuerden que alguna vez nos preguntamos si eran registros de la experiencia individual, formas de captar el pensamiento de los genios desaparecidos, a fin de que todos pudieran consultarlos.

—Sólo que vimos que la capacidad no era adecuada —dijo Ruggiero, inclinándose hacia adelante, con gesto de intensa concentración.

—Exactamente. Y sabemos, gracias al trabajo de Nadine, que los draconianos lograban el crecimiento selectivo de determinadas plantas y animales, desde una etapa muy temprana de su historia. Podemos considerar, con un buen margen de seguridad, que dado los sentidos que poseían, gozaban de una intuición especial para los principios de eugenesia.

—Se fueron eligiendo para desarrollar su inteligencia —musitó Rorschach.

—Así es. Le debo esta idea a Cathy. Una vez, ella me preguntó si los draconianos se enamorarían. Yo le contesté que lo dudaba. Hoy desperté sabiendo porqué dije eso. Si, desde el comienzo de su extraordinaria progresión hacia una sociedad tecnológica, sabían que podían reproducirse teniendo en cuenta el deseo de aumentar su nivel de inteligencia, es evidente que su selección se hacía en términos puramente racionales, sin tener en cuenta referencias absurdas como lo que nosotros llamamos amor. Teníamos la prueba ante los ojos, en el hecho de que su expansión fue calculada desde el comienzo, tal como si hubiera sido planeada por una máquina, y no por una criatura viviente. Y su población aumentaba en forma muy lenta, también.

—Uno de cada uno —dijo Igor, con una risita.

—Sí, así es. Deben haber alcanzado un grado de racionalidad que apenas podemos imaginar.

—Todo esto me suena terriblemente calculador —dijo Cathy.

—Y ellos seguramente pensarían que nosotros somos intolerablemente temperamentales —respondió Ian—. Se hubieran maravillado frente al hecho de que nos llevó siete mil años llegar del estado neolítico a los vuelos espaciales, mientras que ellos lo lograron en la mitad del tiempo.

—¿Soy demasiado obtusa —dijo Karen— o todavía no has explicado por qué la quiebra los hizo desaparecer?

—Estaba tratando de dar los detalles acerca de ese hecho. Creo que ya les dije, y les pediré perdón, porque mi cabeza bulle como un torbellino con las implicaciones

de todo esto; creo que mencioné cómo comencé a preguntarme qué es lo que se puede acumular, en esas circunstancias, como recompensa o pago.

Se produjo un murmullo. Nadine aventuró. – La promesa de que cuando se llegara a la etapa femenina, podría disfrutar de una herencia especialmente reservada, tal vez.

Igor se puso en pie de un salto, y comenzó a pasear, golpeando la palma de una mano con el puño de la otra.

—Creo que comprendo —dijo—. Tú quieres decir que, sin darse cuenta de lo que hacían, comenzaron a restringir su potencial genético hasta que la situación se tornó peligrosa, pero entonces ya era demasiado tarde. Algo así como la concentración de la fortuna en las manos de unas pocas familias, ultra-poderosas. Una especie de capitalismo genético.

—Es una magnífica forma de expresarlo —dijo Ian.

—¡Un momento! —saltó Sue Tennant—. No veo cómo pudieron de esa forma, llegar a un punto desde el cual no había manera de volver atrás.

—¿No lo ves? —le dijo Ian—. Me sorprende, porque ése es uno de los aspectos en que su forma de pensar debe haber sido muy semejante a la nuestra. También sufrieron los aguijonazos de la avaricia. Muy a menudo los seres humanos hemos actuado contra los propios intereses, especialmente cuando se trataba de favorecer a un pequeño grupo en vez de pensar en toda la especie. Nuestra historia está plagada de tales estupideces. Racionales o no, los draconianos bien pueden haber sido atrapados por una situación similar. Nuestro desastre final, en caso de que suceda, podrá muy bien deberse a un impulso territorial, enterrado bien hondo dentro de las raíces del subconsciente. Algún día, alguien puede perder el control de sus actos e iniciar una guerra que puede acabar con la civilización. ¿Alguien quiere decir algo acerca de esto?

Dos o tres personas murmuraron algo acerca de que tal cosa bien podría haber sucedido ya, en vista de que la *Stellaris* no había regresado.

—Por otra parte —dijo Rorschach, con gesto de intensa preocupación— dices que los draconianos se condenaron a la extinción porque cada individuo deseaba concluir *su* vida, en cuanto a la etapa masculina, con las mejores posibilidades de herencia para sus hijos.

—Con el resultado de que ese hijo sería más inteligente en el sentido puramente racional o en otras palabras, tendría un coeficiente intelectual más alto, pero no necesariamente estaría mejor equipado para sobrevivir. Tal como si cruzáramos entre sí una serie de perros destinados a trabajar en el escenario, con la consecuencia de que aparecerían ejemplares irritables, neuróticos y finalmente estériles. – Triunfalmente, Ian volvió a echar mano a su cerveza.

—Pero ¿en qué forma se relaciona todo esto con los edificios que hasta ahora

llamábamos bibliotecas? —dijo Cathy—. Y los templos... si bien ese nombre es inadecuado.

—Mmmm... —secándose el labio superior, Ian asintió—. No son templos. Más bien bancos.

—¿Cómo dices? —dijeron varios.

—Sobre el techo, cuatro estatuas *idénticas*, idealizadas, hasta en los detalles de regularidad perfecta de los dibujos de la piel. Abaja, unos pocos cuerpos lamentables, lisiados; y rodeándolos, una serie de artefactos tan primitivos que es casi increíble; hasta una carretilla o algo parecido, que no tiene rueda. Un símbolo de las más perfectas riquezas sobre la realidad más lamentable.

—¡Eh!, eso tiene sentido —dijo Olaf—. Los cuatro abuelos de la mejor cuna: los más bellos, los más inteligentes, los más deseables... Ian, me has convencido. ¿Dices que le has dado todos estos datos a las computadoras?

Ian asintió.

—¿Obtuviste algunos agregados?

—Ya lo creo. Todavía estaban dando respuestas cuando vine aquí —contestó Ian—. Solamente Dios sabe hasta cuándo continuarán en eso. Pero en cuanto vi que se habían confirmado mis ideas, corrí a darles la noticia.

Sonrió, satisfecho.

Igor hizo un alto en su caminar incesante, y volvió a sentarse. Dijo:

—Pienso que puedo agregar algo ahora mismo. Hemos estado pensando en términos que equivalen a decir que el telescopio en su luna fue el clímax de sus logros ¿no es así? Pero creo que ellos no dirían lo mismo.

—¿Y cuál sería, entonces —preguntó Ruggiero— algo que no hemos hallado todavía?

—No, las cuatro estatuas. Tú mismo te asombraste por su perfección, mencionando la técnica avanzadísima que ha sido necesaria para alcanzarla. ¿No pensaríamos nosotros que alguien que lograra una máquina inteligente habría agregado más a la suma de nuestros conocimientos que incluso los que descubrieron el viaje por el espacio-qua? ¿No? —dijo mirando alrededor—. Tal vez no. Pienso que nosotros tenemos una enorme sed de aventuras y exploración. Pero creo que los draconianos no eran similares a nosotros en esto.

—De todas maneras, tengo mis dudas —dijo Lucas—. ¿No se habrán podido dar cuenta de que existían genes deletéreos en su herencia, capaces de interactuar y producir retoños deformados?

—Pero si les sucedió como a nosotros, que sabemos que existen debilidades fatales en la personalidad humana que en cualquier momento pueden convertir en suicidio la tenencia de armas de destrucción en masa, pero igualmente las producimos y usamos...

—Aun más —dijo Karen—. Me puedo imaginar a los draconianos maravillándose de que todavía tengamos hambre en la Tierra tanto tiempo después de haber inventado el convertidor de alimentos. Esto no puede ser calificado como racional ¿verdad?

—No, tienes razón —acordó Lucas—. Bien, por el momento acepto la teoría de Ian. Pienso que es la mejor que hemos concebido y realmente parece tener sentido, en cuanto a lo que pensamos que es coherente para los draconianos.

—Pero no podrían haberse dado cuenta a tiempo —insistió Nadine—. ¿Cómo es que no tuvieron tiempo de hacer nada?

—Tal vez tuvieron tiempo, pero prefirieron no tomar medidas.

—¡Pero tú dices que eran mucho más racionales que nosotros!

—Y Cathy los calificó de calculadores y a su vez, Igor, cuando le explicaba la situación a Ordoñez-Vico, habló de la posibilidad de una idea como el nazismo. En realidad, parecería que hubieran elevado los principios eugenéticos al estado de un absoluto que no podía cuestionarse. Después de todo, si ellos los llevaron de las chozas de barro a su luna en tres mil años, mal podía haberse descartado todo esto en una generación o dos —dijo Ian mientras terminaba su vaso de cerveza.

—Basándonos en esta explicación, los cristales impresos son más que, digamos, certificados de nacimiento —dijo Ruggiero.

—Por supuesto. No dudo que cada uno de ellos incluía referencias a los créditos obtenidos en un momento determinado. Por ejemplo, algo así como: «A la cuenta del Individuo X, que entra en estado neutro, se acreditan los siguientes ítems de posesión: cincuenta con línea A, diez con línea B, dos con línea C... Tal vez si la línea A se consideraba inferior a la C, el señor X, a punto de convertirse en la señora X, cambiaría veinticinco de la A por uno de la C. Pienso que podrían existir innumerables implicancias, pero éste sería el enfoque inicial».

—¡Ah!, esto es maravilloso —dijo Igor, frotándose las manos—. ¡Ahora sí que vamos a tener algo importante que enviar a la Tierra! Recuerdo que la última vez, Rudolf Weil me dijo...

Se interrumpió. Todos lo miraban sin decir nada.

—Creo —dijo Rorschach con voz quebrada por la emoción— que es mejor que almorcemos, tal como íbamos a hacerlo cuando llegó Ian.

Se intercambiaron gestos de aprobación, y todos se dispersaron dirigiéndose a los convertidores de alimentos.

Eran tantas las preguntas que querían hacerle a Ian que solamente tarde, a la noche, Cathy lo pudo encontrar solo, para abrazarlo y besarlo, enterrando la cara en su hombro para derramar unas cuantas lágrimas reprimidas.

—Ian, me avergüenzo de no haberte creído —susurró.

—¿Cómo dices?

—Sí, de no haber creído que podías llegar a solucionar el enigma. Pienso que eres maravilloso, fantástico, sensacional.

—A decir verdad, estoy bastante satisfecho de mí mismo —le dijo Ian, acariciándole el cabello—. O me sentía, mejor dicho. Ahora... ¡Oh, querida! ¿Piensas que la *Stellaris* no volverá? Realmente, sería irónico...

—Es lo que pienso yo también. Sí, irónico es el término que califica todo esto. Uno de los logros intelectuales de más importancia de todos los tiempos: recuperar, partiendo de unos pocos restos, de unas pocas tristes pertenencias, todo lo que hizo a la extinción de una raza... y ser los únicos capaces de integrarlo a nuestros conocimientos.

—Todavía es demasiado pronto para pensar que la nave no va a volver —dijo Ian.

—¿Estás seguro?

No hubo respuesta.

Y la nave no volvió.

Fue el día del aniversario de la fecha del esperado retorno de la nave, que nunca se produjo, que Valentín Rorschach se suicidó, en su oficina, hundiéndose un cuchillo en la garganta.

Hubo que realizar determinados ajustes para encarar el futuro. Se había planeado un asentamiento en la costa más hospitalaria de la isla; también se estudió si algún tipo de las plantas naturales del lugar podía ser comido por los seres humanos, ya fuera crudas o cocidas, en lugar de ser procesadas por el transformador. Lucas hizo un mapa genético de los miembros del grupo, a fin de que se pudiera explotar al máximo el potencial hereditario. Pero todo dentro de una especie de juego o pasatiempo. Por supuesto, había mucho para hacer, pero nadie quería hacerlo. Menos aún cuando la solución de Ian al misterio de los draconianos se probó sin lugar a dudas. Había recibido el refuerzo del hallazgo que indicó que los habitantes lograron, posiblemente, modificar genéticamente varias especies de plantas, que como resultado, eran hereditariamente menos resistentes, más susceptibles de padecer enfermedades, a más de presentar una fecundidad por debajo del límite natural.

Así que la idea tenía poco estímulo intelectual. Por otra parte, Rorschach padecía de cáncer de intestino.

Luego del funeral, una simple ceremonia llevada a cabo por Lucas, Cathy le dijo a Ian:

—Hay que hacer algo. Alguien debe dar el ejemplo, y creo que ese alguien eres tú.

Ian hizo un gesto de negativa. — No, no me siento capacitado para esa tarea. No soy un líder. No podría poner todo mi entusiasmo en tal menester.

—¿Y si no eres tú, quién se hará cargo? —Miró alrededor para asegurarse de que nadie los escuchaba. Luego se dio vuelta, enfrentándolo—. Ian, no podemos dejarnos estar. Hay que hacer algo positivo.

—¿Como qué?

—Como tener nuestro hijo.

Lo habían pospuesto una y otra vez... Lo pensó durante un largo rato. Una ráfaga le trajo algunas salpicaduras de agua desde la costa rocosa de la isla, haciéndolo parpadear.

—¿Realmente lo deseas?

—Creo que es lo único que puede evitarnos morir por nuestra apatía.

—Dijiste que querías que el primero fuera de Igor.

—No tengo derecho a insistir.

—Sería una decisión sensata. Si debemos empezar una nueva vida sobre este planeta, comenzando donde los draconianos terminaron, debemos tomar decisiones

sensatas aunque nos duela. Averigua si Igor está de acuerdo. Y... ¡Cathy!

—¿Sí?

—Te contestaré a algo que no me has preguntado, pero que debe preocuparte. Lo haré por adelantado: sí, lo voy a querer mucho porque es tuyo.

Unos instantes más tarde ella lloraba, al abrazarlo.

—Me temo que es cáncer —dijo Lucas, tristemente, cuando Igor se volvía a vestir, en el consultorio—. Creo que ya lo sospechabas, y tal vez es mejor que te lo diga directamente en vez de jugar con el hecho.

Igor movió la cabeza, asintiendo.

—Por supuesto. Es lógico que cuando existen algunas infecciones, nos enfermamos. Cuando el aire está lleno de esporos y gérmenes extraños, el *cáncer* será, seguramente, una de las formas habituales de morir. No requeríamos los conocimientos especializados de tu parte, ni la muerte de Valentín, para que este hecho se hiciera bien claro en nuestras mentes. —Se apresuró a añadir—. ¿Podrá mantenerse latente por un tiempo?

—Probablemente durante años, aun sin recurrir a la cirugía. Pero puede llegar a ser muy doloroso. El pulmón es una mala localización. —Lucas vaciló—. Gracias por tomártelo tan bien. Ojalá que otras personas pudieran enfrentar los problemas triviales en forma similarmente tranquila.

—Es fácil encarar los problemas importantes con calma —respondió Igor—. Son grandes, fácilmente asibles. Los pequeños, esos que son difíciles de definir suelen ser los más irritantes. Uno sabe que algo sucede, pero no puede definirlo.

—Había una forma popular de denominar esto, algo así como filosofía intuitiva —dijo Lucas.

—Veo que usas el tiempo pasado —comentó Igor.

Lucas hizo un gesto con las manos. — Pienso que todo lo que se refiere a la Tierra forma parte del pasado ¿no es así? Quería preguntarte algo: ¿Te sometiste a examen porque sentías algún tipo de síntomas?

—No exactamente. Es porque Cathy quería tener un hijo conmigo. ¿Piensas que ahora no habrá problema?

Lucas se mordió un labio.

—¡Menos mal! Me alegro que haya quien sea capaz de hacer algo más que arrastrar el peso de los días. No, por supuesto que no habrá problemas de herencia. En lo que respecta al peligro de que el niño muera en la infancia...

—Tendremos que averiguar si, sobre este planeta, serán dos las especies desaparecidas.

—Exactamente. Felicidades Igor. Cathy tiene una admirable visión de la realidad.

Pareció que toda la comunidad resumía su energía y recobraba el deseo de vivir.

En vez de hablar acerca del nuevo asentamiento, comenzaron a construirlo, como si se hubiera tocado alguna cuerda simbólica, que resonara dentro de sus mentes. Por otra parte, en vez de limitarse a analizar las cualidades de las plantas autóctonas, se atrevieron a comerlas, sin sufrir otro problema que algunas náuseas. Además, en vez de teorizar sobre las líneas genéticas, Sue y Olaf, luego de un estudio serio, se decidieron a seguir el ejemplo de Cathy. Lucas recomendó que mantuvieran las cosas en ese nivel: dos bebés serían suficientes, para empezar.

Pero habían sacudido la tristeza. Estaban más esperanzados.

—Creo que saldremos adelante —le dijo Cathy suavemente a Ian, mientras observaban el lugar del asentamiento permanente: una bahía bien resguardada, rodeada por vegetación que alegraba el panorama y contrastaba con la desnudez de la base, situada en su disco vidriado.

—Yo pienso igual —dijo Ian, apretándole la mano—. Lucas considera que el oxígeno, más abundante aquí, puede ser beneficioso para la criatura. En la Tierra te ofrecen terapia hiperbárica, siempre y cuando puedas pagarla. Aquí es un extra que se da gratis. — Realmente, no pensé que fuera así la forma de comenzar una familia — dijo Cathy—. Para decirte la verdad, no hice jamás planes de cómo deseaba que eso sucediera, ni siquiera me imaginaba si verdaderamente ocurrió.

—Pienso que sí. Tarde o temprano. — Tal vez tengas razón... —Con los ojos, seguía las máquinas, que dirigidas por Karen abrían las zanjas necesarias para tender las cañerías de agua y de servicios sanitarios—. Si bien vamos a empezar con una serie de dificultades, hay otras cosas en que tal vez llevemos ventaja ¿no piensas así?

—Exactamente. Tenemos para nosotros todos los recursos de un nuevo mundo. No debemos pagar para ser dueños de las cosas. Cuando nuestro pueblo esté listo, será el más lujoso asentamiento tribal que haya conocido la historia. —Se rió entre dientes—. Partiendo de aquí, podremos hacer maravillas en los años por venir.

—Podremos... —dijo Cathy, como un eco. Sin razón aparente, reprimió un escalofrío—. Entremos, por favor. Tengo frío.

Ian la miró, asombrado.

—¡Pero está tan caluroso! ¡Oh no! Cathy, vamos inmediatamente a verlo a Lucas.

No le sucedía nada: simplemente una fluctuación transitoria de la temperatura debido al embarazo. Ian respiró aliviado.

Las tensiones que los atormentaban se disolvían, desaparecían. Tal vez se debía al hecho de que, por primera vez, este mundo extraño comenzaba a presentar la marca de los seres humanos. Ya no se trataba de un asentamiento provisorio: ahora había casas, hogares, destinados a ser ocupados por familias. Probablemente los seres humanos no se contentaran con la sensación del logro intelectual, sino que deseaban tocar, admirar y ver los testimonios sólidos de su esfuerzo. De todas maneras, a medida que pasaban las semanas, se dedicaron más y más a lograr las cosas gracias al

trabajo físico, en lugar de hacerlas en la mitad del tiempo con la ayuda de las máquinas. Hacían rodar las piedras, colocándolas en su lugar para fabricar los cimientos, armaban los esqueletos de los edificios, construían los pisos de arena, que luego era convertida en vidrio por la acción de un horno solar, se enorgullecían de todo lo que podían hacer con una plomada y un nivel.

—Nunca me había dado cuenta de que soy capaz de hacer cosas —le comentó, feliz, Igor a Ian.

—Ojalá ese talento sea hereditario —le dijo sonriendo Ian—. Vamos a necesitarlo.

El día que el pueblo estuvo listo para ser habitado, lo celebraron con una fiesta, tal como habían esperado hacerlo si la nave regresaba... Pero nadie tuvo el poco tacto de referirse a ese hecho. Escucharon música, pero esta vez no solamente por las grabaciones, pues Olaf había hallado una planta del lugar, tal vez modificada por los draconianos, con tallos tubulares, de tamaño uniforme y de largo casi igual, con la cual construyó una especie de flauta. Le enseñó al resto del equipo a abrir y cerrar ciertos orificios, mientras Sue golpeaba una especie de tamborcito que se había fabricado con un caparazón encontrado en la playa, recubierto de la piel de los animales que llamaban «pájaros» pero que en realidad parecían medusas aéreas. Sin darse cuenta, se percataron de que estaban tocando música infantil y canciones de cuna.

Bailaron mucho, y jugaron a juegos tontos, que sin embargo los hicieron reír desordenadamente. Contaron cuentos de doble sentido, que se festejaban más cuanto más antiguos eran, como si quisieran alcanzar desesperadamente el pasado que se tornaba tan impermeable como la barrera del espacio-qua para un hombre sin nave espacial.

Y luego, la sorpresa cuando llegó el momento de comer. Para todos, menos para Cathy y Sue, se había preparado un plato de una de las plantas que demostró ser comestible. Las máquinas así lo aseguraban, y fue confirmado por los voluntarios que se decidieron a probar primero un bocado, luego un puñado, y finalmente una comida completa. Era una planta de color extraño y forma de pera, de un sabor...

De un sabor *adquirido*, según definió Igor, en un tono exageradamente juicioso. Todos aplaudieron la exactitud de la descripción. Sin embargo, todos la hallaron deliciosa, siendo como era el primer signo de que algún día el hombre podría habitar este mundo sin la ayuda de complicadas máquinas.

Fue una fiesta perfectamente agradable y cuando se hizo tarde y todos estaban muy cansados todavía reían alegremente. Algunos de los más resistentes bailaron hasta llegar a sus nuevas casitas, muy confortables.

La mañana siguiente, Lucas no despertó de su sueño. De acuerdo a las instrucciones dejadas a la computadora, Nadine le hizo la autopsia y descubrió que

había muerto a causa de una hemorragia cerebral. Una arteria, de pared adelgazada, había estallado.

Todas las nuevas esperanzas se evaporaron. Fue como si la euforia de los meses pasados hubiera sido nada más que un sueño. Súbitamente, todos parecieron despertar a una ruda realidad.

Era inútil que recordaran una y otra vez que esto podría haber sucedido en cualquier momento. Fue en vano la comprobación de que Lucas había tomado precauciones, a raíz de que los exámenes que realizaba sobre sí mismo, al igual que sobre todos los demás, habían revelado que padecía de hipertensión y de varices en una pierna, debiendo medicarse adecuadamente.

A lo sumo, todo esto sirvió meramente de paliativo. Lo que perturbaba era el hecho de que el médico se había muerto. Aun Cathy, que a veces parecía ser la más centrada de todos los miembros del equipo, se despertaba de noche sufriendo pesadillas. Soñaba, que como Lucas no estaba allí para hacer nacer a su hijo, éste era deforme e imbécil; si el médico hubiera estado presente, como por arte de magia, el niño llegaría a ser alto, bello e inteligente.

Era momento de comenzar a indagar los datos existentes en la computadora sobre la depresión postparto, e incluso, esquizofrenia... sólo para darse cuenta de que la gente de la Tierra jamás pensó que tal información fuera necesaria. No había entonces nada que pudiera ayudarlos.

La criatura fue absolutamente normal cuando nació: una niña, que pesaba algo más de tres kilos. Perdió el cabello uno o dos días después, y luego volvió a crecerle.

Vivió hasta tener, exactamente, un mes. El hijito de Sue, un varoncito, fue prematuro y sobrevivió nada más que once días.

«Existe un Creador que no gusta de la inteligencia. Mientras contemplo las treinta y dos tumbas, creo que sí. Abandonado a esta espantosa soledad, llego a imaginar que se me odia por hacer algo prohibido: develar un misterio que jamás debió conocerse...».

Pero ésas eran tonterías, y estos materiales de escritura eran demasiado preciosos como para malgastarse. Con los ojos nublados por las lágrimas, sentado a una mesa que estaba hecha con una plancha de aluminio, temblando en tal forma que su mano amenazaba distorsionar las palabras que inscribía con reactivo ácido sobre placas de metal, Ian gemía. Le había llevado mucho tiempo imaginar la forma de dejar un mensaje en algo más duradero que el papel o la cinta magnética.

Esta idea se le había ocurrido mientras estaba tratando de colocar una lápida improvisada sobre una tumba.

La de Achmed, creo... ¿O fue la de Ruggiero? No importa.

Lo perturbaba la sospecha de que había elegido un medio poco adecuado; el metal también podía corroerse, y estas palabras torpemente inscriptas dejan de ser legibles... Pero el dolor lo atormentaba, y era mejor que la poca concentración de que disponía la reservara para dejar un mensaje, más o menos legible. Reunió el resto de sus fuerzas y continuó.

... treinta y dos tumbas. No, luego del horror que causó la pérdida de los dos niños: primero el de Cathy, luego el de Sue, no tratamos de tener otro hijo. Una de esas tumbas, completa, con su nombre inscripto, es la mía. He dormido en ella desde que me recuperé de mi última enfermedad, por lo menos lo suficiente como para movilizarme en parte y hacer algo como cavar y escribir.

Tal vez haya perdido la razón. De hecho, estoy seguro que me he vuelto loco. Y no me extraña, puesto que hace mucho tiempo que estoy solo. Finalmente, sólo quedaron cuatro de nuestro grupo. Quiero decir que no fui quien aguantó más, pues un día perdí el sentido: el mundo comenzó a girar alrededor de mí, y Olaf dijo que tenía mucha fiebre. Me llevó a la cama y me dio una medicina... Había empezado a creer que las máquinas transformadoras no funcionaban más en lo que respecta a la fabricación de drogas. Habían muerto tantos, aun dándosele lo que parecía ser la mejor de las medicaciones. Y creo que estaba equivocado, porque mejoré. Por lo menos, unos días después pude levantarme y tomar unos sorbos de un charco de agua de lluvia... ¡tenía tanta sed!, y...

Bueno, allí estaban. Los otros. Muertos. Los últimos, los más fuertes, salvo yo: Olaf, Achmed y Ruggiero. Pensábamos que las mujeres iban a ser las más resistentes a las enfermedades, tal como sucedía en la Tierra. Pero, verán: Cathy y Sue. Se suicidaron, y Karen tuvo aquella terrible pelea con Achmed, esa vez que Achmed

estaba delirando, y pensaba que iba a morir sin un hijo, una especie de locura musulmana, o algo así... Pobre Karen, perdió tanta sangre...

Puse todo lo que podía pensar en esa ocasión en sus lápidas. O indicadores de tumbas, o como llamarlos.

Y, por supuesto, la causa de la muerte fue la misma que yo pensaba. Como los chicos. Tuve que hacer yo las autopsias, porque Nadine dijo que no se animaba. Tal vez sucediera que yo necesitaba saber la respuesta... Los corté como si fuera un carnicero. Durante años, después de eso, tuve pesadillas. Todavía las tengo. Me parece que pasaron años. Sigo viendo la forma en que estaban desparramados los órganos internos sobre la gran mesa de autopsias. Si me vuelvo a reencarnar, la próxima vez quiero ser un vegetariano. Un hindú o algo así, muy ortodoxo. Quiero olvidarme de todo eso, salvo en los sueños. Allí no importa lo que yo quiera.

¡Tengo que dejar de malgastar esta tinta!

Comienzo otra vez, al día siguiente. Estaba tratando de explicar lo de los niños. En los pulmones hallé una especie de hongo. Todo tenía sentido. Es una planta aerófito, un equivalente a las orquídeas de la tierra. Pero en vez de crecer sobre un tronco de árbol, sobre una rama o algo así, busca un lugar bien escondido, donde haya mucha humedad. Cuando va de un lado para otro, buscando donde afincarse, es pequeño como una levadura, y hasta que puede comenzar a crecer bien, es de aspecto delicado. Cuando llega a los pulmones de un adulto, es expulsado con las secreciones. Todos nosotros debemos haber inspirado esos esporos, expulsándolos luego en un golpe de tos. Los niños no pudieron. Ojalá no continuara pensando en el pobre Igor, y en el cáncer que tenía en el pulmón. Estoy seguro de que podría haberse originado por cualquier causa, aunque no fumara. Por ejemplo, allá en la Tierra, por respirar el gas del escape de los automóviles. Pero sufrí tanto, y la muerte fue tan larga, y nadie merece sufrir así, nadie. Ni siquiera un culpable de genocidio. ¡Pero Igor era la persona más buena del mundo! De dos mundos, mejor dicho. No pude soportar el verlo morir. Pienso que si estoy loco, ése fue el comienzo. Sé que fue eso lo que terminó de desesperar a Cathy. No solamente la pérdida del niño; la de Igor también. Creo que ya mencioné esto en la tablilla que señala su tumba. Sigo refiriéndome a las tumbas, pero es lo más importante que veo cada vez que levanto la vista. Estoy sentado frente a ellas, para que no se me olvide nada importante. Simplemente miro hacia arriba y recuerdo. Tuvimos también un director que se llamó Valentín Rorschach, y un médico y biólogo: Lucas Wong, y también estaba el resto de la gente, que ojalá estuvieran aquí para hacerme compañía.

Releyendo lo que logré escribir ayer, y sintiéndome hoy mucho mejor, sin sudores o temblores, me doy cuenta de que estoy desperdiciando tiempo y tinta. Estoy relatando cosas que pueden ser averiguadas por otras fuentes. Pero es mejor que escriba lo que hallamos aquí, puesto que las otras noches creo haber visto una

tormenta eléctrica sobre la meseta donde estaba la base, y un rayo puede llegar a perturbar todos los registros existentes en las computadoras ¿verdad? Aquí, en el asentamiento... Ahora pienso que jamás debimos habernos trasladado aquí. Tal vez allí, en la meseta desértica, los niños no hubieran respirado los esporos, y no se hubieran asfixiado. Pero ahora están muertos. Ya nada sirve de nada.

De todas maneras, averiguamos que los draconianos desaparecieron debido a que, en vez de acumular dinero, se comprometían a fertilizarse unos a otros. En otras palabras, su fortuna se relacionaba con la excelencia de la línea genética de quién sería el padre de sus retoños cuando pasaran de la etapa masculina a la femenina. En un corto tiempo, alrededor de unas mil generaciones, habían llegado a un agotamiento tan notable de su capacidad genética que perdieron su inmunidad a algunas enfermedades, o algún gene recesivo se tornó endémico, o tal vez sucedió otra cosa, o se produjeron todas a la vez. No importa. Ellos también están muertos. Y trajeron esta ruina sobre sus cabezas ellos mismos, de eso estoy seguro. De hecho, fue la primera de las pruebas de que podían ser estúpidos, a pesar de ser brillantes. ¡Oh, se parecían tanto a nosotros en sus fallas! Pienso que podríamos haber llegado a ser amigos, si nuestro tiempo de vida en el universo hubiera sido el mismo... No importa. Poseían grandes conocimientos de biología. ¿Cuál sería el primero que utilizarían? Por supuesto, prolongar el estado masculino. Allí es donde las cosas comenzaron a ir mal.

Para coronar la situación, querían que, cuando llegaran a la etapa femenina, fueran fertilizadas *solamente* por los mejores padres. Cuanto más pudieran posponer el momento, más oportunidad tendrían de haber «ganado» la promesa de una buena fertilización; tal vez no de la persona original, pero sí de sus hijos, familiares u otros representantes genéticos. Entonces era mejor que el estado femenino fuera corto. Allí fue cuando exageraron. Las hembras fueron capaces de tener uno o dos retoños, a lo sumo. Además, estaban muy decididas a mantener su derecho de ser fertilizadas por alguien en especial. No dudo que debían de tener reglas punitivas para los machos que fertilizaran a hembras sin el debido acuerdo. Esto no lo sé bien. No puedo dilucidar si me estoy refiriendo a los draconianos o si estoy hablando de algo que pasa en la Tierra.

Ojalá no hubiera puesto el nombre de la Tierra en las últimas líneas que escribí ayer. He estado tratando de no pensar en la Tierra. Sigo teniendo esos sueños locos; creo que ya hablé algo acerca de mis sueños, pero esto es diferente. Sueño que me despierto, y que la *Stellaris* vuelve a buscarnos. Todos se acercan a recibirla, y veo a Cathy, a Igor, a Valentín y al resto del equipo, todos esperando hasta que se abre la compuerta y aparece Rudolf Weil, sonriente y alegre, y luego recuerdo que ha de haberse retirado, y miro alrededor de mí y no son mis compañeros los que esperan.

Son los draconianos. Miles de ellos. Todos enormes, como las estatuas que

descubrimos. Me miran con cierto desprecio y suben a la nave, uno después de otro. La compuerta se cierra y desaparecen hacia alguna parte. No sé adónde. Allí me quedo solo, en medio de la meseta, donde no existe edificio alguno.

Cuando tengo ese sueño me despierto con la garganta tan resentida que pienso que he de haber estado gritando un largo rato. Es igual, pues no hay nadie que pueda escucharme.

Estaba considerando la necesidad de enfrentar los recuerdos de la Tierra, pero ayer me sentí otra vez muy mal. Comienzo a tener hemorragias intestinales. No creo que me quede mucha vida.

Se hace muy difícil trasportar aquí las planchas metálicas para escribir, y la fabricación de este ácido que uso como tinta parece estar alterando las máquinas convertidoras de alimentos. Indudablemente fueron hechas para lograr todo lo que pudiera ser sintetizado a partir de los elementos disponibles, pero la producción de algo que corroe el metal puede estar dañando el interior... No sé. Trataré de seguir todo lo que pueda. Hablando del interior, me traje algo para desayunar. A pesar de que sabía raro cuando lo comí. No puedo hacer los análisis necesarios para saber si las cosas están bien o mal.

Esta lastimadura del brazo está tardando mucho tiempo en cicatrizar.

La Tierra. Sí, recuerdo algo. Por supuesto, la razón por la cual me tomo el trabajo de escribir todo esto es que algún día van a mandar una nave, aunque sea de aquí a cien años, y no quiero que empiecen a pensar que no está bien mandar gente a otros planetas. Es mi deseo que sepan lo que les pasó a los draconianos y a nosotros. Ridiriri... ¡Ridículo! (No debo cometer errores porque gasto tinta).

¡No, no es así! Por supuesto, los draconianos fallaron porque cuando comenzaron a restringir su posibilidad genética... No pensaron nada más que en las cosas que les habían permitido evolucionar tan rápidamente, dando solamente importancia a la idea de ser capaces de razonar, y haciendo caso omiso de la posibilidad de perder inmunidad y otros problemas similares, mientras pudieran ser más bellos, pensar mejor e inventar mejores aparatos. Casi puedo oírlos argumentar: «¿Qué importa que en tal familia exista tal órgano defectuoso? No hemos sabido que nadie haya muerto de eso en generaciones y generaciones, ¿no es así?».

O algo por el estilo. Lo importante es que restringieron tanto las posibilidades genéticas, que fue su fin. Creo que a nosotros lo que nos ha salvado en parte ha sido el hecho de que no hemos determinado intelectualmente quién debía inseminar a quién. Hemos sentido compasión, generosidad, amor.

Saben, preferiría que este mensaje jamás fuera leído, a que cayera en manos de gente que ganó una guerra que probablemente haya exterminado a la mitad de la humanidad. No me gustaría que gente tan peligrosa ande dando vueltas por la galaxia. Me avergonzaría de que mi especie fuera recordada como asesinos perversos.

Súbitamente mi mente se ha tornado lúcida. Esto no me gusta nada. Recuerdo cómo Nadine tuvo la misma claridad mental antes de morir, igual que Igor, a pesar de que le habíamos dado calmantes en cantidades impresionantes. Siento algo de frío pero gozo de autocontrol. Pienso que tal vez debería tener hambre, pero no la tengo. La lastimadura de mi brazo ha tomado un color púrpura, como si hubiera una hemorragia capilar debajo de la piel.

Y eso no es todo: siento un gusto dulzón en la boca, lo que quiere decir que seguramente mis encías sangran.

Bueno, bueno.

Muchas veces me pregunté cómo sería el saber que uno se muere. No es demasiado perturbador. No, comparado con lo que los draconianos deben de haber sentido al darse cuenta de que se extinguían. A lo mejor, en este momento la *Stellaris* está haciendo frenéticas señales, tratando de obtener una respuesta. No pienso ir a mirar, sin embargo. Estoy cansado. Me siento muy viejo. El estar solo lo hace a uno viejo. Ojalá que no tuviera la sensación de que hay algo más que quiero decir, puesto que eso me hace querer continuar, hasta captar el mensaje que deseo dejar aquí, pues pienso que es importante. ¡Ahora lo sé!

Quiero decirles esto: No debemos, no debemos dejar que estas cosas sucedan. No nos demos por vencidos, no abandonemos la lucha, no actuemos en tal forma que cuando lleguen gentes de otros planetas, buscando amigos, hallen sólo ruinas, cadáveres y fósiles. Aquí hemos descubierto porqué los draconianos se extinguieron. No digan Ian Macauley lo logró. Digan ellos lo lograron. La raza humana. Todos marchando juntos. Hagan que los niños se entusiasmen, que admiren estos logros, que deseen hacer lo mismo. Pero nunca les permitan olvidarse del hecho de que pensar solamente no es suficiente. El pensar puede volvernos arrogantes. Nos imaginamos que sabemos todo y entonces puede pasar algo que eche por tierra nuestras esperanzas y que destruya nuestros mejores sueños.

Quería decir algo más. Pero tengo tanto frío. Cuando bostezo, la sangre brota de mi boca. Quiero ir a unirme con Cathy. La amo, y nunca pude decírselo como debía. Pienso que...

Notas

[1] Seguramente esta frase publicitaria tiene alguna asociación con la palabra *pinta*, medida inglesa de líquidos. <<